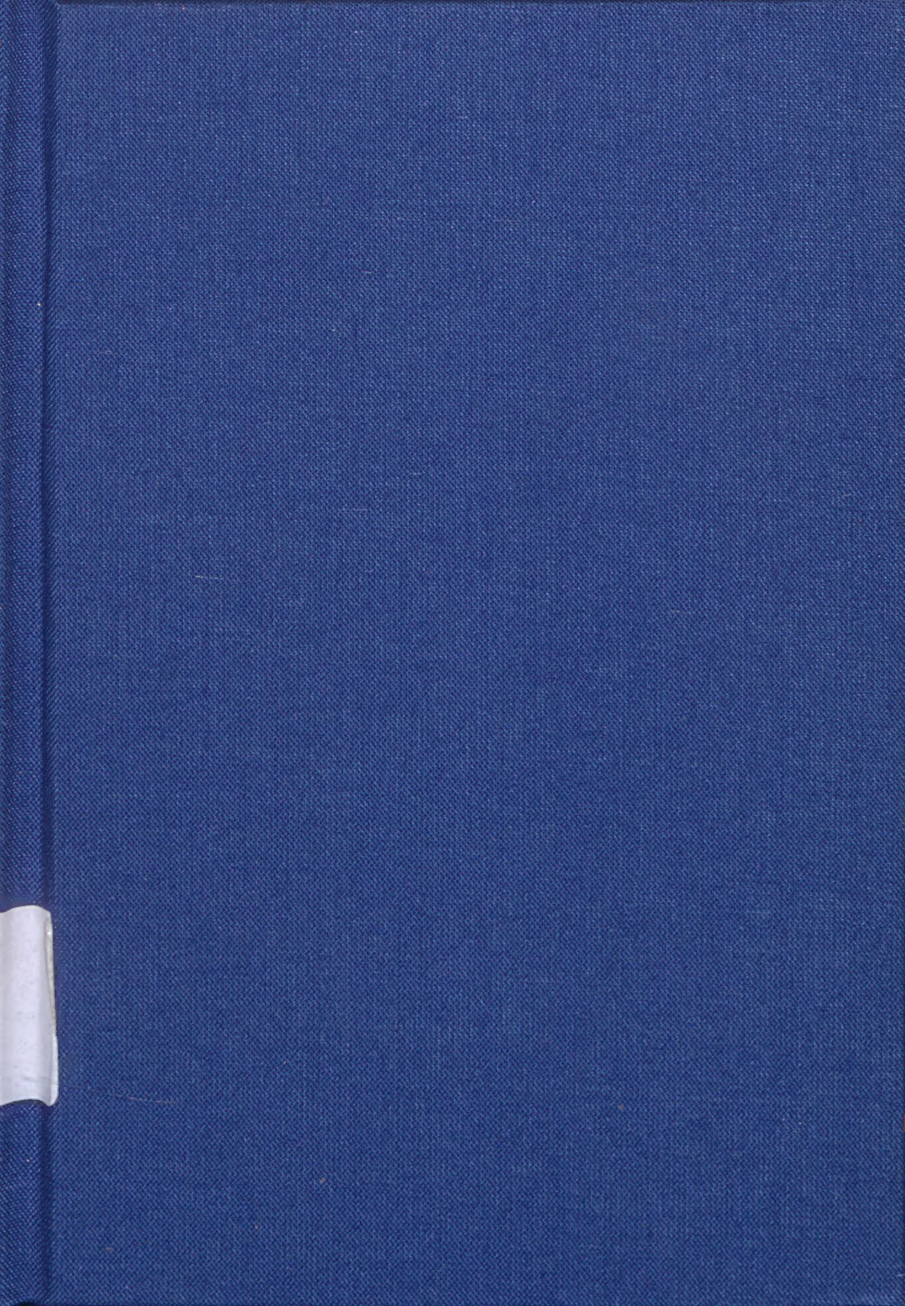


RELACION CIRCUNSTANCIADA

DE QUANTO TUVO QUE SUFRIR

EL DESGRACIADO Y VIRTUOSO LUIS XVI

DURANTE
todo el tiempo de su prision en la Torre
del *Temple* hasta el dia 21 de Enero
de 1793 en que subió al cadalso,

FORMADA
sobre la declaracion jurídica de los testigos
oculares: con un breve Apéndice sobre lo
que ocurrió á las quatro Augustas víctimas
que quedaron en la misma Torre.

DEDICADA AL REY NUESTRO SEÑOR

D. FERNANDO EL SEPTIMO

POR EL PRESBÍTERO

D. Luis Fris Ducos, Rector y Administrador de la Real Iglesia-Hospital de San Luis Rey de Francia.

UN TOMO DIVIDIDO EN DOS PARTES.

POR DON FRANCISCO MARTINEZ DÁVILA,
IMPRESOR DE CÁMARA DE S. M.

DEDICATORIA.

SEÑOR:

La relacion circunstanciada de quanto tuvo

que sufrir el desgraciado y virtuoso Luis XVI en su prision de la Torre del Temple desde el primer dia que entró en ella hasta el 21 de Enero de 1793, en que subió al cadalso, y un breve Apéndice sobre lo que ocurrió á su desgraciada familia, no debe buscar otro Protector que á un Rey, pa-

riente del Mártir Borbon, y que asemejándose en sus virtudes, le ha sido en cierto modo igual en las desgracias. El Autor no tiene interés personal en buscar tan elevado Mecenas, y sí el de que, admitiendo V. M. benignamente, como se lo suplica, esta obra, cree que será una accion que el vir-

tuoso Luis XVI mirará desde el cielo con agrado.

Madrid 12 de Marzo de 1815.

Señor:

A L. R. P. de V. M.

Luis Fris Ducos,

Rect. y Administ. de la Real Iglesia-Hospital de San Luis Rey de Francia.

ARENGA QUE EL AUTOR DIRIGIÓ Á S. M. C. AL TIEMPO DE PRESENTARLE ESTA OBRA.

SEÑOR:

Tengo el honor de presentar á V. M. la relacion circunstanciada de las penas y trabajos que padeció en su prision y muerte el virtuoso y desgraciado Luis XVI, vuestro Augusto Pariente, con un corto Apéndice de lo que sucedió á las quatro ilustres víctimas, que quedaron encerradas en la Torre del Temple, despues del inaudíto suplicio del mejor de los Reyes que ha tenido la Francia.

Si al principio de esta obra hubiese previsto quanto habia de padecer mi corazon al referir unas escenas de horror, que deberian quedar en un eterno olvido, jamas me habria decidido á escri-

birla. Mil veces en medio de mis tareas he querido dexar la pluma, porque me obligaba la severidad de la historia á describir unos hechos, que oprimian mi corazon y me hacian derramar torrentes de lágrimas, que inundaban los renglones que mi mano vacilante se negaba á escribir. Vencí, sin embargo, estas dificultades reflexîonando que la lectura de esta obra podrá abrir los ojos á los pueblos, y hacerles conocer que su felicidad consiste en permanecer sumisos á los *Soberanos, que Dios nos pone para que sean sus representantes en este mundo*, y que el faltarles á la obediencia, es la mayor desgracia que puede suceder á un imperio.

Qualquier Lector, por preocupado que sea, verá claramente en esta horrible catástrofe el resultado fatal de todas estas *novedades* y perversas ideas de *libertad é igualdad*, que han producído este tras-

torno general, de que acabamos de ser testigos, y nos han causado las desgracias de las que hemos sido víctimas. ¡Quiera el cielo que el delirio cese! ¡Que todos los espíritus y corazones conozcan la verdad, y que se convenzan de que las sociedades mas bien constituidas no pueden subsistir mucho tiempo, si se hacen desobedientes á los que Dios ha encargado la execucion de las Leyes!

Estos son, Señor, los votos que no dexo de hacer considerando la dicha que tengo viviendo baxo la dominacion de un Rey tan justo y tan benigno, y de un Borbon adorado de sus vasallos, y admirado de toda la Europa.



INTRODUCCION.

En nuestro compendio del orígen de la revolucion francesa dexamos al virtuoso y desgraciado Luis XVI en el palacio de las *Tullerías*, donde fué conducido por un enxambre de sediciosos, que llevaban en la punta de sus picas las cabezas de los infelices Guardias de Corps, que en los memorables dias 5 y 6 de Octubre de 1789 se sacrificaron de un modo tan sublime y desinteresado, que su heróico valor pasará á la posteridad mas remota como un modelo de fidelidad superior á todo elogio, y la misma posteridad, mas equitativa que los contemporáneos de estos inmortales Guar-

dias, los presentará á la veneracion pública, á fin de que les pague el justo tributo de admiracion y gratitud, á que se hicieron acreedores.

Despues de la traslacion de la Corte al palacio de las *Tullerías*, la capital fué continuamente la cuna del desórden, y el teatro de las insurrecciones. Los tumultos se sucedian unos á otros. Desde 1789 habia llenado Felipe de Orleans con todo el trigo de la Francia los almacenes de *Lóndres*, de *Edimburgo*, de *Amsterdam* y de *Filadelfia*. No pudiendo despues exportarlo, no por eso dexaba de comprarlo, y lo estancaba para exercer el monopolio, á lo que le ayudaban algunos agentes, á quienes despues hacia degollar, quando llegaba á temer que por su indiscrecion se supiese. Así es que sucedió muchísimas veces que los asesinos fueron luego degollados por otros asesinos.

Teniendo Felipe solo la llave de todos los graneros, graduaba la circulacion de los granos, segun la necesidad que tenia de producir con su abundancia ó escasez los alborotos y tumultos. ¿Necesitaba algun levantamiento? Ponia al pueblo en la desesperacion, negándole el alimento de primera necesidad ¿Le convenia extinguir la conmocion? Al momento los mercados se llenaban de grano.

Las tenebrosas maniobras de este cobarde y principal artífice de los males de la Francia, la pusilanimidad y negligencia de *Baylly*, la orgullosa é impotente actividad de *Lafayete*, los esfuerzos de diferentes partidos, que tan pronto eran amigos como se combatian, fueron las únicas causas de las diferentes escenas que dieron á *Paris* la semejanza de una ciudad, de la que los enemigos, divididos entre sí, se disputan la conquista. El pintar todo esto por me-

nor pertenece á la historia general de la revolucion: ella describirá el asesinato de aquel panadero que, pagado por Orleans para que no trabajase, no cumplió su empeño; la aparicion de la bandera roxa en el Campo de Marte; el viage de *Varennes*; la batalla en que *Lafayete* se creyó igual á Cesar, porque con un exército de 40@ hombres combatió á un tiempo en *Vincennes* contra un batallon mandado por *Santerre*, y en el palacio de las *Tullerías* contra un puñado de Nobles, que se habian reunido allí.

La toma de la *Bastilla*, que fué el primer acto de autoridad popular que esparció en toda las demas Provincias de Francia aquel espíritu revolucionario y de insubordinacion; la invencion de la *fatal Linterna*, tan favorable á las venganzas populares; el establecimiento del *Club* de los *Jacobinos* en París, y bien pronto en

todas las ciudades del Reyno, cuya doctrina infernal, propagada por toda la Europa, ha causado tantos males y estragos, que apenas lo creerán los venideros; la nueva Constitucion formada por unos sediciosos, que habian usurpado el Soberano poder, presentada á un pueblo engañado con las mal entendidas palabras de *libertad é igualdad*, y que en lo sucesivo hicieron correr arroyos de sangre; la prohibicion de los votos monásticos; la venta de todos los bienes eclesiásticos como *propiedad Nacional*; la abolicion de todos los Parlamentos y de todas las Autoridades antiguas; el nuevo Código substituido á las Leyes de la antigua Monarquía Francesa; el levantamiento general de todas las Provincias en favor de la nueva Constitucion, tan contraria al genio de la Nacion; la diversidad de opiniones, y el encono de los partidos conocidos con

los nombres de *Realistas*, *Constitucionales*, *Imparciales y Orleanistas*; la guerra intestina de estos partidos; la emigracion de la mayor parte de la Nobleza de primera gerarquía, á la que la engañada plebe habia declarado una guerra de muerte; la seduccion de la casi totalidad de los exércitos y armadas, que unos emisarios secretos enviados por los novadores habian corrompido, yá con promesas, yá con dinero, inducidos á la rebelion contra sus Gefes; la proscripcion de todos aquellos que se manifestaban adictos al antiguo Gobierno; en fin, el famoso juramento cívico para indagar todo individuo contrario á la nueva Constitucion, y que expulsó de Francia toda el cuerpo Episcopal, á excepcion de quatro Obispos, casi todo el Clero Seglar, un sin número de Regulares, la mayor parte de los Generales y Oficiales, y casi todo lo

mas selecto de la Nacion, como lo han acreditado á la vista de la Europa entera, dando el espectáculo mas interesante, y demostrando con su abatimiento y miseria el imperio que tienen sobre corazones bien nacidos el honor, la religion y la fidelidad; todos estos pormenores, que compondrian varios volúmenes, y que, como arriba se indicó, pertenecen á la historia general de la revolucion Francesa, forman la série de las calamidades y de los diversos acontecimientos desde los dias 5 y 6 de Octubre de 1789 hasta el terrible y espantoso dia 10 de Agosto de 1792, cuyos sucesos vamos á referir.

RELACION
DE LA
PRISION, TRABAJOS Y MUERTE
DE LUIS XVI,
REY DE FRANCIA.

Desde el principio de la revolucion el objeto de los novadores fué trastornar todo el órden social, y practicar la regeneracion, de que les habia dado la idea su antiguo corifeo *Voltaire*. Las virtudes del desgraciado Luis XVI no lo exîmian de la ira de estos sediciosos. Era, pues, preciso que pereciese á toda costa, aunque el objeto de su ira no tuviese

en su apoyo otra causa que la de ser Rey, y descendiente de 64 Reyes. Varios fueron los proyectos que para esto fraguaron: y ya que en varias conmociones populares, ni en el viage á *Varennes* habian podido, y no por falta de voluntad, realizar su intencion, formaron en su *Club* el proyecto de que, ó pereciese con toda la Real Familia en el golpe que premeditaron, ó á lo ménos perdiese absolutamente la libertad, para mas á su salvo poder en lo sucesivo lograr su total ruina.

Despues de tomadas varias providencias, y viendo que no podian en el primero y segundo dia de Agosto realizar sus intenciones, difirieron dar el golpe decisivo para el 10, dia terrible, en el que Luis XVI manifestó aquel gran valor y superioridad sobre si mismo, y que ya lo tenia previsto.

Llegados ya los *Marselleses*, y

prevenido todo por los facciosos, se dirigieron al palacio falanges enteras de bandidos, seguidos de toda la Guardia Nacional de *Paris*, y trataron de acometer la habitacion de Luis XVI, que para su defensa solo tenia cerca de 400 Nobles dispuestos á defenderle, y una pequeña parte del regimiento de Suizos. No podia contar mucho sobre la fidelidad de los soldados que allí habian dexado, y por otra parte carecia de balas y cañones. Tres Mariscales se hallaban cerca de su Persona, y la conducta equívoca de uno de ellos daba motivo suficiente para no poder contar con él. Sin embargo, Luis XVI no perdió el valor, se agarró al brazo del *Conde de Wittgenstein*, y le dixo con serenidad: *General, hoy no te abandono, moriré contigo.*

Se creyó al principio que se podria evitar la efusion de sangre; pero quando se vió á los

Marselleses y á toda la Guardia Nacional de *Paris* cargar sus armas delante de los Suizos, se conoció que la intencion que traian era de tomar el palacio á sangre y fuego. Querian sin embargo los foragidos un pretexto para principiar el combate, y de resultas de la órden dada por *Petion* á *Mandat*, que aquel dia mandaba la Guardia Nacional, no dudaban que empeñarian la accion en defecto de los Suizos los granaderos de la seccion de las *Monjas de Santo Tomás*.

Un pueblo inmenso no cesaba de agolparse hácia el palacio, y solamente se oian imprecaciones y amenazas contra la Familia Real, é injurias contra los Suizos. Las tropas que estaban en palacio, aunque recibieron la órden de hacer fuego sobre los *Marselleses*, no quisieron obedecer, y no se puede dudar que si lo hubieran hecho, hubieran practica-

do la locura mas grande; pues por mas valerosa y disciplinada que sea una tropa, nada puede quando, siendo pequeñísima en número, ha de batirse con un exército inmenso, ayudado de los tiros de la formidable artillería. Bien penetrados de esto estaban los Suizos, y no les argüirá la historia jamas de haberse portado con infidelidad y cobardía en ésta y en las demas escenas.

Rœderer, varios oficiales Municipales, los Ministros y otros muchos Diputados, que se habian reunido á Luis XVI, le importunaron vivamente á fin de que se retirase con su familia á la Asamblea, para quitar á los *Marselleses* todo pretexto de decir que él habia sido el agresor y causa de los insultos hechos á palacio. Se rindió á sus instancias; dió á los Suizos y todas las demas personas la órden de que no tirasen, ni opusiesen resistencia: mar-

chó á la Asamblea, y cayó en el lazo, al que, algunos de buena voluntad, y otros con intenciones siniestras le conduxeron. Se colocó al lado del Presidente, manifestó que el deseo de evitar un grande crímen que iba á cometerse le conducia enmedio de los representantes de la Nacion: oyó la respuesta del Presidente, afirmándole los buenos deseos de la Asamblea; y á propuesta de un Diputado, que hizo presente que el acta Constitucional prohibia al Cuerpo Legislativo toda deliberacion delante del Rey, se retiró S. M. con su familia á la galería de los Taquigrafos.

Apenas se halló S. M. en ella, quando se trabó un terrible combate en el palacio. Los *Marselleses* perdieron toda su paciencia al ver que los Suizos se empeñaban en no principiar las descargas; arrastraron hácia sí con unos palos largos armados con ganchos cin-

co centinelas que estaban á la vanguardia; los desarmaron, y despojandolos de sus uniformes, los degollaron á sangre fria.

Encolerizados sobremanera sus compañeros viendo este exceso de ferocidad, se formaron en columna cerrada, é hicieron un fuego sostenido y mortífero; así llegaron hasta la plaza *del Carousel*: tres veces se apoderaron de dicha plaza y de dos piezas de cañon; pero todos estos esfuerzos fueron inútiles por falta de cartuchos y municiones.

Llegó una nueva órden del Rey, y á la intimacion de ésta principiaron á retirarse, lo que les causó el verse prontamente envueltos entre un horroroso fuego de fusil y de cañon: casi todos quedaron muertos, y solamente salieron de esta horrible catástrofe unos 300 á lo mas. Ochenta fueron llevados á la plaza de *Greve*, donde perdieron su vida enmedio de los

mas horribles tormentos. Toda clase de crueldad se practicó en los cuerpos de los que perecieron en palacio. A la mayor barbaridad se unió la lubricidad mas infernal. Los hombres y las mugeres colgaban de sus sombreros y gorros los objetos sangrientos, que habian servido de juego y diversion á su brutal impudencia. No se veia en las calles otra cosa que cabezas y miembros palpitantes tremolando por el ayre en las puntas de las picas. Los arroyos no corrian mas que sangre y pedazos de carne humana.

Se vieron antropófagos de uno y otro sexô que, encendiendo grandes hogueras, traian arrastrando los cuerpos desnudos de estos desdichados Suizos, y se los comian á medio asar. Se vió con admiracion á una jóven, lo mas de 18 años, que con un sable desnudo se paseaba por enmedio de los cadáveres dandoles cuchilladas.

El palacio fué saqueado: todas las personas que allí se hallaron fueron pasadas á cuchillo, hasta los cocineros tuvieron igual suerte; sus cabezas fueron puestas en las cacerolas donde componian las viandas, y sirvieron de irrision á sus asesinos, los que por un exceso de ferocidad, ni aun á los animales perdonaron. La rabia de los vencedores se extendió á quanto cayó en sus manos; los papeles, los muebles, las joyas, los vestidos de la Familia Real fueron los efectos de su presa, quando ya nada vivo tenian que destrozar. Unas infames viejas, llenas de sangre y de fango, trocaron sus andrajos por los vestidos de la Reyna.

Mientras esto pasaba en el palacio, la mayoría de la Asamblea Nacional, rodeada de cañones, de asesinos, de cadáveres y de sangre, estaba tan aterrorizada, que nada se atrevia á negar; y entónces

fué quando los Gefes de los revoltosos pidieron con el mayor atrevimiento decretase en el mismo dia sin detencion que Luis XVI habia perdido todos sus derechos. No pudieron por el pronto conseguirlo, pero quedaron dueños absolutos de los destinos de la Francia, y no se puede concebir cómo la Asamblea dominada tan imperiosamente por ellos se negó á su primera peticion; solo sí decretó por el pronto la suspension provisional del Rey, y mandó se nombrase una Convencion Nacional, que diese su parecer sobre las medidas que se debian adoptar para asegurar la soberanía del pueblo, y el Reyno de la *libertad* é *igualdad*; y en conseqüencia de esto pusieron para seguridad al virtuoso Luis XVI y toda su Real Familia en el Convento de los *Feuillants* (*Bernardos*).

Toda la Familia Real ocupó en un corredor, anteriormente habi-

tacion ó dormitorio de los Religiosos, el alojamiento del arquitecto de las salas de las Sesiones: éste consistia en quatro celditas que se comunicaban unas con otras: formaba la primera una antecámara; el Rey dormia en la segunda; la tercera la ocupaban la Reyna y Madama Real; la quarta el Delfin y Madama de *Tourzel*: en fin, Madama Isabel y la Princesa de *Lamballe* tenian en el mismo corredor una sola cámara separada de estas quatro piezas.

Una guardia numerosa se hallaba en todas las entradas y salidas, y sin el permiso del Inspector de la sala de las Sesiones nadie podia entrar ni salir.

La primera noche que el Rey pasó en esta casa, solo estuvieron cerca de su cama el marques de *Tourzel* y Mr. *d' Aubier*. Antes de dormirse S. M. causó admiracion el ver con quánta serenidad estuvo hablando de lo que habia

acontecido en el dia. »Algunos »sienten, dixo el Rey, que yo »no haya hecho atacar á los rebel»des, ántes que se apoderasen del »arsenal; pero ademas de que, por »los términos de la Constitucion, »los Guardias Nacionales se hubie»ran negado á ello, ¿qué hubie»ra resultado de este ataque....? »Las medidas estaban demasiado »bien tomadas para que, ni aun »dexando el palacio de *las Tulle»rías*, mi partido hubiera sido el »victorioso; ¿pero se olvidará que »en el momento que la Munici»palidad revoltosa hacia degollar »á *Mr. Mandat*, inutilizaba las »disposiciones de defensa que yo »habia tomado?" En este instante una multitud de hombres puestos en los balcones pidieron con grandes gritos la cabeza de la Reyna. ¿*Qué les ha hecho mi Esposa*? exclamó el Rey con indignacion. Algunas horas despues deseando S. M. saber si los paysanos se reunian en

sus secciones, y si aún le quedaba alguna esperanza de que se hiciera algun movimiento á su favor, mandó á *Mr. d' Aubier* que saliese á investigar el espíritu del pueblo de *París*; pero la respuesta de éste á su vuelta hizo ver que algunas gentes armadas con picas habian dispersado á los paysanos, desarmándolos en parte, y exîgiéndoles solamente una acta de adhesion á quanto habia hecho la Asamblea.

Como el palacio habia sido saqueado, y sellado todo aquello que no podian llevarse, faltaba todo á la Familia Real: en esta desnudez absoluta uno de los oficiales de Suizos, casi de la misma estatura que el Rey, envió algunas ropas para su servicio. La Reyna recibió sábanas, camisas y varios vestidos que le mandó la Duquesa de *Grammont*. Madama la Condesa de *Sutherland*, Embaxatriz de Inglaterra en Francia,

tenia un niño de la misma edad que el Delfin, y envió para el uso de este jóven Príncipe los vestidos de primera necesidad.

En los tres dias que el Rey estuvo en este corredor, entre diez y once de la mañana de cada uno le llevaron los facciosos á la sala de la Asamblea: en donde con la Familia Real le encerraban en la sala del *Logógrapho*; sala cuya extension era de diez pies en quadro, sobre ocho de elevacion, y nada defendida del ardoroso sol en aquella época. Quitaron una reja de hierro que separaba esta pequeña habitacion de lo restante de la sala, á fin, segun decian, de que en el caso de un ataque de la parte del pueblo, pudiese S. M refugiarse al seno de la Asamblea. Tal fué el indecente alojamiento en donde S. M. tenia el dolor de oir calumniar aun sus intenciones las mas puras, y substituir á su título la calificacion de *tirano*, como

lo practicaban todos los dias ya en la tribuna, ya en la barra.

Baxo la escolta de una guardia numerosa lo volvian á su alojamiento por la noche con toda la Real Familia, y cada vez tenia que experimentar nuevos insultos. Atravesando una noche la Reyna el jardin del convento, se acercó á ella un jóven bien vestido, y agarrándola las narices la dixo: *Infame María Antonia, tú querias que los Austriacos se bañasen eu nuestra sangre, pero tu cabeza lo pagará.*

Apenas se dió el decreto de la suspension del Rey, quando mudaron todos los Ministros, é inmediatamente le quitaron todas las personas que para su servicio y de su Real Familia habian permanecido con él hasta entonces; accion que causó á S. M. un dolor tan grande, que le hizo considerarse mas infeliz que Cárlos I. de Inglaterra. Ya no tenia libertad alguna, de nada podia disponer. La

comision encargada de preparar la decision del Cuerpo Legislativo balanceaba entre el palacio de *Luxembourg* y el de la Chancillería, quando la nueva Municipalidad de *París*, baxo cuya responsabilidad debia quedar la Real Familia, propuso *la Torre del Temple*.

Llegó el 14 de Agosto, dia fixado para la traslacion del Rey, y despues de haberle concedido, á fuerza de representaciones, que le siguiesen cinco personas solas para el servicio de toda la Real Familia, se puso en marcha con ella, y pasando con trabajo por medio de la muchedumbre que ocupaba el corredor, llegó por fin adonde estaban las dos grandes carrozas, que debian conducirle al *Temple*. La Reyna, sus Hijos, Madama Isabel, la Princesa de *Lamballe* y las dos Señoras de *Tourzel* subieron en uno de los coches. En el otro iba el Rey con dos Oficiales Municipales. Guardias Nacio-

nales á pie con culatas arriba hacian la escolta en compañía de una multitud innumerable de hombres armados de diferentes modos. Solo se oían amenazas é imprecaciones, y al pasar por la plaza de *Vandome* detuvieron un poco el coche de S. M. para que tuviese tiempo de ver la Estátua de Luis el Grande tirada por tierra, y oir al populacho gritar: *así se castigan los tiranos.*

Mas de una hora duró esta lúgubre marcha, y llena de dolor la Real Familia llegó al *Temple*, en donde *Santerre* fué el primero que manifestó su modo de obsequiar *á lo bruto.* La pusieron en la parte que se llama el palacio, habitacion ordinaria del Conde de *Artois* quando venia á París. Los Municipales hablaban al Rey sin darle tratamiento alguno, y cubierta la cabeza. A las diez dieron de cenar á toda la Real Familia, y á las once la hicieron en-

trar en la Torre, cubriéndola toda de centinelas, y dandolas la consigna mas severa.

Ved al desgraciado y virtuoso Rey Luis XVI ya encerrado con toda la Familia Real en la Torre del *Temple*, adonde fué conducido por aquellos mismos vasallos que habia llamado cerca de su augusta y sagrada Persona para que le ayudasen á trabajar sobre el bien estar de sus pueblos, que queria hacer felices. Sigamos á este infeliz Monarca en su carcel, y sin mezclarnos en los asuntos de afuera, veamos quál ha sido su vida, sus ocupaciones, su resignacion y religion desde el fatal dia 10 de Agosto de 1792 hasta el 21 de Enero del año siguiente, que subió al cadalso.

¿Quién creeria que un Rey Cristianísimo, Monarca de uno de los mas grandes imperios del mundo, nacido y criado enmedio del luxo correspondiente á la dig-

nidad de su persona, se hubiera acomodado con resignacion, y sin sorpresa alguna, á vivir en un sitio obscuro, inmundo, y solamente alhajado con una cama infeliz y tres ó quatro sillas? . . . . Pues así fué: en aquel momento el único cuidado que exteriormente se le advirtió, fué el de borrar algunas figuras indecentes pintadas en la pared, para que los castos ojos de su hija no las vieran. Se acostó, y durmió tranquílamente; y es preciso confesar que un hombre que en este caso tenia tanto imperio sobre sí, habia necesariamente nacido para mandar hombres. Iguales eran las habitaciones, igual era la conformidad, é iguales eran las ocupaciones de toda la Real Familia. Parece que los bárbaros carceleros se complacian en aumentar la amargura de las Reales víctimas, quanta mayor resignacion mostraban: nada de lo mas ne-

cesario la permitian: todo quanto entraba y salia era registrado escrupulosamente; y no contentos con la multitud de centinelas, cruzaban enormes barras de hierro en las estrechas y poco claras ventanas, y reforzaban las puertas de la misma manera. *Palloi*, el albañil que demolió la *Bastilla*, llegó á ser el artífice de los aumentos terribles que se hicieron á la prision de su Rey. Hízose un grande foso al rededor de la Torre, y no sé por qué consideraciones le rellenaron bien pronto; pero se llevó á debido efecto la idea de derribar todas las casas inmediatas, de aumentar la altura del recinto, y de cerrar casi enteramente muchas ventanas de la Torre que daban al cercado llamado *la Rotonda*.

Como la Familia Real habia llegado al *Temple* en una desnudez absoluta era menester, tan pronto para una cosa, tan pronto para

otra, tener una correspondencia con los de afuera: ésta estaba sujeta á muchas trabas, y bien pronto llegó á hacerse sospechosa: las personas, pues, que componian en el *Temple* el acompañamiento de la Familia Real fueron denunciadas á la Municipalidad, la que mandó se les sacase de la Torre.

Seis dias despues de la detencion de SS. MM. en el *Temple* fué el de esta denunciacion, y dos oficiales Municipales subieron á la cámara del Rey en el momento en que comia toda la Real Familia. Hicieron presente que en virtud de un decreto de la Municipalidad debian salir de la Torre quantas personas de servicio habian entrado con S. M., y que debian marchar al momento escoltadas con buena y segura guardia. "Señores, dixo el Rey; me »han seguido en virtud de una ór»den del Corregidor." = "Nada »importa, le replicaron: prevale-

„cerá la órden de la Municipali„dad, y ella elegirá otras perso„nas para vuestro servicio." La intencion era rodear á la Real Familia de mugeres y parientes de la Municipalidad. "Si se per„siste en el designio de alejar de „nosotros los únicos servidores „que nos quedan, declaro desde „luego, añadió el Rey, que mi „Familia y yo nos serviremos mú„tuamente, preséntenos quien se „quiera." Se retiraron los Municipales para ir, segun dixeron, á dar cuenta de su comision al Consejo de la Municipalidad. *Manuel*, que vino á las cinco de la tarde, sensible á la tristeza que la Reyna y Madama Isabel le manifestaron por este decreto, salió con el mismo objeto, prometiendo hacer suspender su execucion; pero por la noche, presentándose dos oficiales de la Municipalidad en la Torre, sin explicar su comision, tomaron por escrito los

nombres de la Princesa de *Lamballe*, de Madama de *Tourzel*, de su hija, y de todos los restantes adictos al servicio de la Real Familia, y pusieron en execucion el decreto.

Quedó, pues, Luis XVI solo en compañia de su esposa, hermana é hijos, rodeado de tigres, que solo aspiraban á devorarle. Aquel Rey, que mandaba veinte y cinco millones de hombres, y que habia hecho y debia hacer el principal papel en la Europa, se vé aislado, preso, y sin tener otros consuelos que los que su resignacion y su religion le daban: muestra de nuevo su valor; habla á su esposa y familia manifestándoles lo agradable que á Dios será su paciencia en los trabajos, y tiene el consuelo de ver que hasta el jóven Delfin con sus inocentes expresiones manifiesta lo arraigadas que estaban en su corazon las lecciones de su padre.

Solas dos personas le concedieron para que en adelante los sirviesen, y no las permitieron entrar hasta despues de haberles advertido con mucho empeño el modo con que debian conducirse. La Reyna por su parte le dixo á Mr. *Clery*, que quedaba destinado para el servicio del Delfin, y que por lo que hacia á las demas Reales Personas debia concertar sus quehaceres con Mr. *Hue*, que era el otro de los destinados.

Estaban cenando SS. MM. y AA.; y no habiéndose peinado hacia ocho dias, preguntaron á *Clery* si sabria hacerlo. Un oficial Municipal le reprehendió ásperamente, diciéndole que fuese mas circunspecto en sus respuestas, porque respondió á S. M. que haria quanto fuese de su agrado.

El 2 de Setiembre hubo grande fermentacion al rededor del *Temple*. El Rey y su Familia baxaron, como de ordinario lo ha-

cian, á pasearse en el jardin. Un Municipal, que seguia al Rey, dixo á uno de sus compañeros: "Mal »hemos hecho en consentir que »salgan esta tarde á pasearse:" Hicieron volver á entrar á la Real Familia; y apenas se halló reunida en la cámara de la Reyna, quando entraron dos oficiales Municipales, que aquel dia no estaban de servicio en la Torre, y uno de ellos, llamado *Mathieu*, ex-capuchino, dixo al Rey: "Señor, ig»norais lo que pasa: la Patria es»tá en el mayor peligro: el ene»migo ha entrado en *Champaña*: »el Rey de Prusia marcha sobre »*Chalons*: vos respondereis de to»do lo que resulte. Sabemos que »nosotros, nuestras mugeres y »nuestros hijos vamos á perecer; »pero el pueblo será vengado: vos »morireis primero; sin embargo, »aun es tiempo, y vos podiais"... "Yo he hecho todo lo que podía »por el pueblo, respondió el Rey

,, interrumpiéndole, y mi concien-
,, cia de nada me arguye. ,, Mar-
chó *Mathieu*, y llevándose arrestado á Mr. *Hue*, dixo á *Clery*: *Cuidado cómo os conducis, porque os llegará á suceder otro tanto.*

Era extraordinario el cuidado de S. M. por la suerte de *Hue*, y agitaban cruelmente su corazon el ayre inquieto de los Municipales, y los clamores del pueblo en las inmediaciones de la Torre. "Tén
,, cuidado de no comprometerte,
,, decia el Rey á *Clery*, que le in-
,, dicó que iba á tomar noticias,
,, porque entonces quedariamos so-
,, los, y yo temo que la intencion
,, de éstos sea circundarnos de gèn-
,, te extraña." A las once de la mañana dió á entender *Manuel* que, aunque Mr. *Hue* no volveria al servicio de S. M., habia determinado el Consejo de la Municipalidad mandarle otra persona en su lugar.
,, Os doy las gracias, respondió
,, el Rey, el gentil-hombre de mi

„ hijo me servirá, y si á esto se „ niega el Consejo, yo me serviré á mí mismo: estoy resuelto „ á ello." Pidió de seguida le mandasen lienzo y algunos vestidos, y varias otras cosas, de que carecia su familia. *Manuel* dixo que iba á proponerlo al Consejo, y se marchó.

A la una el Rey y su familia quisieron salir á pasearse, y se lo negaron. Mientras estaban comiendo se oyó un grande ruido de tambores y gritos del populacho. Se levantó la Familia Real de la mesa con inquietud, y se reunió en la cámara de la Reyna. En este momento presentaron los sediciosos en la punta de una lanza una cabeza recientemente cortada. La muger de *Tison*, que con su marido estaba empleada en la Torre, dió un grande grito, y creyendo los asesinos que ésta era la Reyna, principiaron á reir á carcajadas, y á decirla mil insolencias.

Era la cabeza de la Princesa de *Lamballe*, y aunque sangrienta no estaba desfigurada: sus hermosos cabellos todavia peinados hondeaban alrededor de la pica.

Entró en este momento un Municipal, á quien preguntó el Rey, viéndole hablar con misterio á sus compañeros, si su familia estaba segura. "Corre la voz, le respon„dió, de que no estais en la Tor„re: quieren que os asomeis á la „reja, pero nosotros no lo su„friremos: el pueblo debe mos„trar mas confianza en sus Ma„gistrados."

Sin embargo, los gritos de afuéra se aumentaban, y se entendian muy distintamente las injurias dirigidas á la Reyna. Llegó de nuevo otro Municipal seguido de quatro Diputados por el pueblo para asegurarse si estaba allí la Real Familia, y uno de ellos vestido de Guardia Nacional, con dos grandes charreteras y un sable ar-

rastrando, insistió en que los presos se asomasen á la ventana, á lo que los Municipales se opusieron; pero este bárbaro dixo á la Reyna en el tono mas atroz: " No
„ quieren que sepais que os traíamos la cabeza de la *Lamballe*,
„ para haceros ver cómo se venga
„ el pueblo de sus tiranos; si no
„ quereis que el pueblo suba aquí,
„ os aconsejo que os asomeis." Apenas oyó esta amenaza la Reyna, quando cayó desmayada; su hermana y sus hijos la pusieron en una silla de brazos, y con sus llantos y caricias pretendian reanimarla. El Rey viendo que este hombre no se marchaba, le dixo con una firmeza propiamente suya: "Nosotros estamos dispuestos á
„ todo; y vos podiais haberos dis-
„ pensado de decir á la Reyna esta
„ desgracia horrible." Se marchó el monstruo con sus camaradas, pues su objeto ya estaba cumplido.

Vuelta en sí la Reyna, mezcló

sus lágrimas con las de sus hijos, y pasó con la Familia Real á la cámara de Madama Isabel, desde donde se oían menos los clamores del pueblo. Este continuaba alborotado; se empeñó en forzar la puerta, y quiso atropellar tambien á un Municipal, que les decia á grandes voces: "La cabeza
,, de María Antonia no pertenece so-
,,lamente á vosotros; todos los de-
,, partamentos tienen á ella igua-
,, les derechos: la Francia ha con-
,,fiado la custodia de estos gran-
,, des culpables á la ciudad de *Pa-*
,,*rís*: vosotros debeis ayudar á
,, guardarlos, hasta que el pueblo
,,sea vengado por la Justicia Na-
,, cional."

A las ocho de la noche ya nada se oia en las cercanías de la Torre, pero no por eso habia tranquilidad en *París*, donde continuaba la matanza; y es aquí de admirar la grande tranquilidad del Rey, quien, habiendo preguntado

quiénes fueron los Diputados que habian manifestado mas firmeza para defender á la Real Familia, conservó la memoria de uno de ellos llamado *Daujon*, y á los quatro meses, que fué la primera ocasion en que le volvió á ver, le dió las gracias.

Continuó por algun tiempo la tranquilidad, y la Real Familia el método de vida adoptado á su entrada en el *Temple.* No será fuera del caso hacer aquí una pequeña descripcion de la Torrecita, que por entonces encerraba los ilustres prisioneros, y el método de vida que hacian.

La Torre pequeña estaba apoyada á la grande sin comunicacion interior, y formaba un quadrilongo flanqueado de otras dos Torres mas pequeñas; en una de éstas habia una escalera, que saliendo del primer piso llegaba hasta la galería de la azotea, y en la otra habia unos gabinetes que

correspondian á cada piso. Quatro de éstos habia en todo el edificio. El primero se componia de una antecámara, un comedor y un gabinete que formaba la Torrecilla, en donde habia una Biblioteca de unos 1500 volúmenes.

Casi de la misma manera estaba dividido el segundo piso en donde la Reyna y el Delfin ocupaban la pieza mayor para dormir. Madama Real y Madama Isabel ocupaban la segunda, que estaba separada de la primera por una antecámara muy obscura; y como era menester atravesar esta cámara para entrar en el gabinete, que componia la Torrecilla, tenian SS. AA. que sufrir infinito, pues el dicho gabinete, que servia de guardaropa á todo el cuerpo del edificio, era comun á la Familia Real, á los Municipales y á los soldados.

El Rey ocupaba el tercer piso, y dormia en la sala grande:

El gabinete de la Torrecilla le servia para leer. A su lado estaba una cocina separada de la cámara del Rey por una pieza obscura. El quarto piso estaba cerrado, y allí habia varias cocinas, de las que no se hacia uso alguno.

El Rey se levantaba regularmente á las seis de la mañana. Se afeytaba él mismo, y uno de los criados que le permitieron le peynaba y le vestia. Al momento pasaba á su gabinete de lectura, y dexaba siempre la puerta entreabierta de órden del Municipal, que continuamente era testigo de vista. S. M. se hincaba de rodillas, rezaba cinco ó seis minutos, y despues se ponia á leer hasta las nueve.

Poco ántes de esta hora se levantaba la Reyna, se vestia el Delfin, é igualmente que Madama Real y Madama Isabel, que ya peynadas y vestidas subian á la hora dicha en compañía de la

Reyna para almorzar en la cámara del Rey.

A las diez baxaban SS. MM. y AA. á la cámara de la Reyna, y allí pasaban el dia. El Rey se ocupaba en la educacion de su hijo, le hacia recitar algunos pasages de *Corneille* y de *Racine*, le daba lecciones de geografía, y le exercitaba en el levantamiento de planos. La prematura inteligencia del jóven Príncipe correspondia perfectamente á los tiernos cuidados de su padre. Tenia una memoria tan feliz, que sobre un mapa cubierto con un pliego de de papel indicaba los departamentos, los distritos, las ciudades y el curso de los rios; y así le enseñaba su padre la nueva geografía de la Francia. La Reyna por su parte se ocupaba en la educacion de su hija, y con diferentes lecciones pasaban el tiempo hasta las once. Lo restante de la mañana se pasaba en coser, hà-

cer encages, ó trabajando en tapicería. A las doce volvian las tres Princesas á la cámara de Madama Isabel para dexar su ropa de levantar.

A la una, si el tiempo lo permitia, toda la Familia Real, acompañada de quatro Municipales y de un Gefe de legion de la Guardia Nacional, baxaba al jardin, y solo la permitian el paseo hasta cierta distancia, de manera que no pudiese llegar hasta donde estaban los albañiles empleados en la demolicion de las casas inmediatas y en la construccion de los nuevos muros.

A las dos volvian á subir, y comian; y cabalmente esta era la hora en que el *cerbecero Santerre*, Comandante general de la Guardia Nacional de Paris, venia todos los dias, y acompañado de dos Ayudantes de Campo visitaba escrupulosamente las diferentes piezas.

Algunas veces el Rey le hablaba, pero la Reyna nunca. Toda la Familia Real volvia despues de la comida á la cámara de la Reyna, y se divertian un poco jugando á los cientos ó á las damas.

A las quatro tomaba el Rey algunos instantes de reposo, y reynaba el mas grande silencio, teniendo cada una de las Princesas un rato de lectura separadamente. ¡Qué espectáculo! . . . ¡un Rey perseguido por el rencor y la calumnia, caido desde el trono á la prision, pero sostenido por su conciencia, durmiendo apaciblemente el sueño del justo! . . . Su esposa, sus hijos y su hermana contemplaban con respeto sus augustas facciones, en las que parecia que la desgracia aumentaba su serenidad, y en las que de antemano se podia leer la dicha que ahora goza! . . .

Se interrumpia el silencio luego que el Rey dispertaba. Daba el

Delfin leccion de escribir, despues de lo qual subia á la cámara de Madama Isabel, en donde jugaba á la pelota ó al volante.

Al anochecer se ponia toda la Familia Real al rededor de una mesa, y escuchaba la clara voz de la Reyna, que leía ya algunas historias, ó ya algunas obras selectas, propias para divertir é instruir á sus hijos. Se presentaban, sin embargo, algunos trozos imprevistos, que tenian relacion con la situacion triste en que se hallaban, y eran causa muchas veces de ideas muy dolorosas. Esta lectura, á la que ayudaba Madama Isabel, duraba hasta las ocho, hora en que el jóven Príncipe cenaba en la cámára de Madama Isabel, acompañándole toda la Real Familia, á quien S. M. tenia muchas veces gusto de distraer, proponiéndoles algunos enigmas para que los adivináran.

Concluida la cena del Delfin,

y desnudado, le hacia la Reyna rezar sus devociones. Hacia una particular por la Princesa de *Lamballe*, y en otra pedia á Dios protegiese la vida de la Marquesa de *Tourzel*, su Aya. Quando los Municipales estaban demasiado cerca hacia estas dos últimas súplicas el jovencito Príncipe en voz baxa, precaucion que él mismo habia tomado.

A las nueve cenaba el Rey, y mientras tanto la Reyna y Madama Isabel quedaban alternativamente haciendo compañía al Delfin.

Despues de la cena volvia el Rey á subir un momento á la cámara de la Reyna: le daba la mano, como igualmente á su hermana, en señal de despedida, y despues de recibir los abrazos de sus hijos marchaba á su cámara, entraba en su gabinete, y leía hasta media noche. La Reyna y las Princesas se encerraban en sus cá-

maras: en una inmediata á éstas quedaba un Municipal, y el otro seguia al Rey. Los Municipales se relevaban á las once de la mañana, á las cinco de la tarde y á media noche.

Este género de vida duró todo el tiempo que el Rey estuvo en la Torre pequeña hasta el 30 de Setiembre, y éstas fueron sus ocupaciones. Volvamos al órden de los hechos.

El 4 de Setiembre el secretario de *Petion* vino á la Torre para entregar al Rey 2@ libras en asignados: exîgió de S. M. un recibo, y prometió dar á Mr. *Hue* 526 libras que S. M. le encargó se las diese, porque Mr. *Hue* se las habia adelantado. Estas 2@ libras es la única cantidad que recibió S. M. desde que estuvo en el *Temple*, á pesar de que la Asamblea legislativa le destinó 500@ ántes que hubiese previsto los verdaderos proyectos de sus gefes, ó

que se atreviese á no asociarse á ellos.

Se puede inferir de qué clase seria la canalla que mandaba en la Torre, por lo que sucedió con el encargo que el 6 hizo Madama Isabel, quando mandando reunir algunos pequeños efectos, que pertenecian á la Princesa de *Lamballe*, y los habia dexado en la Torre quando se la llevaron, se quedaron con ellos los que debian entregarlos.

Los caractéres de la mayor parte de los Municipales, que en esta época se elegian para venir al *Temple*, indicaban perfectamente de qué especie de hombres se habian servido los novadores, para verificar la revolucion del 10 de Agosto y las matanzas del 2 de Setiembre.

Un Municipal llamado *James*, maestro de lengua inglesa, siguió un dia al Rey hasta en su gabinete de lectura, y se sentó jun-

tó á él. No bastó que el Rey le dixese con moderacion, que siendo la pieza demasiado pequeña para estar dos, habian tenido sus compañeros la atencion de dexarle solo, porque además estaba la puerta abierta, y nada podia escaparse á su vigilancia. El grosero *James* insistió con dureza en su intento: se vió el Rey precisado á ceder, privarse por aquel dia de la lectura, y entrando en su cámara tuvo que sufrir la mas tiránica vigilancia.

Otro dia al levantarse S M. creyó que por descuido no habia sido relevado el comisario que estaba de guardia, y le manifestó con interés, que sentia infinito que hubiese pasado tan mala noche. A este movimiento de sensibilidad del Rey solo respondió el comisario con injurias: „Yo vengo aquí, „le dixo, para exâminar vuestra „conducta, y no para que vos tengais cuidado de la mia", y

acercándose á S. M. sin descubrirse la cabeza continuó: »Nadie en »este mundo tiene derecho de »mezclarse en estas cosas, y vos »menos que ninguno." Este se llamaba *Meunier*.

Otro comisario llamado *Leclerc*, medico de profesion, estando un dia en la cámara de la Reyna en el momento que estaba dando leccion de escribir al jóven Delfin, la interrumpió para disertar sobre la educacion republicana, que era necesario darle, y queria que se substituyesen á las buenas lecciones que el jóven Príncipe recibia las de los libros mas impíos y revolucionarios.

Porque un dia leia la Reyna á sus hijos la historia en aquella época, en que el *Condestable de Borbon* tomó las armas contra la Francia, la denunció formalmente al Consejo otro comisario, diciendo que queria inspirar á su hijo sentimientos de venganza contra su patria,

y S. M. se vió obligada en adelante á elegir tales libros, que por su lectura no se pudiesen calumniar sus intenciones.

El célebre *Simon*, zapatero y oficial Municipal, era uno de los seis comisarios encargados de la inspeccion de los trabajos y gastos del *Temple*, y era el único que baxo pretexto de cumplir bien sus obligaciones jamás se separaba. Siempre que este hombre se presentaba delante de la Familia Real, lo hacia con la mas baxa insolencia. Muchas veces estando el Rey muy inmediato le decia á uno de de los criados: „*Clery*, dile á Ca-»peto que diga ahora si necesita al-»guna cosa, que yo no quiero te-»ner el trabajo de subir dos veces."

La Reyna quiso que el jóven Delfin aprendiese la aritmética, para lo que mandó hacer una tabla de multiplicacion, y aun á esto tuvo que renunciar, por evitar la sospecha de que le ense-

ñaba á hablar en cifra.

Lo mismo sucedió con los bordados que la Reyna y las Princesas trabajaban los primeros dias de su prision; y porque algunos de éstos mandó S. M. que los llevasen á la Marquesa de *Serent*, mandó la Municipalidad que no se permitiese saliesen de la Torre, creyendo que los dibuxos representaban geroglíficos destinados á corresponderse con los de fuera.

Algunos de los comisarios siempre que hablaban al Rey del Delfin y de las Princesas mezclaban sus augustos nombres con los epítetos mas injuriosos. Uno de ellos llamado *Turlot* dixo un dia, *que si el verdugo no guillotinaba á la... Familia, la guillotinaria él mismo.*

Saliendo el Rey y su Familia para pasearse, debian pasar precisamente por delante de gran número de centinelas, de las que muchas aun en esta época estaban puestas en el interior de la Torre.

Presentaban las armas á los Municipales y á los gefes de Legion, y descansaban sobre ellas, ó las volvian con afectacion, quando SS. MM. pasaban.

Uno de estos centinelas del interior escribió un dia sobre la puerta de la cámara del Rey por dentro y por fuera: "La guillotina está permanente, y aguarda al tirano Luis XVI." Leyó el Rey estas palabras sin alterarse.

Uno de los porteros de la Torre llamado *Rocher*, hombre extraordinariamente feo, vestido como un zapador con largos bigotes, un morrion de pelo negro y un tremendo sable, llevaba pendiente de la cintura un manojo de llaves muy gruesas; jamás abria la puerta hasta que el Rey estaba junto á él, y baxo el pretexto de elegir quál era la llave propia de cada una, las meneaba todas haciendo un ruido tan horroroso, que solo se puede comparar con el que él mis-

mo causaba al correr y descorrer los cerrojos. Baxaba el primero con precipitacion, y poniéndose al lado de la última puerta con una gran pipa en la boca, echaba el humo de tabaco tantas veces quantas eran las personas Reales que salian, especialmente á las Princesas. Algunos guardias nacionales que se divertian con estas insolencias, se reunian cerca de él; reian fuertemente á cada bocanada de humo que les echaba, y decian las palabras mas groseras: el paso era muy estrecho, y por divertirse mas algunos de ellos lo obstruian poniendo grandes sillas, que llevaban del cuerpo de guardia.

Aun en el paseo tenian SS. MM. que sufrir muchísimo, viendo á los artilleros reunidos que baylaban, y entonaban unas canciones siempre revolucionarias, y algunas veces deshonestas.

Lo mismo tenia que sufrir la Real Familia quando volvia á la

Torre: muchas veces se llenaban las paredes con los mas indecentes apóstrofes, escritos en gruesas letras para que los viesen bien. Unos decian: *la señora Veto, la Danzarina*... Otros: *Ya pondremos al Co.... como debe estar... Abaxo el cordon encarnado... Es menester degollar á los pequeños lobos &c.* Unas veces pintaban una horca con un hombre pendiente de ella, y á sus pies estas palabras: *Luis tomando un baño de ayre.* Otras veces una guillotina con este lema: *Luis escupiendo en el saco &c.*

De esta manera se cambiaba en un grande suplicio este pequeño paseo que se concedia á la Familia Real. El Rey y la Reyna se hubieran privado de buena gana de él; pero sus hijos, tiernos objetos de su sensibilidad y cariño necesitaban respirar ayre nuevo, y por ellos aguantaban cada dia estos repetidos ultrages.

Sin embargo, algunas señales

de fidelidad ó de compasion dulcificaron alguna vez el dolor de estas persecuciones, y fueron tanto mas notadas, quanto mas raramente se advertian.

Hacia un dia la centinela en la puerta de la cámara de la Reyna un vecino de los arrabales, vestido, aunque en clase de paisano, muy bien. Miraba con mucha atencion á uno de los dos criados que habian permitido á SS. MM. y AA.; y como éste pasase por delante de él, le presentó las armas, y le dixo que no podia salir. ¿Por qué? le preguntó el criado; y habiéndole el centinela dicho que su consigna se lo prohibia: *os engañais*, le dixo aquel. „¿Y qué, señor mio, no sois el „Rey?" le dixo el centinela... „¿Pues no le conoceis?" le dixo el criado; él contestó: *jamas le hé visto, yo quisiera verle en otra parte mejor que aquí....* *Hablad baxo*, le dixo el criado: *yo voy á entrar*

en esta cámara, dexaré la puerta medio abierta, y vereis al Rey: está sentado cerca de la ventana con un libro en la mano. S. M. apenas supo esto, tuvo la bondad de pasearse de una sala á otra para que le viese el centinela, quien dixo al criado: *¡Ah! señor mio, qué bueno es el Rey, y cómo ama á sus hijos!* Apenas podia hablar de enternecido que estaba, y continuó diciendo: *no, yo no puedo creer que nos haya hecho tanto mal.*

Otro centinela puesto á lo último de la calle de árboles, que servia de paseo, manifestaba un dia con sus miradas el deseo que tenia de dar algunas señales de su aficion á la Familia Real. Madama Isabel, que lo advirtió, se aproxîmó á ver si la hablaba; pero fuese por miedo ó por respeto no se atrevió, y con sus lágrimas, y una señal que hizo, dió á entender que era leal, y que baxo los escombros habia escondido un

papel, que por estar presentes los Municipales no se pudo buscar.

El paseo ofrecia muchas veces á la Familia Real un género de expectáculo que afectaba su sensibilidad. Un gran número de vasallos fieles se aprovecharon diariamente de este corto instante para ver á sus Reyes, poniéndose en las casas situadas al rededor del jardin, y no era posible engañarse de su modo de pensar.

Tuvieron tambien SS. MM. y AA. algunos instantes de consuelo, quando supieron por casualidad que la Princesa de *Tarento* y las Marquesas de *Tourzel y Roche-Aimon*, que el 10 de Agosto se hallaban en el momento del ataque en el palacio de las *Tullerías*, habian salvado la vida; pero este gozo lo ahogó prontamente la desgraciada noticia de que los presos de la alta Corte de Orleans habian sido degollados en *Versalles* el nueve de Setiembre.

El Rey tuvo un dolor extraordinario quando supo el fin desgraciado del Duque de *Brissac*, que jamás se habia apartado de S. M. desde el principio de la revolucion. Igualmente sintió mucho S. M. la muerte de Mr. de *Lesart*, las dos interesantes víctimas de su adhesion á su Persona y su Patria.

Un Municipal llamado *Lubin* vino el 21 de Setiembre á las quatro de la tarde rodeado de Gendarmes de caballería y de un inmenso populacho, á publicar una proclama delante de la Torre. Al toque de la trompeta se siguió el mas profundo silencio. Este *Lubin* tenia una voz propia de pregonero, y la Familia Real entendió distintamente la proclama de la abolicion del Gobierno Monárquico, y el establecimiento de una República. Aquel dia estaban de guardia en el *Temple* los Municipales *Hebert*, tan conocido por

el nombre del padre *Duchesne* y *Destournelles*, que despues fué Ministro de las Contribuciones públicas. Estaban sentados cerca de la puerta, y miraban al Rey mientras la proclama con una pérfida sonrisa. El Rey lo conoció: tenia un libro en la mano: continuó leyendo, y no se advirtió en su semblante alteracion alguna. Igual firmeza mostró la Reyna: ni dixo una palabra, ni hizo un movimiento que pudiese acrecentar el gozo infame de aquellos Municipales. Concluida la proclama, volvieron á tocar las trompetas, y se marchó el populacho.

La noche del mismo dia 21 porque uno de los criados de SS. MM., en atencion á que ya hacia frio, y que la cama del Delfin no tenia cortinas ni colcha, presentó un billete firmado del Rey, en que se servia de las mismas expresiones que hasta entónces: *El Rey pide para su*

hijo, *&c.* le dixo *Destournelles*:
„Sois muy osado, pues os servis
„de un título abolido por la vo-
„luntad del pueblo;" y continuó diciéndole al criado, señalando al Rey: "Podeis decirle á
„ese Señor, que cese de tomar un
„título que el pueblo ya no re-
„conoce, ó hareis lo que gus-
„teis; mas yo no certificaré la
„peticion." Esta fué la causa por la que Madama Isabel mandó que quando se hubiese de pedir alguna cosa en adelante, se hiciese de esta manera: *Es necesario para el servicio de Luis XVI.... de Maria Antonia.... de Luis Cárlos.... de Maria Teresa.... de Maria Isabel*, *&c....*

La Familia Real, como ya se dixo, se hallaba en la mayor desnudez, y solo tenia la poca ropa que algunas personas de la Corte la dieron quando se hallaba en los claustros de los Bernardos; y así se veían precisa-

das á recomponerla diariamente: y muchas veces sucedió que Madama Isabel tenia que esperar que el Rey se acostase para recoserle el vestido: sin embargo, á fuerza de instancias permitieron los Municipales que diesen á S. M. un poco de lienzo nuevo, con la expresa condicion, que las mismas Princesas habian de quitar las coronas que se hallaban sobre las letras, que en clase de marca habian puesto en el lienzo.

»La mayor prueba de adhe»sion que me podeis dar en la »situacion en que me veo, es de »nada ocultarme: esto lo exîjo de vuestro zelo, y estoy dispuesto »á todo." Asi dixo S. M. el 26 de Setiembre á *Clery*, que le anunció que habia oido á un Municipal, que se trataba de separar al Rey de su familia, y que la habitacion que se le destinaba en la Torre grande estaba ya casi concluida.

A las diez de la mañana del 29 entraron en la cámara de la Reyna, en donde estaba toda la Familia Real, cinco ó seis Municipales, y uno de ellos llamado *Charbonier* leyó al Rey un decreto del Consejo de la Municipalidad, por el que se mandaba quitar á toda la Familia Real y todos sus criados el papel, tinta, plumas, lápices y demas recado de escribir. Concluida la lectura del decreto, añadió el Municipal *gravemente*, dirigiéndose al Rey: "Quan-»do tengais necesidad de alguna »cosa, baxará *Clery*, y escribirá »vuestras peticiones en un regis-»tro que estará en la sala del Con-»sejo." Sin hacer el mas pequeño reparo entregaron SS. MM. todo quanto por el decreto se pedia. Los comisarios registraron en seguida las cámaras y los armarios, y se llevaron todo lo dicho.

Despues de la cena, al salir el Rey de la cámara de la Reyna

para volver á la suya, le dixo un Municipal que esperase, porque el Consejo le teina que comunicar cierta cosa. Los seis Municipales que por la mañana se habian llevado los papeles entraron un quarto de hora despues, y leyeron al Rey un decreto, por el qual se mandaba su traslacion á la Torre grande. Por casualidad ya lo sabia el Rey, y á pesar de esto le enterneció vivamente este acontecimiento: su desolada familia indagaba en los ojos de los comisarios hasta dónde debian extenderse sus proyectos; y separándose el Rey de ella quedó en la situacion mas dolorosa. Esta separacion, que ya anunciaba tantas otras desgracias, fué uno de los mas crueles momentos que pasaron SS. MM. en el *Temple.*

La cámara que habian destinado al Rey en la Torre grande aun no estaba acabada, ni en ella se veía otra cosa que una sola ca-

ma. Era insufrible el olor de la pintura y el horror de aquella habitacion; y á pesar de esto fueron necesarias muchas representaciones para que permitiesen que durmiese inmediato á él un Ayuda de cámara, quien al dia siguiente, porque despues de levantado el Rey queria ir á vestir al jóven Delfin, recibió esta respuesta de *Veron*, uno de los Municipales: "Ya
»no tendreis en adelante comu-
»nicacion con los otros presos,
»ni tampoco vuestro Señor, quien
»ni aun debe volver á ver sus
»hijos."

A las nueve quiso el Rey ir á ver su familia: "Nosotros no te-
»nemos órden para esto," le dixeron los comisarios: S. M. les hizo algunas observaciones, y ellos no respondieron.

A las nueve y media entraron dos Municipales y un criado, que traía un pedazo de pan y un jarro de agua de limon para que se des-

ayunase S. M. El Rey les manifestó el deseo que tenia de comer con su familia, pero ni esto pudo por el pronto conseguir, ni que su Ayuda de cámara baxase á vestir al Delfin.

Se puede considerar cómo estaria el corazon de aquel virtuoso Rey en una situacion semejante; y es muy digna de considerarse la bondad de su corazon, quando observando que no habian traido desayuno para el criado, le dió la mitad del pedazo de pan, diciendole: "Parece que se han olvida-
»do de traerte el desayuno; toma
»la mitad de lo que han traido,
»que yo tengo bastante con lo
»que queda." El criado no queria tomar el pan, y llorando contemplaba esta escena: insistió S. M. en ello, y tambien dexó correr algunas lágrimas.

A las diez llegaron otros Municipales con los obreros que trabajaban en la disposicion de la cá-

mara. Uno de aquellos dixo al Rey que acababa de estar presente al desayuno de su familia, y que no tenian novedad. "Os doy las „gracias, respondió S. M, y os su„plico que la digais que estoy bue„no. Al mismo tiempo quisiera „tener aquí algunos libros de los „que he dexado en la cámara de „la Reyna, pues aquí nada tengo en que leer." Consintió este Municipal en la peticion del Rey, y como no sabia leer, fué preciso que le acompañase el Ayuda de cámara para que traxese los libros que S. M. habia indicado, y diese algunos recados á la Reyna.

Quando el Ayuda de cámara y el comisario llegaron estaba llorando toda la Real Familia, y á su vista se aumentó su llanto. Tuvo que responder con reserva á las muchísimas preguntas que le hicieron. No era ya llanto, los gritos del dolor eran con los que la Reyna articulaba su deseo de

estar con el Rey, á lo menos algunos instantes cada dia y á la hora de la comida. "¡Muy bien! »hoy comerán juntos, dixo un »Municipal, pero como nuestra »conducta debe ser conforme á los »decretos de la Municipalidad, »haremos mañana lo que ésta nos »prescriba." Consintieron sus compañeros en ello.

La sola idea de ver al Rey consoló extraordinariamente esta desgraciada familia. Era el espectáculo mas interesante ver á la Reyna con sus hijos en los brazos, y á Madama Isabel con las manos levantadas al cielo, dar á Dios las gracias por esta dicha inesperada. Algunos Municipales no pudieron detener sus lágrimas. Uno de ellos, el zapatero *Simon*, dixo en voz bastante clara: "Yo creo »que estas. . . de mugeres me »van á hacer llorar:" y dirigiendo su voz á la Reyna, la dixo toscamente. "Tú no llorabas quando

» asesinabas el pueblo en el 10 de » Agosto." = "El pueblo, respondió » la Reyna, está muy engañado » sobre nuestro modo de pensar."

Comió al fin la Familia Real en la cámara del Rey, y por los sentimientos que expresaron se pudo conocer los temores que habian tenido: nada hablaron del decreto de la Municipalidad, y la Familia Real continuó reuniéndose á las horas de la comida, como igualmente á las de paseo.

En el mismo dia hicieron ver á la Reyna el alojamiento que se la preparaba encima de el del Rey. S. M. solicitó vivamente á los obreros que lo acabasen con prontitud, lo que no se verificó hasta pasadas tres semanas.

Nada de particular que deba referirse desde esta época hasta el 7 de Octubre pasó á los ilustres presos, habiendo tenido constantemente que sufrir iguales tratamientos, y observar el mismo gé-

nero de vida; y como los insultos diariamente eran los mismos, y quando no mayores, seria dilatarnos demasiado si se hiciese una narracion circunstanciada de ellos. En este dia, pues, 7 de Octubre, estando ya concluida la habitacion para la Reyna y demas Princesas, pasaron de órden de la Municipalidad á sus nuevas habitaciones en la grande Torre; pero este dia, tan vivamente deseado, y que parecia prometer á SS. MM. algun consuelo, fué señalado con un nuevo insulto á la Reyna. Veían los Municipales que la Reyna consagraba toda su existencia al cuidado de su hijo, y que en cierta manera se le dulcificaban sus pesares con el reconocimiento y caricias del niño. Repentinamente lo separaron de su madre; accion que, por no habersela prevenido anteriormente, aumentó su pena y dolor.

Creo deber ahora describir la nueva habitacion de SS. MM., en

atencion á que los acontecimientos que se van a referir pasaron en un local muy distinto.

La Torre grande, cuya altura es de cerca de 150 pies, tiene quatro pisos de bóveda, y sostenidos en el medio por una gruesa columna que principia desde el cimiento, y continúa hasta el capitel. El interior tiene cerca de 30 pies en quadro.

El segundo y tercer piso fueron destinados para la Familia Real, y siendo como los otros de una sola pieza, fué preciso dividirlos en quatro cámaras con tabiques de madera. Los Municipales se servian del quarto baxo; el primer piso servia de cuerpo de guardia, y para la habitacion del Rey se destinó el segundo.

La primera pieza de su alojamiento era una antecámara, en la que conducian separadamente á tres piezas distintas tres puertas diferentes. Enfrente de la puerta de

entrada estaba la cámara del Rey, en la que se puso una cama para el Delfin. En dicha pieza habia una estufa, que servia para calentar las otras. La pieza de la izquierda, que estaba separada de la antecámara por una vidriera, servia de comedor. Cada una de estas cámaras recibia la luz por una ventana, en la que habian puesto gruesos barrones de hierro, y unos espiráculos que impedian que el ayre entrase rectamente, á lo que tambien contribuian los nueve pies de grueso de las paredes.

En cada un ángulo de la Torre grande habia una Torre pequeña, que tenia comunicacion con aquella. En una de estas Torrecitas estaba la escalera, que llegaba hasta las almenas. En ellas se habian puesto de distancia en distancia hasta siete postigos. Para entrar desde esta escalera á qualquiera de los pisos era menester pasar dos puertas, la primera era de trave-

saños de encina muy fuertes, espesos y con muchos clavos, la segunda de hierro.

La parte de la Torrecita, que correspondia á la cámara del Rey, formaba un gabinete: en la del otro ángulo se puso un guardaropa, y la otra se destinó para poner en ella la leña que habia de servir para calentarse: tambien se colocaban en ésta, durante el dia, los catres en que dormian los Municipales que estaban de guardia.

Las quatro piezas del piso que habitaba el Rey tenian un cielo raso de lienzo, y los tabiques estaban cubiertos con papel pintado. El cielo raso de la antecámara representaba lo interior de una prision, y en uno de sus lados escribieron en gruesos caractéres, la *declaracion de los derechos del hombre*, inscripcion que adornaron con un quadro ribeteado con los tres colores. Todos los muebles se reducian á una cómoda, un pequeño

escritorio, quatro sillas guarnecidas, una de brazos, algunas de paja, una jarra sobre la chimenea y una cama de damasco verde. Estos muebles, así como los de las otras piezas, eran del palacio del *Temple*. La cama donde el Rey dormia era del Capitan de Guardias del señor Conde de Artois.

El tercer piso era habitado por la Reyna, y su distribucion era casi la misma que el del Rey. La Reyna y Madama Real dormian en la division que estaba encima de la del Rey. Madama Isabel ocupaba la de la izquierda; la Torrecita les servia de gabinete; y la antecámara la ocupaban los Municipales de dia y de noche.

Nadie ocupaba el quarto piso: en él habia una galería al rededor de las almenas, en donde pusieron unas celosías para impedir que la Familia Real viese y fuese vista.

En casi nada cambiaron SS. MM. su modo de vivir en la Torre gran-

de: las horas de comida, de lectura y de paseo eran las mismas, así como tambien los ratos que el Rey y la Reyna habian desde entonces destinado á la educacion de sus hijos. Despues que el Rey se levantaba rezaba el Oficio de los *caballeros del Espíritu Santo*, y como le habian negado que le dixesen Misa aun en los dias de fiesta, compró un Breviario segun el uso de la diócesis de París para suplir en algun modo lo que de su parte estuviese. Este Príncipe era verdaderamente religioso; pero su religion era pura é ilustrada, y jamás le apartó del cumplimiento de su obligacion. Su lectura habitual, despues de su entrada en el Temple, fueron las obras de los Viajeros, las de *Montesquieu*, las del Conde de *Buffon*, el Expectáculo de la Naturaleza de *Pluche*, en Francés: en Inglés; la historia de Inglaterra de *Hume*: en Latin, la Imitacion de Jesucristo; y en Ita-

liano, las obras del *Tasso.* Diariamente dedicaba quatro horas á la lectura de autores latinos.

Se compraron libros de piedad para la Reyna y las Princesas, y no se las podia ver sin enternecerse quando muchas veces, hincadas de rodillas, dirigian sus súplicas á Dios con el mayor fervor.

A las nueve de la mañana subian el Rey y su hijo para desayunarse en la cámara de la Reyna; y despues, miéntras las tres Princesas se peynaban, jugaba el Rey al axedrez ó á las damas unas veces con la Reyna, y otras con Madama Isabel.

El Delfin y su hermanita se divertian despues de comer jugando al volante, ú otros juegos; pero siempre estaba presente Madama Isabel, que se sentaba junto á una mesa con un libro en la mano.

Por la noche á la hora de acostarse ponian los Municipales sus camas en la antecámara, de ma-

nera que con ellas obstruian absolutamente la salida y la entrada de la pieza donde dormia el Rey. Si S. M. llamaba á su Ayuda de cámara, era preciso ó que pasase por encima de los Municipales, lo que no hubieran permitido, ó que tuviese que esperar, como siempre sucedia, hasta que ellos quisiesen levantarse.

El 7 de Octubre á las seis de la tarde unos veinte Municipales, reunidos y presididos por el célebre *Manuel*, entraron en la cámara del Rey, que estaba sentado y leyendo; y dirigiéndole aquél la palabra, tuvieron el siguiente diálogo, tan indecente por la parte de *Manuel*, como moderado por la del Rey.

Manuel. ¿Cómo lo pasais? ¿Teneis lo que necesitais? = *El Rey.* Yo estoy contento con lo que tengo. = *Manuel.* Ya sabreis sin duda las victorias de nuestros exércitos, la toma de *Spira*, la de *Niza* y la

conquista de la *Saboya*. = *El Rey*: Hace algunos dias que oí hablar de eso á uno de estos señores, que leia el Diario de la tarde. = *Manuel*: ¿Cómo es eso? ¿Pues no teneis los Diarios que son ahora tan interesantes? = *El Rey*. Yo no recibo ninguno. = *Manuel*, dirigiéndose á los Municipales, y señalando al Rey: Es menester, señores, darle todos los Diarios á ese Señor: es bueno que sepa nuestros sucesos. =El mismo *Manuel*, dirigiéndose de nuevo á S. M. Se propagan los principios democráticos: ya sabeis que el pueblo ha abolido el gobierno monárquico, y en su lugar ha adoptado el republicano. = *El Rey*. Así lo he oido decir, y pido á Dios que los franceses hallen en él la felicidad que siempre he querido proporcionarles. = *Manuel*. Tambien sabreis que la Asamblea Nacional ha suprimido todas las órdenes de caballería: se os debia haber dicho que os quitaseis

las decoraciones, pues entrado ya en la clase de los demas ciudadanos, es menester que seais tratado de la misma manera que todos; por lo demas pedid todo aquello que necesiteis, y se os proporcionará en el momento. = *El Rey.* Os doy las gracias: nada necesito.

Apenas dió esta última respuesta S. M. volvió á fixar los ojos en el libro, y al exemplo de *Manuel* se retiró la Diputacion, viendo que no hallaba en el Rey sino una grande resignacion, y una inalterable serenidad en lugar de la tristeza é impaciencia con que quisieron provocarle.

Aquella misma noche mandó S. M. á su Ayuda de cámara quitase las insignias de las órdenes con que estaba decorado, y aprobó la accion de éste de haberlas encerrado, y no entregádolas á la Convencion, como ésta le habia dado á entender.

El 9 de Octubre llevaron al Rey

el diario de las sesiones de la Convencion; pero algunos dias despues á consecuencia de la propuesta de un tal *Michel*, perfumista, se dió un decreto, por el qual se mandaba de nuevo que no se permitiesen entrar papeles públicos en la Torre. Sin embargo, este decreto tenia sus excepciones, á lo ménos en la práctica; y así es, que quando los papeles públicos proporcionaban en algun modo aumentar el ultraje de S. M. ó las injurias contra la Reyna, tenian ciertos Municipales la baxeza de ponerlos con reflexîon sobre la chimenea ó en la cómoda, á fin de que llegasen á las manos de S. M.

En uno de estos escandalosos papeles leyó un dia S. M. la representacion de un artillero, que pedia "la cabeza del tirano Luis XVI „para cargar con ella su cañon, y „enviarla al enemigo." Otro de estos periódicos, hablando de Madama Isabel, procuraba destruir

sus virtudes con las calumnias mas absurdas, para echar por tierra la admiracion que inspiraba en el público su adhesion al Rey y á la Reyna. Otro decia que era preciso ahogar los dos lobeznos que estaban encerrados en la Torre, señalando con esto al *Delfin* y á *madama Real.*

La relacion que estos artículos debian tener y tenian con las ideas que inspiraban al pueblo, era lo único que entristecia el benigno corazon de Luis XVI; y por esto, quando acababa de leer alguno de estos periódicos, manifestaba su modo de sentir con las siguientes expresiones: *Los Franceses son muy desgraciados, pues se dexan engañar así.*

Solamente los que conozcan los insolentes escritos que se publicaron en aquel tiempo, podrán formar una idea de esta clase de suplicio: pero aun es menester adelantar mas nuestra consideracion

sobre los efectos de estos escritos sanguinarios, que fueron dirigidos contra la conducta de la mayor parte de los Municipales, que hasta entónces no se habian mostrado tan duros ni tan desconfiados como los otros.

Por esto un tal *Marino*, oficial Municipal, hizo abrir un caxoncito, en el que un Ayuda de cámara habia puesto una lista de los gastos propios de la Real Familia, asegurando que allí habria correspondencia, y amenazando á sus compañeros de que los delataria al Consejo de la Municipalidad por ser, segun él decia, demasiado indulgentes.

Este mismo Municipal deshizo un dia un tablero de damas, que con el consentimiento de sus compañeros se permitió entrar en el *Temple*, y arrancó uno por uno todos los quadritos, para ver si debaxo iban algunos papeles. Tambien hizo arrestar á la muger de

Clery, uno de los Ayudas de cámara, porque viéndola un dia en el paseo la Reyna y Madama Isabel la saludaron con un movimiento de cabeza.

Otros Municipales tenian gusto en practicar los caprichos mas extravagantes: yá cortaban los macarrones por si en ellos encontraban algunos villetes, yá con el mismo fin hacian pedazos la fruta, y quebrantaban el hueso. Un dia hicieron beber á un Ayuda de cámara una botella de esencia de xabon, que iba destinada para que S. M. se afeytase, suponiendo que era un veneno. Madama Isabel daba todos los dias despues de comer un cuchillo con puño de oro para que un criado se lo limpiase, y muchas veces los comisarios se lo arrancaban de las manos, y registraban si en el fondo del puño iba alguna correspondencia. Los mismos cortaron las márgenes de un libro de devocion que Mada-

ma Isabel enviaba á la Duquesa de *Serent*, asegurando que en dichas márgenes podian ir escritas algunas cosas con tinta particular.

Uno de ellos no quiso permitir un dia que el Ayuda de cámara subiese á la habitacion de la Reyna para que la peynase, y fué preciso que S. M. baxase á la cámara del Rey los recados necesarios para el efecto. Otro la quiso seguir quando, segun su costumbre, iba á las doce de cada dia á la habitacion de Madama Isabel para dexar su ropa de mañana. S. M. tuvo que dexar aquel dia de vestirse, á pesar de que se le representó al Municipal la indecencia de su modo de proceder. Quando mandaban la ropa blanca para lavar, y del mismo modo quando la lavandera la traía, la exâminaban pieza por pieza, y la ponian al transparente, por ver si por casualidad llevaba algo escrito: lo mismo hacian con el papel en que iba envuel-

ta, y con el libro de la lavandera.

Algunos Municipales, sin embargo, no se manifestaron tan duros como sus compañeros; mas la mayor parte de ellos llegaron por esto á hacerse sospechosos, y fueron guillotinados, y los que no lo han sido, han gemido mucho tiempo en las prisiones.

Uno de ellos llamado *Toulan*, que por sus expresiones parecia uno de los mayores enemigos de la Real Familia, se acercó un dia al Ayuda de cámara, y apretándole la mano le dixo en secreto: » Por » la vigilancia de mis compañe- » ros no puedo hoy hablar á la » Reyna; pero decidla que ya está » hecho lo que me encargó, y que » dentro de algunos dias estaré yo » de guardia, y le traeré la res- » puesta." Admirado el Ayuda de cámara, y creyendo que le armaba algun lazo, le contestó en estos términos: " Os engañais, señor » mio, dirigiéndoos á mi para se-

„mejantes comisiones" ; pero el Municipal apretándole fuertemente la mano se retiró al momento, diciéndole: "No me engaño." Dió el Ayuda de cámara cuenta á la Reyna, quien le respondió que podia fiarse de *Toulan*, y al fin este jóven, en compañía de otros nueve Municipales, murió víctima de su humanidad.

Ya llevaban tres meses SS. MM. en la Torre del *Temple*, y hasta entonces no habian visto otras personas que los Municipales y los soldados de la guardia hasta el primero de Noviembre, en que se les anunció que venia una Diputacion de la Convencion Nacional. Seis eran los Diputados, y entre ellos venia el desalmado *Drouet*, Maestro de Postas de *Varennes*, y el ex-Capuchino *Chabot*. La Familia Real, y sobre todo la Reyna, se extremecieron de horror á la vista de *Drouet*: éste se sentó insolentemente, y lo mismo los demas. Pre-

guntaron al Rey cómo era tratado, y si le daban las cosas necesarias, y S. M. respondió: »Yo de nada »me quejo: yo solamente pido que »la Comision entregue á mi Ayu»da de cámara, ó deposite en el »Consejo 2000 libras para los pe»queños gastos del dia, y que nos »mande lienzo y vestidos, pues te»nemos la mayor necesidad de »ellos.» Así lo prometieron los Comisionados, aunque nada enviaron.

Algunos dias despues le acometió al Rey una fuerte fluxîon á la cabeza; pidió que viniese Mr. *Dubois*, dentista de S. M.: tres dias deliberaron para esto, y al fin se lo negaron; pero quando la calentura atacó sériamente á S. M., entonces permitieron que le visitase su primer Médico *Mr. le Monier*, á quien ántes que entrase le registraban escrupulosamente, y le obligaron á que no pudiese hablar á S. M. sino en voz alta.

La Reyna y sus hijos no se apartaban de dia de la cama del Rey, y muchas veces ayudaban á componer el triste lecho, en donde estuvo seis dias enfermo el Soberano legítimo de veinte y cinco millones de franceses. Murmuraban altamente los Municipales del amor con que cuidaban á S. M. su esposa y sus hijos, y del respeto con que el Médico le hablaba.

Parecia natural que en el momento que se advirtió calentura en el Rey hubiesen separado la cama del niño *Delfin*, trasladándolo á la habitacion de la Reyna; pero á ésto se opusieron los Municipales, y sucedió lo que necesariamente debia suceder. Una habitacion triste, lóbrega y nada ventilada, infestada con los vapores de la soldadesca y Municipales, y con los que exhalaba el cuerpo calenturiento del Rey, pegaron la calentura al niño. Tanto mas lo sintió la Reyna, quanto que á pesar de

las infinitas instancias que hizo por estar de noche en compañía de su hijo, no lo pudo conseguir. De dia le prodigaba los mas tiernos cariños todo el tiempo que le permitian estar con él. La misma enfermedad se comunicó á la Reyna, á Madama Real y á Madama Isabel; y permitieron, por fin, que las visitase el médico.

Tambien cayó enfermo el único Ayuda de cámara que entónces tenian, y el Rey mismo peynaba al Delfin, porque no se molestase el enfermo. El jovencito Delfin no se apartaba de su cama, y le llevaba de beber continuamente. Por la noche se aprovechó el Rey de un momento en que se descuidaron los Municipales, y le dixo lleno de bondad: "Yo mismo quisiera asistirte, pero bien sabes como nos observan: ten ánimo que mañana vendrá mi médico." Dicho esto le dió un vaso de licor, y se marchó. A la hora de la cena en-

tró á visitarle la Real Familia, y Madama Isabel le dió á escondidas una botella de una bebida que S. A. tenia, y la necesitaba para curarse un fuerte constipado que tenia; y expresamente mandó al Ayuda de cámara que la tomase, porque éste se resistia á ello.

Todos los dias venia la Real Familia á visitarle, y se puede asegurar que fué enfermedad muy dichosa la que motivó á la primera familia de la Europa á practicar unos hechos tan dignos de admiracion. SS. MM. y AA. suspendian en cierta manera la idea de sus largos infortunios para ocuparse en el alivio de uno de sus criados.

Para prueba de la bondad del corazon del niño Delfin, y de como se aprovechaba de los exemplos de las virtudes que veia en su augusta familia, referiré aquí el siguiente pasage.

Una noche, despues de haberle acostado, se retiró el Ayuda de

cámara para que la Reyna y las Princesas entrasen á abrazarle, y darle las buenas noches: Madama Isabel, que por la vigilancia de los Municipales no habia podido hablar al criado, se aprovechó de este momento para darle al Delfin una caxita de pastillas de hipecacuana, encargándole que se la diese quando volviese. Las Princesas marcharon á su habitacion, el Rey á su gabinete de lectura, y el criado á cenar. Este entró á las once para hacer la cama del Rey, y se sorprendió quando oyó al jóven Delfin, á quien suponia dormido, que le llamaba en voz baxa; marchó al momento, y preguntándole la causa de estar tan desvelado, le contestó el niño: "Es porque mi „tia me ha entregado esta caxita „para tí, y yo no he querido dor„mirme sin dartela; ya era tiem„po que vinieras, pues mis ojos se „han cerrado muchas veces" Los del criado se llenaron de lágrimas:

advirtiólo el niño, le dió un abrazo, y á los dos minutos despues dormia ya profundamente.

Juntaba á esta sensibilidad un infinito de gracias y toda la amabilidad propia de sus años. Muchas veces hacia olvidar á sus padres su dolorosa situacion por su sencillez, por su carácter festivo, y por sus pequeñas travesuras; pero sin embargo, tambien conocia aunque tan niño que se hallaba en una prision, y cercado de enemigos. Observaba una conducta reservada, qual el instinto quizá inspira á toda edad quando hay peligro: jamás se le oyó hablar de las *Tullerias*, ni de *Versalles*, ni de ningun otro objeto que hubiera podido acordar al Rey ó la Reyna su lamentable situacion. Si veia llegar un Municipal mas honrado que sus compañeros, iba al momento, y le decia á su madre con la mayor alegría: "mama éste es mejor que los otros."

Un dia mirando con mucha atencion á un Municipal, dixo que ya le conocia; y preguntándole éste donde le habia visto, no quiso contestar, pero reclinándose entre los brazos de su madre, le dixo en voz baxa: "Yo lo ví „en nuestro viage á *Varennes*."

El hecho siguiente manifiesta una nueva prueba de su sensibilidad. Mandaron cierto dia á un picapedrero que fuese á la Torre á hacer en el dintel de la puerta de la antecámara unos agujeros para poner barras de hierro. Estaba el obrero desayunándose, y el Delfin se divertia miéntras tanto con las herramientas de aquel. Tomó el Rey el martillo y el cincel, y le decia al Delfin como debia usarse de ellos, dando golpes en la misma parte en donde daba el picapedrero. Admirado éste de ver al Rey trabajar así, le dixo: "Quan- „do salgais de esta Torre, podreis „decir que vos mismo, Señor, ha-

„beis trabajado para aumentar vues-
„tra prision." = ¡"Ah! ¡quándo y có-
„ mo saldré yo!" exclamó el Rey. El Delfin echó á llorar, y S. M. dexando el cincel y el martillo entró en su cámara, y principió á pasearse con viveza.

El 2 de Diciembre se mudó la Municipalidad del 10 de Agosto, y la reemplazó otra baxo el nombre de *Municipalidad provisional.* Muchos Municipales fueron reelegidos, y se engañó quien pensó que esta Municipalidad seria mejor que la antigua. Se verificó el refran español de: *otro vendrá que bueno me hará.* Los antiguos eran mas groseros é insolentes, la ruindad de los nuevos era mas reflexiva. Hasta esta época dos Municipales solos eran los que estaban con SS. MM. y AA. despues fueron quatro. Hasta entónces el Consejo se reunia en las Salas del palacio del *Temple*, despues se trasladó á una pieza baxa de la Tor-

re. Los nuevos Municipales querian exceder el zelo de los antiguos con una emulacion la mas tiránica.

El 7 de Diciembre llegó una Diputacion de la Municipalidad, y leyó un decreto, por el que se mandaba quitar á la Real Familia los cuchillos, navajas de afeitar, tixeras, cortaplumas, y todos los demas instrumentos cortantes que se quitan á los presos que se presumen criminales: mandaba tambien que se hiciese una requisa la mas exâcta, no solo en las habitaciones de los augustos presos, sino en sus mismas personas. La alteracion con que un Municipal leyó el decreto hizo ver la violencia que se hacia, y acreditó en adelante con su conducta, que si consintió en venir al *Temple*, fué por querer ser útil á la Familia Real.

Cumplieron los Municipales con la mayor escrupulosidad lo

que mandaba el decreto, y hasta los pequeños mondadientes se llevaron. Hicieron un sumario de todo; lo distribuyeron en paquetes, y los sellaron; pero creyendo que aún habrian quedado algunos instrumentos en una pequeña cartera, de la que el Rey sacó y les dió unas tixeras y un cortaplumas; subió por esto de órden del Consejo el Municipal *Sermaize*, y le dixo al Rey que llevaba la comision de exâminar de nuevo la cartera. La sacó S. M. y el Municipal le mandó entonces que la volviese á cerrar, y se quedase con ella, despues de haber visto que solo contenia un pequeño tirabuzon, un eslabon y un tornillo. Entonces S. M volviéndole la espalda, le dixo: ¿"Y estas tenacitas que yo tengo en la mano no "son tambien un instrumento cor"tante?" Calló el Municipal y se marchó.

Hubo una grande contestacion

entre los comisarios á la hora de la comida, sobre si habian de permitir ó no á la Real Familia tenedores y cuchillos; pero al fin decidiéron que solamente los tendrian miéntras comiesen.

La privacion de estos pequeños muebles fué para las Princesas tanto mas sensible, quanto que por ella se viéron obligadas á renunciar diferentes obras que hasta entónces les habian servido de distraccion. Cosiendo Madama Isabel un dia los vestidos del Rey, cortó el hilo con los dientes, pues ya no tenia tixeras: "¡Qué contraste! la dixo el Rey que la miraba enternecido; quando estabas en tu bonita casa de *Montreuil* nada te faltaba." = "¡Ah! hermano mio, respondió la Princesa: ¿Creeis que yo pueda sentir mis penas, quando participo de las vuestras?"

Se pasáron algunos dias sin que ocurriese novedad particular, sino

es el aumento de la barbaridad y trato grosero de los Municipales. Por una casualidad supo el Ayuda de cámara que ya estaba decidido el hacer proceso al Rey, y que podria tomar un defensor. Dió inmediatamente parte á S. M. para que concertase las medidas de tener comunicacion con su familia, pues supo que durante el proceso estaria privado de ella. Habló el Rey con la Reyna; y Madama Isabel explicó al Ayuda de cámara lo mucho que le agradecian el que les hubiese dado la noticia tan de antemano. Lo mismo hizo el Rey, diciéndole por la noche: »Continúa en descubrir »quanto puedas sobre lo que quie»ren hacer de mí, y no creas que »por esto me afliges; y ten en»tendido que estoy de acuerdo con »mi familia para conducirme de »modo, que de ninguna manera »quedes comprometido."

El 11 de Diciembre de 1792 á

las cinco de la mañana tocáron la generala en todo Paris, é hiciéron entrar caballería y cañones en el jardin del *Temple* Si la Familia Real no hubiera estado advertida, la hubiera alarmado cruelmente este ruido. Sin embargo, fingieron que ignoraban la causa, é hicieron á los comisarios de guardia algunas preguntas, á las que no quisieron responder.

El Rey y el Delfin subieron á las nueve de la mañana al alojamiento de las Princesas para desayunarse. SS. MM. estuvieron juntos una hora, pero siempre á la vista de los comisarios. La política cruel mas refinada, y el gozo mas bárbaro se veia claramente en los rostros de estos hombres feroces. En unos momentos en que tantos cuidados y angustias se aglomeraban en los espíritus de los ilustres presos, no pudieron hallar el consuelo de esparcirse un poco hablando solos. Fué preciso

que se separasen : con la vista dixo el Rey á su esposa, su hija y su hermana lo que no pudo decirles por palabras, y baxó á su habitacion con el Delfin.

Este jóven Príncipe, que muchas veces obligaba á su padre á que jugase con él al *Sian*, hizo en este dia tantas instancias, que el Rey, á pesar de su situacion, no pudo negarse á ello. El Delfin perdió todas las partidas, y no pudo pasar del número 16: »siempre que tengo este punto pierdo," dixo con un ligéro despecho. Nada respondió el Rey, pero se apercibió en su semblante que le hizo impresion el perder siempre el niño en el número 16.

A las once estaba el Rey dando leccion á su hijo, y entraron dos Municipales diciendo, que llevaban órden para conducir al Delfin al alojamiento de su madre. Quiso el Rey saber el motivo, y la respuesta de los Municipales

fué; que ellos executaban las órdenes del Consejo. Abrazó S. M. tiernamente á su hijo, mandó al Ayuda de cámara que lo subiese, y quando supo que quedaba en los brazos de su madre se tranquilizó algun tanto. Poco despues entró un comisario anunciando que *Chambon*, Corregidor de París, estaba en el Consejo é iba á subir. "¿Y qué quiere? dixo el Rey."= "Lo ignoro," respondió el Municipal.

S. M. se paseó con viveza algunos momentos, y despues se sentó en una silla de brazos que estaba junto á la cabezera de su cama: tenia la puerta medio cerrada, y el Municipal no se atrevia á entrar á fin de evitar cuestiones, segun decia; pero pasada media hora, y reynando el mas profundo silencio, se puso en cuidado el comisario no oyendo á S M.: entró poco á poco, y le halló con la cabeza recostada en una de sus

manos, y parecia que estaba en un todo distraido. „¿Qué quereis?" le dixo el Rey. = „Creía que es„tuvieseis algo indispuesto," le respondió el comisario. = "Muchas „gracias, continuó el Rey doloro„samente; pero el modo con que „se me quita mi hijo me es sensi„ble hasta lo sumo." Nada dixo el comisario, y se retiró.

El Corregidor llegó á la una: venia acompañado de *Chaumette*, Procurador de la Municipalidad, de *Colombeau*, Secretario grefier, de muchos Municipales, y del célebre *Santerre*, Comandante de la Guardia Nacional, con sus Edecanes. El Corregidor dixo al Rey que venia para llevarle á la Convencion en virtud de un decreto que hizo leer al Secretario: este decreto decia entre varias cosas: „que *Luis Capeto* seria presenta„do en la Barra de la Convencion „Nacional." = „*Capeto* no es mi „nombre, dixo el Rey, es el nom-

„bre de uno de mis antepasados," y hablando con el Corregidor, continuó: "yo deseaba que los „comisarios hubieran permitido „que mi hijo hubiese estado con„migo las dos horas que hace os „estoy esperando; mas este trata„miento es una consecuencia de „los que se me hacen aquí de „quatro meses á esta parte: voy á „seguiros, no por obedecer á la „municipalidad, sino porque mis „enemigos tienen la fuerza en la mano." Se puso la levita, tomó su sombrero, y siguió al Corregidor de París, quien le conduxo á la Convencion en medio de una grande y fuerte escolta.

En el camino habló muy poco S. M., y nada relativo á su proceso: miraba con tranquilidad las gentes que se hallaban en la calle, igualmente que la Guardia Nacional, que descansando sobre las armas estaba formada en dos filas. Todos los balcones y ventanas es-

taban cerrados, y el pueblo en un lugubre silencio. Así llegó el Rey á la Convencion acompañado de muchas piezas de artillería, de mucha caballería, y de treinta Municipales adornados con su *banda municipal*.

Pareció, en fin, Luis XVI por la primera vez en el seno de la Convencion para responder á los cargos que se le iban á hacer, y que para él todos eran imprevistos. El Duque de *Orleans* se manifestaba el mas impaciente por juzgar á su Rey, y se sentó enfrente de la silla que debia ocupar el desgraciado Monarca. El Duque de *Montpensier*, hijo segundo del infame *Orleans*, y jóven de 17 años, estaba en las tribunas, y mostraba una impaciencia igual á la de su padre porque principiase la qüestion.

Llegado el Rey á la barra, le habló el Presidente *Barrere* en estos términos: "Luis, la Nacion

„Francesa os acusa. La Conven-
„cion Nacional decretó el 3 de
„Diciembre que seriais juzgado
„por ella ; y el 6 que seriais pre-
„sentado en su barra. Se os vá á
„leer el acta enunciativa de los
„delitos que os imputan. Os po-
„deis sentar , si quereis."

La Nacion Francesa os acusa.... ¡La Nacion Francesa...! ¿Y es posible que del centro de la Asamblea no saliese alguna voz que acreditase de calumniosa una expresion semejante...? En Londres , á lo menos se oyó una voz mientras se veía el proceso de Cárlos 1º , que desmintiendo altamente al Tribunal regicida, vengó el honor Nacional. A estas palabras: *Acusacion hecha á nombre de todo el buen Pueblo Ingles.... Ni de la eentésima parte* , exclamó *Lady Fairfax*, muger del amigo y compañero de Armas de *Cromvvel....* Será , pues , admirado de las generaciones venideras el silencio que

se observó en la Convencion quando se dixo al Rey: *La Nacion Francesa os acusa.*

La mayor dignidad y presencia de espíritu manifestó S. M. en quantas respuestas dió á lo que le preguntaron. Su defensa fué menos una justificacion, que una cuenta exâcta de toda su conducta desde que subió al Trono, así que aunque en postura de acusado, en nada ajó el honor de la Diadéma, y los Reyes de la tierra jamás vituperarán su memoria de haber comprometido la magestad Real. Sus facciones demudadas por la desgracia, el desórden de sus cabellos, la longitud de su barba, la dulzura de su fisonomía, y la serenidad de su alma, todo inspiraba el mas tierno respeto.

Todos se quedaron descoloridos, y aun el mismo *Orleans* casi se privó, quando el Presidente, habiendo dicho al Rey que se hallaba acusado por haber sido la

causa de que se derramase tanta sangre en la mañana del 10 de Agosto, recibió esta respuesta: *No Señor, no soy yo quien hizo correr tanta sangre.* El tono con el que S. M pronunció estas palabras, produxo en todos un efecto qual no esperaban; despertó los remordimientos de mas de una conciencia, y esparció tal luz en toda la Asamblea, que cada uno vió evidentemente que los asesinos del 10 de Agosto fueron los mismos que los del 2 y 3 de Setiembre.



Igual sensacion produxo la respuesta de S. M. á *Barrere*, que tuvo la baxeza de vituperar al Rey su natural benignidad: ¡*Ah, Señor, jamás he tenido placer mas dulce que quando daba á los que tenian necesidad*! Estas palabras salieron de su corazon lo mismo que una saeta, y al decirlas se le llenaron los ojos de lágrimas. Una muger, que se hallaba en las tribunas,

adonde habia venido como otras muchas para gritar y maldecir al Rey, no pudo detenerse, y exclamó llena de dolor: *¡Ay Dios mio! ¡y como el Rey me hace llorar!*

El único que no se enternecia era el infame Duque de *Orleans*, pariente muy inmediato del Rey, de quien jamás apartó la vista: su hijo el Duque de *Montpensier*, confundido entre el populacho de las tribunas, mostraba la misma insensibilidad que su padre, y el deseo de acelerar el sacrificio de la víctima. ¡De qué barro, pues, será formado el corazon de esta familia! ¡Qué padre querria tener un tal hijo! ¡Y qué hijo desearia tener un tal padre!

Presentaron al Rey una multitud de papeles, de que pretendian servirse para apoyar las acusaciones. Este modo de proceder pareció á S. M. muy sospechoso, y pidió se le diese tiempo para exâminarlos El diputado *Valacé* le

presentó uno diciéndole: *Vé aquí una memoria de Tolon, anotada por el mismo Luis*: el Rey tomó el papel, pasó por él la vista, y dexándolo contestó: *Yo no conozco esto.* = ¿*Reconoceis la nota*? le dixo Barrere. = *Ya he dicho, Señor*, replicó el Rey, *que yo no la conozco.* Valacé le presentó otro papel diciéndole; *este escrito es de vuestros hermanos.* Le tomó Luis, y despues de haberlo visto, respondió: *La letra se parece á la de mis hermanos, pero puede estar contrahecha.* Persistió S. M en exîgir que se le dexase el tiempo suficiente para exâminar despacio los papeles, y tuvieron que acceder á ello

No agradó al jóven *Montpensier* esta conducta tan sábia de S. M., y exclamó con una sencillez maliciosa, y de modo que fué oido de toda la asamblea: ¡*Ola*! ¡*Con qué él todo lo niega*! ¡Desgraciado Niño! ¡qué palabra acaba de salir de tu boca! ¡Tan jóven,

y no tienes compasion del desgraciado! ¡ Tan jóven y tan ansioso de sangre! ¿ No te haces cargo que el infeliz Monarca que tienes á la vista, te hace ver que los mas grandes rebeses envuelven muchas veces en ellos á las personas que ménos debian esperarlo? ¿ Crees que tienes salvo conducto del cielo para que no te suceda otro tanto. . .? Te sucederá, sí, y entónces la palabra que acabas de pronunciar se volverá contra tí, y caerá sobre tu cabeza; ella te privará del derecho á la compasion de tus semejantes; nadie se lastimará de tu suerte.

La firmeza del Rey en pedir un exâmen qual convenia de los papeles que se le habian manifestado, y la facultad de elegir y tomar defensores, cambió en algun modo las siniestras intenciones de sus enemigos. Concluido su interrogatorio, se retiró á la sala que se llamaba de las *Diputaciones*. Ha-

cia veinte y quatro horas que nada habia comido, y conoció á la entrada de dicha sala que esta larga abstinencia habia agotado sus fuerzas. Pidió si le querian hacer el favor de darle *un pedazo de pan*... ¡El hijo de tantos Reyes solicitar de la conmiseracion de sus vasallos *un pedazo de pan*!... ¡Qué imágen!... ¡Quién no llorará al contemplarla!... Este desgraciado *pedazo de pan* que le supo tan amargamente fué humedecido con sus lágrimas...

Al fin á las seis y media de la noche volvieron al Rey con la misma escolta á la Torre del *Temple*. Fué su primer cuidado pedir que se le conduxese donde estaba su familia. Se lo negaron baxo el pretexto de que no tenian órden para ello, y á sus instancias dixeron que la darian parte de su vuelta. A pesar de hallarse tan fatigado, pidió la cena para las ocho y media, y empleó las dos horas que

faltaban en su lectura ordinaria, rodeado siempre de quatro Municipales.

No es posible ponderar la afliccion que tuvo la Real Familia hasta que supo la vuelta del Rey; así como tampoco es capaz de ponderacion su extraordinaria conformidad. "La Reyna y yo, decia
» Madama Isabel al Ayuda de cá-
» mara, estamos dispuestas á to-
» do, y no nos hacemos ilusion al-
» guna sobre la suerte que se pre-
» para al Rey: morirá víctima de
» su bondad y de su amor por su
» Pueblo, por cuya felicidad ha
» trabajado desde que subió al Tro-
» no. ¡Qué cruelmente está enga-
» ñado este Pueblo! La religion
» del Rey y su grande confianza
» en la Providencia le sostendrán
» en esta cruel adversidad. En fin,
» continuó esta virtuosa Princesa
» llorando: *Clery*, tú vas á quedar
» solo en compañía de mi hermano;
» redobla, si es posible, tu activi-

„dad en cuidarle; no desperdicies
„ningun medio del que te pue-
„das valer para darnos noticias
„de él; pero por ningun otro
„objeto te expongas, porque en
„el caso de ser descubierto, ya
„no tendriamos de quien fiarnos.
„Tú guardarás las camisas y ves-
„tidos de mi sobrino, y cada
„dos dias mandarás lo que ne-
„cesite. Quédate tambien con este
„pañuelo, y mientras no lo man-
„des entre la ropa del Delfin, será
„señal de que mi hermano está
„bueno. Y dime, ¿has oido hablar
„de la Reyna? le preguntó con una
„especie de terror. ¡Ay de mí! ¿De
„qué la podrán acusar?" = „No
„señora, respondió *Clery*; ¿pero
„de qué podrán acusar al Rey?"
„= ¡Oh! de nada, de nada, res-
„pondió con prontitud la Prin-
„cesa; mas puede ser que los ene-
„migos del Rey le miren como
„una víctima necesaria á su se-
„guridad. La Reyna y sus hijos

»no servirán de obstáculo á su »ambicion." *Clery* hizo algunas reflexîones á S. A. para persuadirla á que debia esperar mejor suerte para S. M.: mas la virtuosa Princesa le contestó.: "No tengo es»peranza alguna de que el Rey »se liberte."

Cerca de una hora duró esta conversacion, la mas larga de quantas el fidelísimo *Clery* pudo tener con alguna de las personas de la Real Familia desde que estuvo en el Temple, y se debió á la casualidad de haber quedado en el quarto de la Reyna un solo Municipal durante la ausencia del Rey. Este Municipal era un joven de veinte y quatro años, de la seccion del *Temple*; era la primera vez que estaba de guardia, y parecia hombre de mas honor y menos desconfiado que la mayor parte de sus compañeros. La Reyna trabó conversacion con él, preguntándole su estado, sus pa-

dres &c. y mientras tanto Madama Isabel hizo seña á *Clery* para que la siguiese á su habitacion, en donde pasó lo que referido queda. Volvamos, pues, á la persona del Rey.

A las ocho y media fué *Clery* á decirle al Rey que ya estaba dispuesta la cena. Preguntó S. M. á los comisarios si baxaria su familia, y no respondiéndole, añadió: "A lo menos mi hijo pasará la no„che conmigo, pues aquí está su „cama y su ropa." El mismo silencio. Insistió S. M. despues de la cena en el mismo deseo; y al fin le respondieron, que era preciso esperar las órdenes de la Municipalidad. Mientras se desnudaba le dixo á *Clery*: "Yo esta„ba bien distante de pensar en „las preguntas que me han he„cho." Se acostó, y durmió tranquilamente.

El doce por la mañana apenas vió S. M. á un comisario le

preguntó, si habia decidido la Municipalidad sobre la peticion que habia hecho de ver á su familia: "Aun se esperan las órde-
» nes," fué su respuesta. "Pues
» hacedme el favor de informar-
» me de su salud, y decidle que
» yo estoy bueno." Hízolo el Municipal, y el Rey mandó á *Clery* subiese la cama del Delfin á la habitacion de la Reyna, y suplicándole éste que esperase la decision de la Municipalidad, le dixo el Rey: "Yo no cuento con que me tengan
» respeto ninguno, ni que obren
» en justicia; mas esperemos."

Una Diputacion de la Municipalidad, compuesta de quatro Diputados *Thuriot*, *Cambaceres*, *Dubois-Crancé* y *Dupon-de Bigorre* llevó el mismo dia el decreto en que autorizaba al Rey para elegir defensores. Declaró S. M que elegia á Mr. *Target*, en su defecto á Mr. *Tronchet*, ó los dos juntos si no habia inconveniente. S. M.

y los comisarios firmaron ésta peticion: pidió que se le diera tinta, papel y plumas; dió las señas de la casa de Campo donde estaba Mr. *Tronchet*, y dixo que ignoraba dónde vivia Mr. *Target*.

El trece por la mañana vino la misma Diputacion, y le dixo al Rey, que Mr. *Target* se habia negado á ser su defensor; que se habia mandado buscar á Mr. *Tronchet*, que sin duda vendria en el mismo dia, y que entre varios otros que se ofrecian á defenderle, se hallaban las firmas de MM. *Sourdat*, *Huet*, *Guillaume* y *Lamoignon de Malesherbes*. La carta deMr. de *Malesherbes* estaba concebida en éstos términos:

Paris 11 *de Diciembre de* 1812.

„Ciudadano Presidente: Ignoro si la Municipalidad permitirá á Luis XVI un Letrado para que le defienda, y si para ello le dexará la eleccion: en este caso deseo que sepa Luis XVI que, si

„ me elige para esta funcion, es„ toy dispuesto á hacerlo con muy „ buena voluntad. No os pido que „ deis parte á la Municipalidad de „ mi oferta, porque estoy bien dis„ tante de creerme un personage „ de bastante importancia para que „ élla se ocupe de mí; pero ha„ biendo sido dos veces nombrado „ Ministro del que fué mi Señor „ en un tiempo en que todos am„ bicionaban este cargo, quiero „ practicar ahora este mismo ser„ vicio, quando muchos lo creerán „ peligroso. Si supiese un medio po„ sible para hacer conocer á Luis „ XVI mi disposicion, no me to„ maria la libertad de dirigirme á „ vos. Creo que en el puesto que „ ahora ocupais, tendreis mas me„ dios que ninguno para darle esta „ noticia. Tengo el honor &c." = Firmado. = *Lamoignon de Malesberbes.*

S. M. respondió á la Diuptacion.

,, Agradezco infinito las ofertas
,, que me hacen los que desean ser
,, mis defensores, y os suplico les
,, manifesteis mi reconocimiento.
" Acepto á Mr. de *Malesherbes*
" por mi defensor: si Mr. *Tron-*
" *chet* no me puede hacer este ser-
" vicio, yo me concertaré con Mr.
" de *Malesherbes* para elegir otro."

El 14 de Diciembre Mr. *Tronchet*, á consecuencia de lo que permitia el decreto, tuvo una conferencia con S. M. En el mismo dia fué introducido en la Torre Mr. de *Malesherbes*. Apenas le vió el Rey quando salió al encuentro de éste respetable anciano, y le abrazó tiernamente. A la vista de su amo se deshacia en lágrimas Mr. de *Malesherbes*, considerando los primeros años de su reynado, y mirando al hombre virtuoso abrumado por la desgracia. Como el Rey tenia permiso de conferenciar separadamente con sus defensores,

cerró el Ayuda de cámara la puerta para que pudiese hablar mas libremente, y tuvo que abrirla al momento por obedecer á un Municipal.

S. M. habló muy alto con sus defensores en esta primera conferencia, y en las sucesivas cerró siempre la puerta por sí mismo para evitar que los Municipales le oyesen.

El 15 recibió S. M. la respuesta relativa á su Familia, cuya sustancia era: Que no podrian tener comunicacion con el Rey durante el proceso, ni la Reyna ni Madama Isabel; pero que, si el Rey lo deseaba, podria tener consigo á sus hijos, con condicion que éstos no podrian volver á ver á su Madre y á su Tia hasta concluido el último interrogatorio. = "En „esta cruel alternativa dixo el Rey: „no puedo resolverme á tener con„migo mis hijos; por lo que hace „á mi hija es imposible, y por lo „que hace al Delfin, conozco la

„ tristeza que causaria á su madre
„ no poderle ver; consintamos, pues,
„ en este nuevo sacrificio." Dicho
esto mandó que subiesen al momento la cama de su hijo á la
habitacion de la Reyna. *Valacé*,
Cochon, *Grand-pré* y *Duprat*,
miembros de la Municipalidad é
individuos de la comision de los
veinte y uno que fueron nombrados para exâminar el proceso del
Rey, fueron el 16 á las quatro de
la tarde, acompañados de un Secretario, de un Uxier, y de un
oficial de la guardia de la Municipalidad, y presentaron al Rey
su acta de acusacion, y las piezas relativas á su proceso. El número de éstas llegaba á 107: todas fueron leidas y rubricadas por
el Rey, así como tambien una copia de cada una de ellas que le entregaron. S. M. estaba sentado,
y tenia á su lado á Mr. *Tronchet*,
y á los Diputados enfrente. Habia en el medio una mesa grande,

y quando se concluia la lectura de cada uno de los papeles, le preguntaba *Valacé*:" ¿Teneis conocimiento de esto? &c. Y el Rey respondia sí ó no, sin mas explicacion. Otro Diputado le hacia firmar los originales, el tercero las copias, y queriendolas leer, nunca el Rey lo permitió. El quarto nombraba las piezas por legajos y números, y el Secretario las registraba luego que se entregaban al Rey.

S. M. interrumpió la sesion, y preguntó á los convencionales si querian cenar: admitieron el convite, fueron al comedor, y miéntras tanto Mr. *Tronchet*, que no quiso tomar cosa alguna, quedó solo con el Rey.

Aquella noche estaba de guardia por la primera vez un Municipal llamado *Mercereaut*, picapedrero y antiguo Presidente de la Municipalidad de París, á pesar de que antes de la revolucion era si-

lletero en *Versalles*. Su vestido lleno de andrajos convenia perfectamente con un mal sombrero redondo y un delantal de cuero, sobre todo lo que llevaba su banda de tres colores. Los mismos miembros de la Municipalidad se admiraban de la desvergüenza de este hombre, que con el mayor descaro se medio tendió sobre una silla de brazos, miéntras que el Rey estaba en una simple silla. Con su mal sombrero calado tuteaba á quantos le hablaban, y manifestó prácticamente quán bien industriado estaba de ante mano sobre el modo con que habia de tratar al Rey.

Concluyeron de cenar los comisarios, y volvieron al interrogatorio. Entre los papeles que se presentaron vió S. M. la declaracion que hizo á su vuelta de *Varennes* quando MM. *Tronchet*, *Barnabe* y *Duport* fueron encargados por la Asamblea constituyente para recibirsela. Estaba está decla-

racion firmada por el Rey y los Diputados, y por esto dixo á Mr. *Tronchet*: »Esta es vuestra firma: »¿reconoceis la autenticidad de »esta pieza?"

Algunos de los legajos contenian solamente proyectos de Constitucion anotados por S. M., y muchas de estas notas estaban escritas con lapiz. Tambien presentaron al Rey registros de la Policía, entre los que habia algunas denuncias hechas y firmadas por criados de S. M., ingratitud que le causó grande afliccion. Los delatores fingian decir lo que pasaba en el palacio de las *Tullerías*, para dar mas verosimilitud á sus calumnias.

Luego que se marchó la Diputacion cenó S. M. un poco; y se acostó sin quejarse de la fatiga que habia tenido. Solamente preguntó si habian retardado el subir la cena á su familia, y quando supo que no: »Temia, dixo, la

,,pesadumbre que este retardo les
,, hubiera causado."

Los dichos quatro Diputados volvieron al *Temple* algunos dias despues, y leyeron á S. M. cincuenta y una piezas mas que firmó, é igualmente que las copias como las anteriores. Las piezas, pues, del proceso llegaban al número de 158.

Desde el dia 14 hasta el 26 de Diciembre vió el Rey todos los dias á sus defensores desde las cinco de la tarde hasta las nueve de la noche. Mr. de *Sèze* fué tambien nombrado defensor. Mr. de *Malesherbes* venia todas las mañanas, preparaba los trabajos para por la noche, y estaba con el Rey hasta la una ó las dos. Le traia todos los papeles públicos que referian las opiniones de los Diputados relativas á su proceso. Algunas veces se los daba á leer á *Clery*, y le decia: "¿Qué te parece eso?" ,,Señor, me faltan términos para

„ expresar mi indignacion ; yo no
„ sé como V. M. puede leer todo
„ esto sin horrorizarse," respondia *Clery* ; y S. M. le decia :
„ Ahora veo hasta dónde llega la
„ ruindad de los hombres , y no
„ creia que en el mundo hubiese
„ semejantes á éstos :" Jamás se acostó el Rey sin haber leido todos estos papeles públicos , y por no comprometer á Mr. de *Malesherbes* , tenia la precaucion de quemarlos todos en la estufa de su gabinete.

Casualmente pudo el Rey consolar á su familia con algunos pequeños billetes que en el centro de un ovillo de hilo se mandaban entre la ropa del Delfin ; pero Madama Isabel , si habia de escribir algo al Rey , formaba en un pequeño papel las letras picándolo con un alfiler. Aun en este tiempo manifestó el Rey hasta donde llegaba su benignidad. Supo un dia que habian robado en

la Torre 200 libras á un tal *Marchand*, criado que era y padre de familia, y que esta pérdida era considerable para él. Mandó S. M. á *Clery* le diese otras 200 libras, encargandole que no solo á nadie se lo dixese, sino es que ni aun tratase de darle las gracias, porque, añadió S. M., *por esta causa Marchand podria quedar comprometido.*

Quando en este tiempo le proponian al Rey si queria pasearse por el jardin: "No puedo resol„verme á ir solo, respondia: el pa„seo me era agradable quando lo „gozaba con mi familia." Mas aunque separado de unos objetos tan caros y tan amados, y aunque cierto de su destino, jamas mostró sentimiento ni murmuró: ya habia perdonado á sus opresores. La lectura en su gabinete le daba las fuerzas que sostenian su valor. Si salia era para entregarse á los detalles de una vida

siempre uniforme, y siempre hermoseada con la bondad de sus hechos. Trataba á su Ayuda de cámara como si nunca hubiera sido su vasallo, y á los Municipales que le guardaban les hablaba como si nunca hubiera tenido motivo de quejarse de ellos. Les preguntaba solamente por su familia, sus hijos, su oficio, sus ventajas ó desventajas en éste, y reflexîonaba con tal propiedad, que se admiraban de la variedad de sus conocimientos, y de la manera con que los tenia clasificados en su memoria. Sus conversaciones no tenian otro objeto que distraerse de sus penas; pero aunque su sensibilidad era viva y profunda, siempre fué su resignacion superior á sus desgracias.

El miércoles 19 de Diciembre le llevaron como ordinariamente el almuerzo, sin pensar que era dia de ayuno: ,, Hoy se debe ayu-,, nar", dixo el Rey. El criado se

llevó el almuerzo, y el Municipal *Dorat de Cubieres* le dixo en un tono burlesco: » Al exemplo ,, de tu amo, tú tambien ayunarás:" = » No Señor, respondió ,, *Clery*, pues tengo necesidad de ,, almorzar." Algunos dias despues le enseñó el Rey un periódico que le habia llevado Mr. de *Malesberbes*, en el que se referia esta anécdota enteramente desfigurada. » Leela, le dixo, y verás cómo » te tratan de malicioso; mas bien » hubieran querido tratarte de hi- ,, pócrita."

El mismo dia 19 estando comiendo le dixo tambien, á presencia de tres ó quatro Municipales: ,, Hace catorce años que fuiste ,, mas madrugador que hoy; y ,, continuó diciendo: ¡hoy es el ,, cumple años de mi hija, y estar ,, privado de verla!" Algunas lágrimas salieron de sus ojos, y reynó por un instante un respetuoso silencio.

Sabia el Rey que debia comparecer bien pronto por la segunda vez en la barra de la Convencion. No se habia podido afeytar desde que le quitaron las navajas, lo que le forzaba á lavarse muchas veces la cara con agua fria para evitar el ardor que le causaba la barba larga. Mandó al Ayuda de cámara que le hiciese diligencia de una navaja ó de tixeras, porque por sí mismo no queria decirselo á los comisarios. El Ayuda de cámara le hizo la observacion de que compareciendo así en la barra de la Asamblea, veria el pueblo á lo ménos con quánta barbárie lo trataban. "Yo no debo tratar »de buscar medios para interesar »sobre mi suerte", contestó el Rey. Hizo *Clery* la peticion á los comisarios, y la Municipalidad decidió al dia siguiente, que se volviesen al Rey las navajas, pero sin poderse servir de ellas sino á presencia de dos comisarios.

El Rey escribió en los tres dias precedentes á la Pasqua de Navidad mas de lo que acostumbraba Seguro ya de su suerte, y conociendo que como Rey y como padre de familia debia hacer aquellas disposiciones á que todos estamos obligados en ciertos casos, escribió *todo de su mano* el dia de Navidad su testamento, que por creerlo ya un monumento celestial de su piedad é inocencia nos parece justo ponerlo aquí.

TESTAMENTO DE LUIS XVI, REY DE FRANCIA.

"En el nombre de la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo. Hoy 25 de Diciembre de 1792, Yo Luis XVI, de este nombre, Rey de Francia, hallándome en París encerrado con mi familia en la Torre del *Temple* por los que eran mis vasallos, y privado de toda comunicacion aun con mi familia desde

el 11 del corriente ; ademas implicado en un proceso, cuyo éxito no es fácil de preveer á causa de las pasiones de los hombres, y para el que no se encuentra motivo alguno ni aun pretexto en ninguna ley, no teniendo á quien dirigirme por testigo de mis pensamientos sino á Dios, declaro aquí en su presencia mis últimas voluntades y sentimientos.

« Dexo mi alma á Dios mi Criador. Yo le suplico que la reciba en su misericordia, y no la juzgue segun sus méritos, sino por los de nuestro Señor Jesucristo, que se ofreció en sacrificio á Dios, su Padre, por nosotros los hombres por mas indignos que seamos, y yo el primero.

« Yo muero en la union de nuestra Santa Madre la Iglesia católica, apostólica y romana, que tiene sus poderes por una succesion no interrumpida desde San Pedro, á quien Jesu-

cristo se los habia confiado. ....

» Creo firmemente, y confieso todo lo que se contiene en el símbolo y en los mandamientos de Dios y de la Iglesia, los sacramentos y los misterios, tales quales enseña y ha enseñado siempre la Iglesia. Jamas he querido hacerme Juez de las diferentes maneras de explicar los dogmas que atormentan la Iglesia de Jesucristo; y siempre me he atenido y me atendré, si Dios me concede la vida, á las decisiones que los superiores eclesiásticos unidos á la Santa Iglesia católica dan y darán en conformidad á la doctrina de la Iglesia seguida desde Jesucristo.

» Me lastimo con todo mi corazon de nuestros hermanos que pueden estar en el error; pero no pretendo juzgarles, y no por eso dexo de amarlos á todos en Jesucristo, segun lo que la caridad cristiana nos enseña. Pido á Dios me perdone todos mis peca-

dos: yo he tratado de hacer un escrupuloso exâmen, de detestarlos, y de humillarme en su presencia. No pudiendo servirme del ministerio de un Sacerdote Católico, pido á Dios que reciba la confesion que le he hecho de ellos, y sobre todo el arrepentimiento profundo que tengo de haber firmado (aunque contra mi voluntad) unas actas que pueden ser contrarias á la disciplina y creencia de la Iglesia Católica, á la que he estado siempre sinceramente unido de corazon. Pido á Dios reciba la firme resolucion en que estoy, si me concede la vida, de servirme luego que pueda del ministerio de un Sacerdote Católico, para acusarme de todos mis pecados, y recibir el Sacramento de la Penitencia.

» Pido á todos aquellos á quienes pueda haber ofendido por inadvertencia (pues no me acuerdo de haber ofendido á nadie á sabiendas), ó á los que podré haber da-

do malos exemplos ó escándalos, que me perdonen el mal que crean que puedo haberles hecho; y pido á todos los que tienen caridad, que unan sus súplicas á las mias, para alcanzar de Dios el perdon de mis pecados.

"Perdono con todo mi corazon á los que se han hecho mis enemigos, sin que yo les haya dado motivo alguno, y pido á Dios que los perdone, lo mismo que á los que por un falso zelo, ó por un zelo mal entendido me han hecho mucho mal.

»Encomiendo á Dios mi muger, mis hijos, mi hermana, mis tias, mis hermanos, y á todos aquellos que estan unidos á mí por los lazos de la sangre, ó por qualquiera otra manera que pueda ser esto: pido á Dios mire particularmente con ojos de misericordia á mi muger, mis hijos y mi hermana, que tanto tiempo hace padecen conmigo, y que, si lle-

gan á perderme; los sostenga con su gracia mientras permanezcan en este mundo perecedero.

„Encomiendo á mi muger mis hijos; jamás he dudado de su ternura maternal hácia ellos; y la recomiendo sobre todo, que trate de hacer que sean buenos cristianos y personas de honor; que les haga comprehender que las grandezas de este mundo (si ellos están condenados á probarlas) son unos bienes engañosos y perecederos, y que miren la sola gloria sólida y durable de la eternidad. Suplico á mi hermana quiera continuar practicando sus tiernos cariños con mis hijos, y de servirles de madre, si tienen la desgracia de perder la suya.

„Suplico á mi muger me perdone todos los males que sufre por mí, y las pesadumbres que yo pueda haberla dado durante el tiempo de nuestra union, así como puede estar segura de que yo

en nada: me resiento contra ella, si cree que me ha dado motivo alguno.

"Recomiendo vivísimamente á mis hijos que (despues de lo que deben á Dios, que es lo principal de todo) estén siempre unidos entre sí, sometidos y obedientes á su madre, y agradecidos á todos los cuidados y penas que se toma por ellos, y en memoria de mí. Yo les suplico miren á mi hermana como una segunda madre.

„Recomiendo á mi hijo (si tiene la desgracia de llegar á ser Rey) que reflexîone, que debe dedicarse enteramente á hacer la felicidad de sus conciudadanos; que debe olvidar todo rencor y resentimiento, y con especialidad lo que tenga relacion á las desgracias y pesadumbres que paso; que no puede hacer la felicidad de los pueblos, sino reynando segun las leyes; pero al mismo tiempo que reflexîone, que un Rey no las

puede hacer respetar, y hacer el bien á que le inclina su corazon, sino en quanto tiene la autoridad necesaria; pues de otra manera, estando ligado en sus operaciones, y no siendo respetado, es mas dañoso que útil.

„Recomiendo á mi hijo que tenga cuidado de todas las personas que me eran adictas, segun le sea posible en las circunstancias en que se halle; que reflexîone que es una deuda sagrada que he contraido con los hijos ó los padres de los que han perecido por mí, y de consiguiente por mí son desgraciados.

„Yo sé que hay muchas personas que ántes me estaban adictas y obligadas, y no se han conducido como debian, y aun han sido ingratas; pero yo las perdono (muchas veces en los momentos de desórden y efervescencia no es uno dueño de sí mismo), y suplico á mi hijo que, si llegase

la ocasion, solamente reflexîone en su desgracia.

,, Yo quisiera poder manifestar aquí mi reconocimiento á los que me han mostrado una inclinacion verdadera y desinteresada; por una parte si he sentido mucho la ingratitud y deslealtad de ciertas personas, que de mí no han recibido sino es favores para ellos ó sus parientes ó amigos; por otra he tenido el consuelo de ver la inclinacion é interés gratuito que muchas personas me han mostrado: yo les suplico que reciban aquí las expresiones de mi agradecimiento. Si hablase mas claro temeria, en la situacion actual de las cosas, comprometer á estas personas; pero recomiendo especialmente á mi hijo que busque las ocasiones de poderlas conocer.

,,No obstante creeria calumniar los sentimientos de la Nacion, si no recomendase claramente á mi hijo á MM. *Chamilli* y *Hué*,

que por una verdadera inclinacion y afecto se encerraron conmigo en esta triste morada, y han estado para ser víctimas infelices. Tambien le recomiendo á *Clery* por el cuidado y aplicacion con que me ha servido desde que está conmigo; y como es éste el que ha estado en mi compañía hasta el fin, suplico á los señores Municipales que le den mis vestidos, mis libros, mi relox, mi bolsa y los otros pequeños efectos que están depositados en el Consejo de la Municipalidad.

„También perdono con muchísima voluntad á mis carceleros los malos tratamientos y las penas con que han creido deberme afligir: he hallado algunas almas sensibles y llenas de compasion; ¡que éstas gocen en el fondo de su corazon la traquilidad que darles debe su modo de pensar!

„Suplico á MM. de *Malesherbes*, *Tronchet* y *de Séze* que reci-

ban aquí las gracias y la expresion de mi sensibilidad por todos los cuidados y penas que se han tomado por mí.

„Concluyo declarando delante de Dios, y pronto á parecer en su presencia, que no tengo que argüirme de alguno de los crímenes que se han inventado contra mí.

„Hecho por duplicado en la Torre del Temple á 25 de Diciembre de 1792. = Firmado = *LUIS*."

El 26 de Diciembre fué el dia señalado para que por la última vez compareciese el virtuoso Luis en la Barra de la Asamblea. Fué conducido á las diez de la mañana de la misma manera que la primera vez, y si hubo alguna diferencia, fué la de haber experimentado en la segunda mayores insultos. Acompañaron á S. M. los inmortales *Malesherbes*, *Tronchet* y *de Séze*. Este subiendo á la tribuna pronunció en clara é inteligible voz aquella elocuente defensa, que con

la mas leve de sus razones hubiera hecho mudar de modo de pensar aun à los jueces mas atroces; pero hablaba á tigres encarnizados é incapaces de sensibilidad alguna. No obstante, mas de quatro rostros se cubrieron de confusion, quando tuvo valor para proferir estas palabras: *Busco entre vosotros Jueces, y no hallo sino acusadores.* „Oid, decia en otro pasa-
„ge de su defensa, á la historia
„que hablando con la fama le dice:
„*Luis* subió al Trono á los veinte
„años de su edad: á los veinte
„años de su edad dió el exemplo
„de las buenas costumbres: no
„traxo al Trono debilidad alguna
„culpable, ni alguna pasion cor-
„ruptora: fué económico, justo, se-
„vero, y se mostró constantemen-
„te el amigo del pueblo. Este
„deseaba la abolicion de un tri-
„buto que le abrumaba: *Luis* lo
„abolió. Abolió la esclavitud en
„sus dominios, é hizo reformas

„en la legislacion criminal, para
„que no fuese tan cruel la suer-
„te de los acusados. Algunos
„Franceses estaban privados de
„los derechos que pertenecen á
„los ciudadanos: *Luis* se los hi-
„zo gozar por sus leyes. Pidió
„el pueblo la libertad: *Luis* se
„la dió. *Luis* ha prevenido los
„deseos del pueblo con infinitos sa-
„crificios personales, y sin em-
„bargo á nombre de este mismo
„pueblo se pide... Ciudadanos
„no me atrevo á concluir:...
„Me detengo á la presencia de la
„historia. Reflexîonad quál será
„el juicio que los siglos venide-
„ros harán de *Luis*, y quál será el
„que hagan de vosotros."

Concluido el discurso de Mr. *de Séze*, dixo el Rey: „Señores,
„acabais de oir mi defensa. Yo
„no repetiré lo que ya se os ha di-
„cho. Hablandoos, quizá por la úl-
„tima vez, os declaro que mi
„conciencia nada me arguye, y

„que mis defensores no han dicho
„sino la verdad."

„ Jamás he temido que mi con-
„ ducta fuese exâminada pública-
„ mente; pero el sentimiento des-
„ pedaza mi corazon al ver en
„ el acta de acusacion que se me
„ imputa haber querido derramar
„ la sangre del pueblo, y sobre
„ todo que se me atribuyan las
„ desgracias del 10 de Agosto. Con-
„ fieso que las muestras de amor
„ que tantas veces he dado al pue-
„ blo, y la manera con que siem-
„ pre me he conducido, me pa-
„ recian suficientes para probar que
„ temia muy poco el exponerme
„ por economizar su sangre, y
„ debia alejar para siempre de mí
„ una imputacion semejante."

Así concluyó S. M., y dando su último á Dios á los individuos de la Asamblea, que sabia no volveria á ver mas, se enterneció, y dexó correr algunas lágrimas. Salió acompañado de sus defensores,

y entró en una sala inmediata, donde abrazó estrechisimamente á Mr. *de Séze*, y dixo con la mayor serenidad : "Estais ya bien con-
,, vencido de que mi muerte es-
,, taba jurada antes que se me
,, oyese? . . . Bien conocia S. M. la clase de sugetos á que pertenecian sus enemigos, quando antes de haberse presentado en la barra esta segunda vez le dixo á Mr. *de Séze*, que le leia su defensa : ,, Cercenala aunque es tan elo-
,, qüente ; no es propio de mi dig-
,, nidad tratar que así se apiaden de
,, mi suerte : el único interés que
,, quiero es el que debe nacer de
,, la simple relacion de mis me-
,, dios justificativos. Querido *de*
,, *Séze*, lo que cercenes me hará
,, menos bien, que el mal que te
,, podrá hacer á tí."

A las cinco de la tarde llegó S. M. al *Temple*, y ya bien entrada la noche fué visitado de MM. de *Malesherbes*, *de Séze* y

Tronchet, á quienes volvió á dar las gracias por la eficácia con que habian tomado su defensa.

Desde este tiempo las cosas que pertenecian al Rey eran ya miradas por muchos como unas reliquias las mas dignas de estimacion. El comisario *Vincent*, que en todo tiempo hizo quanto le fué posible por servir á la Familia Real, se encargó de llevar secretamente á la Reyna un exemplar de la defensa impresa del Rey, y miéntras S. M. le daba gracias por este pequeño servicio, se aprovechó de este momento para pedirle alguna cosa que le hubiese pertenecido: se quitó S. M. el pañuelo del cuello y se lo dió, quedando *Vincent* mas contento con este presente, que anteriormente los ambiciosos cortesanos con los mayores favores. Otra vez regaló S. M. sus guantes á un comisario que se los pidió con el mismo motivo.

El dia 1º de Enero de 1793 apénas se levantó el Rey, suplicó á uno de los Municipales fuese de su parte á ver la Familia Real, y manifestarles el deseo que tenia de anunciarles una feliz entrada de año. El modo con que el Rey dixo estas palabras relativas á la situacion en que se hallaba, enterneció á los Municipales. " ¿Por qué, dixo uno de ellos ,,quando el Rey se separó, no pide ,,permiso para ver su familia? Ya ,,se han concluido los interroga- ,,torios, y en esto no habria di- ,,ficultad; á la Convencion debia ,,hacerse esta demanda." Volvió el Municipal que habia ido de parte del Rey á ver á su familia y á su nombre le daba las gracias, y manifestaba iguales deseos. " ¡Qué dia de año nuevo!" exclamó el Rey.

El Ayuda de cámara se tomó la libertad el mismo dia por la noche de hacer presente al Rey, que si pedia permiso para ver su fami-

lia, estaba casi cierto que lo conseguiria. "Dentro de algunos dias, „respondió S. M., no me negarán es„te consuelo: es menester esperar."

Quanto mas se aproxîmaba la conclusion del proceso, tanto mas se afirmaba S. M. en la idea de lo que le sucedió. Siempre parecia la opinion pública favorable al Rey; así se manifestó claramente en el *teatro frances* y en el de *Vaudevilles*. En el primero se representó *el Amigo de las Leyes*: todas las alusiones al proceso del Rey fueron extraordinariamente aplaudidas; y el público hizo repetir muchas veces la expresion que uno de los actores de la *Casta Susana* decia en *Vaudevilles* á los dos Viejos: ¿"*cómo podeis ser vosotros acusadores y jueces á un mismo tiempo*?" Todo esto lo supo el Rey, y el que le dió parte de ello le decia muchas veces que estando los miembros de la Convencion opuestos unos á otros, lo mas á que le sen-

tenciarian seria á la reclusion ó el destierro ; pero S. M. respondia siempre : „ ¡ ojalá tengan esta mo„deracion con mi familia ! Solo „temo por ella."

Algunas personas hicieron saber á S. M. por el conducto de la muger de *Clery*, que habian depositado en casa de Mr. *Pariseau* una suma considerable de dinero, y querian que lo supiese el Rey , á cuya disposicion lo ponian , y esperaban sus órdenes. *Clery* dió cuenta al Rey , quien le respondió: „Dá muchas gracias á estas perso„nas de mi parte ; no puedo acep„tar sus generosas ofertas , porque „se expondrian."

Hasta el 15 , víspera del dia que estaba destinado para dar la sentencia definitiva sobre el proceso del Rey , nada de particular ocurrió sino una pequeña indisposicion de Madama Real , que puso en bastante cuidado al Rey; pero se tranquilizó quando supo

que despues de muchas instancias hechas por la Reyna, permitieron entrar en el *Temple* al médico de cámara Mr. *Brunier* para que la visitase.

Llegó en fin el 16 de Enero y Mr. de *Malesherbes*, despues de haber estado mucho tiempo con el Rey, se despidió diciendo que volveria á darle cuenta de la votacion nominal luego que supiese el resultado.

En este dia no visitaron al Rey MM. *Tronchet* y *de Séze*, pues la noche antes previnieron á S. M. que desde bien temprano estarian en la Asamblea; pero sí vinieron quatro Municipales á leerle un decreto por el que se mandaba, que de dia y de noche seria guardado, sin perderle de vista por quatro de ellos, y que dos pasarian la noche al lado de su cama. Preguntó el Rey si se habia dado ya su sentencia, y uno de ellos llamado *du Roure*, sentándose con mucho desca-

ro, á pesar de que S. M. estaba en pie, le respondió, que él no se ocupaba de lo que pasaba en la Convencion, pero que sin embargo habia oido decir que ya habia principiado la votacion nominal. Poco despues entró Mr. de *Malesherbes*, y dixo que aún no se habia concluido.

En este momento se pegó fuego en la chimenea de la habitacion donde vivia el que traia la leña para el palacio del *Temple*. Se agolpó mucha gente, y vino un Municipal todo asustado á decir á Mr. de *Malesherbes* que se retirase al momento. Este salió prometiendo que volveria á dar parte á S. M. de su sentencia. Preguntado el Municipal quál era la causa de su miedo, respondió: „Expresamente han pe„gado fuego al *Temple* para salvar „á *Capeto* entre el tumulto; pero ya „tengo yo cercada la Torre con „fuerte guardia.” Pronto se apagó el fuego, y se supo que se ha-

bia pegado por un simple accidente.

En el dia 17 fué en el que se dió fin á aquel proceso que horrorizó á todas las naciones cultas del mundo, y hará mirar con ódio y desprecio á la nacion francesa, hasta que condignamente lave las manchas con que ensució su antiguo lustre. En este dia fué en el que la convencion dió la última mano á su iniquidad, sentenciando á la pena capital al mas justo y virtuoso de sus Reyes. En este dia le declaró reo de haber *conspirado contra la libertad, y atentado contra la seguridad general del Estado*. En este dia declaró que la sentencia que diese sobre su Rey, no se podria apelar á la ratificacion del pueblo reunido en sus asambleas primarias; y en este mismo dia, en fin, el Presidente de la asamblea *Vergniaud* declaró la pena de su Rey en el modo siguiente: " La Convencion se » compone de 749 individuos:

»quince están ausentes por comi-
»sion, siete enfermos, y uno sin
»causa, cinco individuos no han
»votado. El número de los vo-
»tantes es de 721; la mayoría ab-
»soluta es de 361. Dos han vota-
»do porque permanezca preso con
»grillos; 286 porque se le reten-
»ga mientras la guerra, ó porque
»esté en reclusion, y se le des-
»tierre quando se haga la paz; al-
»gunos han votado por la pena
»de muerte condicionalmente si
»el territorio de la provincia es
»invadido, y 46 por la pena de
»muerte con prórroga hasta cierto
»tiempo: 387 han votado por la
»muerte, pidiendo que se discuta
»si convendrá ó no al interés del
»Estado que se dilate su execu-
»cion, pero declarando al mismo
»tiempo independiente su voto de
»esta peticion. De consiguiente
»por la muerte sin condicion hay
»387 votos, y por la muerte con-
»dicional ó la detencion 334.

„Declaro, pues, á nombre de „la Convencion Nacional que la „pena que ella pronuncia contra „*Luis Capeto* es la de *muerte.*"

En este mismo dia 17 á las nueve de la mañana, poco despues de concluida la votacion nominal, y dada la sentencia, fué Mr. de *Malesherbes* á dar parte al Rey. Al entrar en la sala se encontró al Ayuda de cámara: „Todo es perdido, le dixo, el „Rey ha sido condenado." Salió S. M. á recibirle, y le abrazó estrechamente, viendo la afliccion de su defensor. Escuchó con *una serenidad admirable* la noticia del resultado de la votacion nominal. Denunciadores, parientes, enemigos personales, legos, eclesiásticos &c. todos habian votado, y á pesar de esta violacion de todas las formas, la única mayoría que obtuvieron los que pretendian la muerte fué de *cinco votos*. Se habia tratado de hacer,

sobre dilatar la execucion de la sentencia, una segunda votacion nominal; y era de presumir que unidos los votos de los que querian dilatarla, á los que no habian votado por la pena capital, formarian una mayoría que salvase por el pronto al Rey; pero los asesinos, pagados por el infame *Duque de Orleans* y por la Diputacion de París, asustaban con sus gritos y amenazaban con sus puñales á los Diputados que no fuesen de su parecer; ¿y qué habia de suceder en un tiempo en que el Presidente de los Jacobinos exclamaba en su sociedad: „Yo mismo „me hallo en insurreccion; yo „mismo; yo asesinaré á qualquiera „que no vote la muerte de Luis?"

Mr. de *Malesherbes* estuvo una hora con el Rey, y S. M. le acompañó hasta la puerta quando salió, encargándole que viniese por la noche muy temprano, y que no le abandonase en aquellos úl-

timos momentos. „La afliccion „de este buen viejo me aflige ex„tremadamente," dixo el Rey. Se afeytó despues con mucha serenidad y calma, y viendo que su Ayuda de cámara penetrado de dolor al considerar la suerte de su Rey estaba demasiado afligido, le dixo S. M. *vamos, vamos, es menester que tengas mas ánimo.*

Estuvo S. M. leyendo gran parte de la noche; y hablando con *Clery*, que le decia que debia esperar una prorroga, le contestó: „Nin„guna esperanza tengo: solamente „me aflige infinito que mi primo „*Orleans* haya votado mi muerte. „Lee esta lista." Entonces le dió la lista de la votacion nominal, y *Clery* le hizo presente, que el mal concepto en que estaba el *Duque* de *Orleans*, la venida de *Dumourier*, las representaciones de los ministros extrangeros impedirian su execucion, y quando no, por estas causas temerian los convenciona-

les una conmocion popular. ,,Lo
,, sentiria muchisimo, dixo el Rey,
,, pues entonces habria nuevas víc-
,, timas. Yo no temo la muerte;
,, pero no puedo acordarme sin
,, extremecerme de la horrible
,, suerte en que dexo á mi fa-
,, milia, á la Reyna y á mis hi-
,, jos. . . . Y á tantos fieles cria-
,, dos que no me han abandona-
,, do, á tantos viejos que no tie-
,, nen otros medios para subsistir
,, sino las pequeñas pensiones que
,, yo les daba ¿quién los socorre-
,, rá? . . . Veo al pueblo entregado
,, á la anarquía, ser la víctima
,, de todas las facciones, sucederse
,, los crímenes unos á otros, y des-
,, pedazar la Francia las disensio-
,, nes mas grandes." Calló un corto
rato, y levantando los ojos al cie-
lo, exclamó: ,, ¡Dios mio! ¿era éste
,, el premio que yo debia recibir
,, por todos mis sacrificios? ¿No he
,, hecho lo posible por asegurar la
,, felicidad de los Franceses?"

Todo el dia estuvo esperando á Mr. de *Malesherbes*, igualmente que el dia 18. Cayó por casualidad entre sus manos un antiguo Mercurio de Francia que contenia un enigma. „¿No sabes lo que quiere „decir? preguntó á *Clery*. Pues se „me puede aplicar perfectamente „en este momento. Lo que signifi„ca es: *Sacrificio*." Dicho esto mandó que le tragese la historia de la muerte de Cárlos I de Inglaterra.

A las nueve de la mañana del 19 entró en la Torre del *Temple* un Municipal llamado *Gobeau* con un papel en la mano, y acompañado del Alcayde de la Torre Mr. *Mathey* que llevaba tintero y plumas, dixo el Municipal al Rey que llevaba órden de inventariar todos los efectos que pertenecian *al Rey*, quien le dexó solo, y se entró en su gabinete. Baxo el pretexto del dicho inventario hizo el Municipal una requisa exâctísima, y obligó al Rey á que abriera

todos los caxones de una cómoda que quedaba por ver. En el fondo de uno de ellos habia tres cucuruchos de dinero que quiso exâminar el comisario. „Este di„nero, dixo el Rey, es de Mr. de „*Malesherbes*, para quien lo he „preparado."

Concluido el registro en la cámara, pasó el Municipal á la Torrecilla que servia de gabinete al Rey, y S. M. se volvió á la cámara, y quiso calentarse en la chimenea. Estaba el Alcayde *Mathey* calentándose en este momento, vuelto de espaldas á la lumbre con la levita arremangada, y estaba tan enmedio que S. M no podia aproxîmarse al fuego. Viendo que el insolente Alcayde no se retiraba, le dixo el Rey con alguna vivacidad que se retirase un poco. Así lo hizo, y á poco tiempo marchó *Mathey* con el Municipal que ya habia acabado su comision.

Por la noche preguntó el Rey á los Municipales por qué no dexaban entrar á sus defensores, especialmente á Mr. de *Malesherbes*; y quando supo que traia un decreto para que ninguna peticion de Luis fuese presentada al Consejo sin que fuese escrita y firmada de su mano: ¿"Por qué, dixo, »se me ha hecho ignorar dos dias »esta órden?" Entónces escribió un billete, y lo dió á los Municipales, quienes hasta el dia siguiente no lo entregaron. En él pedia S. M. se le permitiese ver libremente á sus defensores, y se quejaba de la centinela continua de vista que tenia. "Es muy sen»sible, decia el billete, que en »la situacion en que me veo no »pueda verme solo, ni gozar de »la tranquilidad que necesito."

Luego que el Rey se levantó el dia siguiente (20 de Enero) preguntó si se habia entregado su billete, y esperó á Mr. de *Males-*

herbes, pues le dixeron que sí. "Señor, le dixo *Clery* á las diez »de la mañana, acabo de saber »que Mr. de *Malesherbes* ha veni»do muchas veces; mas le han »negado la entrada." = "Voy á »saber el motivo," contestó el Rey. Se puso á leer, escribió, se paseó por la cámara, y así pasó hasta las dos de la tarde.

A dicha hora se abrió de repente la puerta: entraron doce ó quince personas con *Garat*, el Ministro de Justicia, *Lebrum*, de Negocios Extrangeros, *Gronvelle*, secretario del Consejo, el Corregidor, el Presidente y el Procurador de la Municipalidad, *Santerre* precedia á todos. "Anun»cia que está aquí el Consejo exe»cutivo" mandó á *Clery*. Habia notado el R.y todo el ruido; levantándose venia á saber su causa, y quando vió la familia que venia, se paró en la puerta de la sala en la actitud mas noble y respe-

tosa. *Garat* llevaba la palabra, y con su sombrero puesto; dixo: »Luis, la Convencion Nacional »ha encargado al Consejo executivo »provisional que os haga saber sus »decretos de 15, 16, 17, 19 y »20 de Enero. El Secretario del »Consejo os los va á leer.» Dicho esto desdobló el papel el Secretario *Gronvelle*, y leyó temblando lo siguiente.

Decretos de la Convencion Nacional del 15, 16, 17, 19 y 20 de Enero.

ARTICULO PRIMERO. La Convencion Nacional declara á Luis *Capeto*, último Rey de los franceses, culpable de conspiracion contra la libertad de la Nacion, y de atentado contra la seguridad del Estado.

ART. II.º La Convencion Nacional declara que Luis *Capeto* sufrirá la pena de muerte.

Art. iii.º La Convencion Nacional declara nula la acta de Luis *Capeto*, presentada en la barra por sus defensores con el nombre de apelacion á la Nacion de la sentencia contra él dada por la Convencion; prohibe á qualquiera darle valor alguno, sopena de ser perseguido y castigado como culpable de atentado contra la seguridad general de la República.

Art. iv.º El Consejo executivo provisional notificará en el dia este decreto á Luis *Capeto*, y tomará las medidas de policia y seguridad necesarias para asegurar su execucion dentro de las veinte y quatro horas, contadas desde su notificacion, y dará cuenta de todo á la Convencion Nacional inmediatamente despues que se haya executado.

Durante la lectura de estos decretos no se vió alteracion alguna en el Rey, solamente se advirtió que quando se pronunció la

palabra *conspiracion*, manifestaron sus labios una pequeña sonrisa de indignacion; pero á las palabras *sufrirá la pena de muerte*, miró con tanta dignidad (*) á todos, que no pudieron ménos de cono-

(*) No parecerá fuera de propósito que pongamos aquí el testimonio irrefragable que nos dió el substituto del procurador de la Municipalidad, *Hebert*, autor del periódico revolucionario intitulado *Le-Père Duchêne*.

"Yo quise, dice en uno de sus diarios, »hallarme presente á la notificacion de la »sentencia de muerte de Luis. Me hicieron »llorar de rabia la nobleza y dignidad de su »postura y sus palabras. Me retiré resuelto »de concluir allí mi ministerio. Igual fir»meza que yo mostraba uno de mis compa»ñeros. *Amigo mio*, le dixe con mi ordi»naria franqueza, *los sacerdotes constitucio»nales, miembros de la Convencion, han »formado la mayoría que nos libra del tirano »votando por la muerte, aunque la santidad »de su ministerio se lo prohibe. Pues bien, »sean sacerdotes constitucionales, miembros »del consejo general de la Municipalidad, los »que le conduzcan al cadalso.* Hicimos decidir »que los dos sacerdotes municipales, *Jacobo »Roux*, y *Jacobo-Claudio Bernard*, acompa»ñarian á Luis, y cumplieron esta comision »con la mayor insensibilidad."

cer que la muerte no causa terror al inocente. Se adelantó el Rey un poco hácia *Gronvelle*, Secretario del Consejo, tomó el decreto, le dobló y le puso en su cartera. Sacó de la misma un papel, y dirigiéndose al Ministro *Garat*, le dixo: "Señor Ministro de la »Justicia, os suplico presenteis al »momento este papel á la Con-»vencion Nacional." Dudaba el Ministro si lo aceptaria ó no: "Yo »os le voy á leer," dixo el Rey, y leyó sin alteracion lo que sigue.

,,Pido una dilacion de tres dias ,,para poderme preparar á compa-,,recer delante de Dios, y pido ,,para esto poder ver libremente ,,la persona que indicaré á los ,,comisarios de la Municipalidad, ,,y que esta persona nada tenga ,,que temer por este acto de ca-,,ridad que hará conmigo.

,,Pido se me quiten estas con-,,tinuas centinelas de vista que el ,,Consejo general ha establecido

„desde algunos dias á esta parte.

„Pido que en este intervalo de „tiempo pueda yo ver mi familia „quando quiera y sin testigos ; yo „deseo mucho que la Convencion „Nacional trate al momento de „la suerte de mi familia , y que „le sea permitido á ésta retirarse „libremente á donde crea conve„niente.

„Recomiendo á la beneficencia „de la Nacion todas las personas „que me eran adictas: entre és„tas hay muchas que han gasta„do toda su hacienda en sus em„pleos, y no teniendo ya gages de„ben estar necesitadas , lo mismo „que aquellas que solo vivian de „sus salarios ; entre los que go„zaban pension , hay muchos vie„jos, mugeres y niños que no te„nian sino esto para vivir.

„Hecho en la Torre del Tem„ple á 20 de Enero de 1793. = „Firmado = *Luis.*"

Garat tomó el papel del Rey,

y le aseguró que le iba á presentar á la Convencion: quando salia para esto le llamó y le dixo: ,,Señor, si la Convencion concede lo que pido, ved aquí las señas donde vive la persona que ,,deseo que venga." La dió en un papelito, escrito de otra letra que la del Rey, y en él estaba escrito: ,,*Monsieur Edgeworth de* ,,*Firmont, núm.* 483, *calle de Bag.*"

Marchóse *Garat*, y los demas que con él habian venido, y el Rey paseándose por la sala mandó á *Clery* que pidiese su comida. Traxéronsela, y al sentarse S. M. á la mesa advirtió que no le habian puesto cuchillo, y haciéndolo presente, le respondió el Municipal *Minier*: ,,Se ha mandado que no podais serviros de ,,cuchillo ni tenedor: que quando ,,lo necesiteis os corte vuestro ,,criado el pan á presencia de dos ,,comisarios, y que despues se ,,le quite." Lleno de justa indig-

nacion respondió el Rey. „ ¿Pues
„qué, me creen tan cobarde que
„yo sea capaz de tratar de qui-
„tarme la vida? . . . Me imputan
„crímenes; mas yo estoy inocen-
„te, y moriré sin temor. ¡ Oxalá
„mi muerte cause la felicidad de
„los Franceses, y los libre de los
„males que preveo!" S. M. comió
poco, rompió con sus manos el
pan, y la carne con la cuchara.

A las seis de la tarde volvió *Garat* con *Santerre*, y le hizo saber el primero, que habiendo manifestado á la Convencion la demanda que S. M. habia hecho, habia decretado lo siguiente. „ Que
„Luis podia ver al Ministro *del*
„*culto que quisiere*, y ver su fa-
„milia sin testigos: que la Na-
„cion *siempre grande y siempre jus-*
„*ta*, trataria de la suerte de su
„familia: que concederia á los
„acreedores de su casa una justa
„indemnizacion, y que por lo que
„hacia á la dilacion de los tres

„ dias habia sido negada."

La conformidad y resignacion del Rey era mayor quanto mas se aproxîmaba el fin de su vida. Apenas oyó la respuesta de la Convencion se entró en su cámara, y dixo á *Clery*: »Al ver el ayre „ con que entró *Santerre*, yo creia „ que me venia á anunciar que se „ me habia concedido la prórro„ga de los tres dias." Viendo un Municipal llamado *Boston* que S M. hablaba con *Clery*, se acercó, y el Rey lo dexó cortado con estas palabras: »Parece que os compa„deceis de lo que me sucede." Se sorprendió el comisario, y no supo qué responder; y debemos creer que no fué por compasion, quando pocos minutos ántes decia á un compañero suyo: »Yo „ he pedido venir al *Temple* pa„ra ver bien mañana el gesto que „pondrá Luis:" = "Y yo tambien, „ respondió *Mercereaut*, su com„pañero: todos se negaban á ve-

„ nir ; pero yo no daria este dia „ por muchísimo dinero." Tales eran los hombres feroces que ponia la Municipalidad al lado del Rey en sus últimos momentos.

Ya hacia quatro dias que el Rey no habia visto á sus defensores. Los comisarios que se compadecian de la suerte de S. M. evitaban venir á la Torre: de tantos vasallos de quienes habia sido el padre, de tantos franceses á quienes habia colmado de beneficios, solo le quedaba uno para confidente de sus penas (*Clery*).

Luego que la Convencion decidió que podria el Rey llamar confesor y ver á su familia, preguntaron los comisarios cómo permitirian que el Rey viese á su familia. „En secreto, respondió *Ga-* „ *rat*, esta es la intencion de la „Convencion." ="Nosotros, dixe- „ ron los comisarios, tenemos ór- „ den de no perderle de vista de „ dia ni de noche."

„Muy bien, dixo entonces uno.
„ Se pueden conciliar estas dos opi-
„ niones contradictorias, hacien-
„ do que el Rey reciba su fami-
„ lia en el comedor: cerraremos
„ la puerta, y así no oiremos lo
„ que hable, pero por los crista-
„ les estaremos mirando." Así
quedó decidido.

Volvió el Rey á llamar al Ministro de la justicia para preguntarle si habia hecho llamar á Mr. de *Firmont*: *Garat* le respondió que él mismo le habia traido en su coche al Consejo, y que subiria pronto. Entonces entregó S. M. á un Municipal, llamado *Baudrais*, 30 libras en oro para que se las diese á Mr. de *Malesherbes*; cantidad que fué presentada al Consejo, y jamás se entregó á quien S. M. habia mandado. Poco despues llegó Mr. de *Firmont*, y se encerró con el Rey en la Torrecilla.

Salió S. M. á las ocho de la

noche, y dixo á los comisarios que queria ir á ver á su familia; mas los Municipales le respondieron que ellos la harian baxar, porque el Rey no podia subir. "En „ hora buena, dixo el Rey, pero „ á lo menos podré verla solo en „ mi sala." = "No señor, dixeron: „ hemos convenido con el Ministro „ de justicia que vereis á vuestra „ familia en el comedor. = Vosotros „ sabeis, replicó S. M., que el de- „ creto de la Convencion me per- „ mite verla sin testigos. = Es ver- „ dad, dixeron los Municipales; „ la vereis solo, y se cerrará la „ puerta; pero nosotros os esta- „ remos viendo por los cristales. = „ Haced que baxe mi familia," dixo el Rey.

Subió un Municipal á la habitacion de la Reyna, para que baxase con la Real Familia, y mientras tanto mandó el Rey que se pusiesen algunas sillas en el comedor, y un vaso con agua, que no

estuviese muy fria por si acao era preciso que la Reyna la bebiese: Encargó tambien que Mr. de *Firmont* no saliese de la Torrecilla, pues era natural que con su vista se aumentase el sentimiento de las Princesas. Un quarto de hora tardó en baxar la Real Familia, y se conocia lo que pasaba en el corazon del Rey por las muchas veces que entraba y salia desde su gabinete á la sala, mirando siempre á la puerta.

Esta se abrió á las ocho y media, y la Reyna con su hijo de la mano, Madama Real y Madama Isabel se precipitaron al momento á los brazos del Rey. Un profundo silencio reynó por un breve rato, y solo le interrumpian los sollozos. La Reyna hizo un movimiento para entrar al Rey en su sala. " No, dixo el Rey; ,, pasemos al comedor, que allí ,, es donde únicamente os puedo ,, ver. " Entraron, y se cerró la

puerta vidriera. El Rey se sentó el primero, la Reyna á la izquierda, Madama Isabel á su derecha, Madama Real casi al frente, y el jóven Delfin quedó de pie entre las piernas del Rey: todos estaban inclinados hácia él, y le abrazaban muchas veces. Esta escena de dolor duró siete quartos de hora, en los quales fué imposible oir nada; se conocia, sin embargo, que el Rey mismo les estaba dando parte de su sentencia, porque despues de cada frase del Rey redoblaba el llanto la Familia Real.

A las diez y quarto se levantó el Rey el primero, y le siguieron todos. Se abrió la puerta. El Rey y la Reyna tenian cada uno asida una mano del Delfin; Madama Real tenia abrazado al Rey por el medio del cuerpo, y Madama Isabel abrazaba su brazo izquierdo. Se dirigieron á la puerta dando los mas dolorosos sus-

piros. "Yo os aseguro, les dixo
„el Rey, que os veré mañana
„por la mañana á las ocho:=¿Nos
„lo prometeis?=repitieron todos
juntos:=Sí: yo os lo prometo.=
„¿Y por qué no á las siete?=dixo
la Reyna:=bien, respondió el Rey,
„á las siete: á Dios." Pronunció el
Rey este *á Dios* de un modo tan
expresivo, que hizo redoblar los
sollozos á toda su familia. Madama Real cayó privada á los pies
del Rey, que tenia abrazados, y
fué preciso ayudar á Madama Isabel para que la sostuviese. Queriendo S. M. poner fin á esta escena dolorosa, les dió los mas
tiernos abrazos, y dándoles el último *á Dios*, se volvió á la Torrecilla con su Confesor.

Para explicar quál seria el dolor de las Princesas baste decir
que, á pesar de estar ya cerca
de su habitacion, y cerradas dos
puertas de la escalera, se oían
desde abaxo los gritos y sollozos.

Media hora despues salió el Rey de la Torrecilla, y pidió la cena: comió poco, aunque con apetito, y volvió al momento á entrarse en su gabinete, de donde su confesor salió poco despues, y pidió á los comisarios que le conduxesen al Consejo, para pedir todo lo que era necesario para celebrar la Misa al dia siguiente por la mañana. Obtuvo, aunque con dificultad, el que se le concediese, y volviendo á encerrarse con el Rey en la Torrecilla, estuvieron juntos hasta las doce y media. A esta hora se desnudó el Rey, y al ir *Clery* á atarle el pelo, le dixo: ,,No te canses en eso, y ,,despiértame mañana á las cinco."

Se acostó, y durmió perfectamente sin despertar en toda la noche. Mr de *Firmont* se echó sobre la cama de *Clery*, y éste pasó la noche sobre una silla.

Oyó *Clery* dar las cinco, y al ruido que hacia para encender

luz, despertó el Rey, y corriendo su cortina le dixo: =¿Han dado las cinco?=S. ñor, much s re-
„ loxes las han dado, pero toda-
„ via nó el que tenemos aquí."
Encendida la luz se aproximó á la cama del Rey, y le dixo S. M.
„ He dormido muy bien: tenia
„ necesidad de ello, porque el dia
„ de áyer me fatigó mucho; ¿dón-
„ de está Mr. de *Firmont*?=En mi
„ cama. =¿Y tú dónde has pasado
„ la noche?=en esta silla:=lo sien-
„ to mucho. = ¡Ah! señor; ¿puedo
„ yo pensar en mí en este momen-
„ to? . ." El Rey tomó una de sus manos, y se la apretó mostrándole el mayor cariño.

Se vistió el Rey, y mientras *Clery* le peynaba, quitó S. M. de la cadena de su relox un sello, y lo puso en el bolsillo de su vestido, y el relox en la chimenea; despues se quitó un anillo, que miró muchas veces, y lo puso en el mismo bolsillo donde estaba el

sello; se mudó de camisa, tomó un vestido blanco que tenia el dia anterior, sacó de su bolsillo la cartera, el lente, la caxa de tabaco y algunos otros efectos, y los puso encima de la chimenea, mirandolo todos los Municipales con el mayor silencio. Hizo llamar á Mr. de *Firmont*, con quien se entró al momento en su gabinete.

Mientras tanto *Clery* puso en medio de la sala una cómoda, para que sirviese de altar para decir la Misa, y puestos sobre la cómoda los vestidos sacerdotales, fué á avisar al Rey, que ya estaba todo dispuesto. Respondió á la pregunta del Rey, que aunque sabia ayudar á Misa, no sabia las respuestas de memoria, y S. M. dándole un libro, le enseñó un artículo donde estaban las respuestas. Mientras el Sacerdote se vestia puso *Clery* enfrente del altar una silla grande, y un almohadon en el suelo para que el Rey se hinca-

se de rodillas. Mandólo S. M. quitar, y fué él mismo á su gabinete, y traxo uno mas pequeño, que era del que se servia ordinariamente. Luego que entró el Sacerdote, se retiraron los Municipales, y medio cerraron la puerta. Principió la Misa á las seis, y mientras esta augusta ceremonia hubo un grande silencio. El Rey oyó la Misa hincado de rodillas, y comulgó en ella, manifestando su piedad y religion. Concluida, se retiró á su gabinete, y el Sacerdote fué á la sala donde dormia *Clery* para quitarse sus vestidos Sacerdotales.

Clery se aprovechó de este momento para entrar en el gabinete de S. M., quien le cogió las manos, y le dixo enternecido: „Es„toy muy contento por tus ser„vicios.'' = „¡Ah! señor, le dixo „aquel, hincándose de rodillas: „¡Ojalá que mi muerte pudiese „desarmar á vuestros verdugos,

„ y conservar una vida tan pre-
„ ciosa á los buenos franceses! Es-
„ perad, señor, que no se atreve-
„ rán á quitaros la vida. = La
„ muerte no me asusta, dixo el
„ Rey, yo estoy dispuesto para to-
„ do; pero tú no te expongas: yo
„ voy á pedir que quedes con mi
„ hijo: cuidalo quanto puedas en
„ esta triste morada: acuérdale
„ quántas penas pasó por las des-
„ gracias que le restan: algun dia
„ quizá podrá recompensar tu ze-
„ lo. = ¡Ah! ¡mi señor! ¡Ah! ¡mi
„ Rey! exclamó *Clery*. Si todo lo
„ que yo he hecho con mi cora-
„ zon por V. M. le es agradable,
„ no quiero mas recompensa que
„ la de recibir su bendicion: no se
„ la negueis al único francés que
„ está con vos." Así exclamó *Cle-
ry*, y S. M. echándole su bendi-
cion, le levantó, y le dixo: "Dí á
„ todas las personas que me han
„ sido adictas, y tambien á *Tur-
„ gi*, que estoy satisfecho de ellas;

,, y salte de aquí, no sospechen
,, algo de tí." Despues volviéndole á llamar, le dixo: „Toma esa
,, carta, que me escribió *Petion*
,, quando volviste al *Temple*: podrá quizá serte útil para permanecer aquí. A Dios, á Dios..."

Salió *Clery*, y entrándose en la cámara donde estaba Mr. de *Firmont* le dixo éste: „¡Qué Príncipe! ¡con qué valor, con qué resignacion vá á morir!... Está tan tranquilo como si acabase de oir la Misa en su Palacio, rodeado de su Corte." *Clery* le respondió llorando: „Acabo de recibir su último *á Dios*. Me ha prometido que pedirá que yo quede con su hijo. Hacedme el favor de acordárselo quando salga, pues yo no tendré ya la dicha de poderle ver solo. = No tengais cuidado," le respondió Mr. de *Firmont*, y fué á ver á S. M.

A las siete salió el Rey de su

gabinete, y llamando á *Clery* le dixo: "entrega este sello á mi hi-
„ jo.... este anillo á la Reyna,
„ y diles con quánto sentimien-
„ to los dexo.... En este peque-
„ ño paquete hay cabellos de to-
„ da mi familia; entrégaselos tam-
„ bien.... Dí á la Reyna, á mis
„ queridos hijos y á mi hermana
„ que anoche les prometí verlos
„ esta mañana; mas que he que-
„ rido excusarles el dolor de una
„ separacion tan cruel. ¡Quánto
„ me cuesta marchar sin recibir
„ sus últimos abrazos....!" Al decir esto se le corrieron las lágrimas, y despues dixo con el acento mas doloroso: „Te encargo que
„ te despidas de ellos á mi nombre."

Un quarto de hora despues salió y dixo á *Clery*: „Dí si me querrán traer unas tixeras. = ¿Para qué? dixo uno de los comisarios: „No sé, respondió *Clery*." Se informó el comisario, y al dar par-

te al Consejo, expuso que eran porque Luis *Capeto* queria que *Clery* le cortase el pelo. Se negó el Consejo á ello, á pesar de segunda representacion de parte del Rey.

Trataron tambien que *Clery* fuese á acompañar al Rey hasta el cadalso, para que allí le desnudase; y hubiera prevalecido este parecer, si un Municipal no hubiera exclamado lleno de furor: *El verdugo es bastante para él.*

París estaba sobre las armas desde las cinco de la mañana. Por todas partes se oia tocar la generala, el ruido de las armas, de los caballos y de la artillería, que tan pronto la colocaban en un punto como en otro; y todo esto retumbaba en la Torre.

A las nueve se aumentó el ruido: se abren las puertas de la Torre con estrépito, y se presenta *Santerre* con diez gendarmes que colocó en dos filas. "¿Vosotros ve-

nís por mí? » dixo el Rey á *Santerre* ="Sí," respondió este infame. "Pues bien, dixo el Rey, „os pido que me espereis un ins„tante," y entró en su gabinete. Salió al momento con su confesor, y traia en la mano su testamento. Se dirigió á un Municipal llamado *Jacobo Roux*, clérigo juramentado, que estaba mas inmediato, y le dixo: "Os supli„co que entregueis este papel á la „Reyna mi esposa.=Yo no he ve„nido aquí para eso, respondió el „juramentado; yo he venido para „llevaros al cadalso." Entónces mirando el Rey á otro Municipal, llamado *Gobeau*, le dixo: „Yo os „suplico que entregueis este papel „á mi esposa: lo podeis leer si que„reis: contiene disposiciones que „deseo sepa la Municipalidad."

Clery estaba detrás del Rey, y volviéndose S. M. le presentó aquel su levita. » No necesito eso, „dixo el Rey: dáme mi sombrero

,,solamente." Despues dirigiéndose á los Municipales, les dixo: ,,Señores, yo quisiera que *Clery* ,,permaneciese con mi hijo, pues ,,ya está acostumbrado á cuidarle; ,, y yo espero que la Municipali- ,,dad concederá esta peticion:" y mirando á *Santerre*: ,,Vamos allá," dixo con toda entereza y magestad.

Estas fueron las últimas palabras que pronunció en su habitacion. Al entrar en la escalera se encontró con el Alcayde *Mathey*, y le dixo: "Antes de ayer os ha- ,, blé con un poco de vivacidad: ,, no me tengais rencor." El Alcayde no respondió, y aun afectó retirarse quando el Rey le hablaba.

Rodeado de gendarmes mandados por *Santerre* baxó la desgraciada víctima hasta el segundo patio del *Temple*, en donde la esperaba el coche que la conduxo al suplicio. "¿Qué tropa es esa?" preguntó al ver las dos filas de sol-

dados. "La guardia, nacional le
„contestaron, que os va á llevar
„al cadalso. = "Vamos, pues," dixo Luis subiendo al coche. Entró con él Mr. de *Firmont*, quien ayudó á rezar á S. M. varios salmos y oraciones análogas á su situacion.

Todos los balcones y ventanas de Paris estaban cerrados; y los verdaderos y honrados franceses, escondidos en lo mas recóndito de sus casas, unian sus oraciones á las súplicas del desgraciado Monarca. Dos filas de soldados y una muchedumbre infinita de gente manifestaban con su silencio, que aunque unos viles asesinos den salario al populacho para maldecir é insultar á un inocente, quando se aproxîma el termino de la desgracia en esta vida, no pueden ménos de mirarle con la veneracion que inspira la virtud y la gloria, de que pronto va á gozar. Los tambores contínuamente redoblando; el crugir de la artillería;

los relinchos y patadas de los caballos; los gritos de algunas personas, á quienes se haria demasiado favor en llamarles hombres aunque feroces, era lo único que sordamente se oia por todo París.

Siete quartos de hora duró el tránsito desde el *Temple* á la plaza de Luis XV, y en todo éste tiempo reynó en el semblante de Luis una resignacion tan grande que, unida á la calma y serenidad que se advertia en él, se hubiera tenido por insensibilidad, si la eficácia con que ofrecia á Dios sus trabajos, y le pedia perdon de sus culpas y las de sus asesinos, no hubieran demostrado lo contrario. Conservó hasta el último momento un valor visiblemente sobrenatural al hombre; y se vió claramente en él que en aquellos últimos momentos le daba la Religion una fuerza celestial concedida solamente al justo.

Llegó en fin al pie del cadal-

so, y al baxarse del coche suplicó que despues de su muerte no hiciesen daño á su confesor. Quitóse el vestido y la corbata. Los tambores, redoblando sin cesar, pararon á la voz del desgraciado Rey. "Callad" les dixo, y callaron. Se abalanzan á él quatro sayones con la misma furia con que los perros enseñados se tiran á la presa quando los sueltan sus dueños. Cogenle las manos para atarselas, y el infeliz Monarca las retira por un movimiento involuntario; pero contemplando que le faltaba todavía esta humillacion para tener mas semejanza con el Salvador del mundo, las presenta de nuevo con resignacion magestuosa; y se contenta con decir al verdugo que redoblaba los nudos: *No es necesario tanto.*

Mientras dos de los verdugos preparaban con ligereza el aparato del suplicio, los otros dos acompañaban al Rey que ya subia. Pa-

róse un poco S. M. en la última escalera por aquel horror natural que á todos causa la muerte." Id, ,,hijo de San Luis, le dice Mr. de *Firmont*, subid, al cielo. . . :" Fixa el Rey de los franceses sus ojos en el cielo, y con semblante apacible sube la última escalera. Viene un verdugo por la espalda, y atándole el pelo se lo corta. Se adelanta Luis con denuedo hácia el lado del cadalso que mira á las *Tullerías*, y hablando con el pueblo, le dice: *Franceses, muero inocente. . . . Deseo que mi sangre redunde en vuestro beneficio, y aplaque la ira de Dios. . . . Perdono á mis enemigos. . . .* Iba á decir mas, quando una demostracion imperiosa (1) obligó á los tambores á continuar su redoble. Habla to-

(1) *Se cree generalmente que fué* Santerre *quien obligó á los tambores á tocar. Es un error.* Santerre *no pudo detener sus lágrimas. El monstruo que*

davía S. M. algunas palabras que no se oyeron. Hinca una rodilla, y recibe la última bendicion. Le atan los verdugos al tablon: tienden éste con el cuerpo: cae la fatal cuchilla, separa la cabeza del cuerpo: el cielo se abre, y entra en él el alma de Luis XVI.

Así murió Luis XVI Rey de Francia á la edad de 38 años, quatro meses y veinte y ocho dias. Fué el mejor Rey que ha tenido la Francia. Reynó en los tiempos mas dificultosos y desgraciados. La filosofía moderna le habia ya señalado para ser la primera víctima de un *regicidio filosófico.* El elogio mas pomposo y justo que se podria hacer de este Príncipe se encierra en estas pocas palabras, que sirven hoy de lema á su retrato. *Murió á manos de un verdu-*

privó á Luis manifestar á sus vasallos sus últimos sentimientos, vive todavía, y aun hace gran papel.

go por querer hacer dichosos á los franceses.

Quando al golpe de la fatal cuchilla cayó su cabeza separada de su cuerpo, uno de los verdugos, segun el uso bárbaro de aquel tiempo, la tomó por los cabellos, y la enseñó al pueblo. Los regicidas esperaban oir los vivas y aplausos de la gente asalariada que para esto habian conducido; pero Dios, cuyos juicios son siempre incomprehensibles, llenó del mas grande espanto á todos los asistentes, á pesar de que la mayor parte eran antropófagos encargados de insultar á este desdichado Monarca. Reynó el mas profundo silencio. El cielo mismo parece que quiso entónces cubrir de vergüenza y confusion á los infames asesinos; pues se vió un infinito número de personas de toda edad y sexô, que sin hacer caso de las amenazas y el terror, se metian por enmedio de los sa-

bles y bayonetas, y llegando al cadalso empapaban sus pañuelos en la sangre de la augusta víctima, guardándolos despues con la mas santa veneracion. ¡Qué no se podria decir con este motivo...! ¡Pero ay de mí! Un silencio respetuoso es mucho mas significativo que todo lo que podria decir...! Por otra parte, ¿á qué recordar memorias tan tristes....? Respetemos el dolor de los parientes del Mártir Luis XVI. Si alguna cosa los puede consolar, es la consideracion que deben tener de que su augusto pariente goza hoy la bienaventuranza, prometida al justo que ha sabido en este mundo perecedero sacrificar sus bienes, su reposo y su vida por su Dios...

Los enemigos de Luis XVI no se contentaron con perseguirle miéntras vivia: le persiguieron hasta su sepulcro.

Su cuerpo fué arrojado, como los de tantos otros, en aquel mu-

ladar que se llamaba *el cementerio de la Magdalena*; y para quitar, segun decian ellos, todo pretexto á la *supersticion de los simples y fanáticos*, tuvieron la crueldad de llenar de cal viva la sepultura donde pusieron el cuerpo de su Rey, á fin de que fuese consumido ántes del tiempo destinado por la naturaleza, ó por mejor decir por la providencia, para la putrefaccion humana. ¡ Insensatos ! ¿ Creisteis por esto poder impedir á los fieles vasallos de Luis XVI, que venerasen sus reliquias como merecen? ¿ Creiais que muriendo, todo habia acabado para él. . . ? Filósofos incredulos, espíritus fuertes del dia, y sobre todo vosotros los que fuisteis testigos, ó la causa de esta catástrofe, exâminad, si vivis todavía, lo que hoy sucede. Ved cómo recibe el justo despues de su muerte, aun en este mundo, las recompensas que merecen sus virtudes. Este Santo

Rey, á cuya muerte habeis contribuido tanto con vuestros escritos sediciosos, con vuestra injusta preocupacion, goza hoy de la felicidad eterna entre el coro de los bienaventurados. Siente vuestros desvaríos: os dá las gracias por vuestras crueldades, y no cesa de pedir á Dios por sus verdugos, por vosotros y por todos los franceses, á fin de que les conceda la felicidad, que él no pudo darles miéntras vivió. ¿Y persistireis todavía en vuestros errores..? Si es así, os engañais al leer esta historia, que puede ser, por una curiosidad criminal, la leais hasta su fin. No se ha escrito para vosotros. Se ha escrito solamente para las personas virtuosas, á quienes quizá les estareis tendiendo lazos. Se ha escrito para todas las personas de buena fé, á quienes suplico que exâminen los males que nos han causado el olvido de la religion, del honor y de la obe-

diencia que debemos profesar á las personas que Dios ha constituido para que sean sus representantes en la tierra. (*Per me reges regnant.*)

POR MENORES CURIOSOS Y EXACTOS SOBRE LOS QUATRO PRESOS DEL TEMPLE, QUE SOBREVIVIERON Á S. M. LUIS XVI.

Maria Antonia.

Luego que se consumó el atentado inaudíto que privaba á la Reyna de su esposo y á la Francia de su Rey, solicitó María Antonia para ella y para sus hijos el permiso de vestir de luto: se lo concedieron igualmente que á Madama Isabel; ¡pero con quántas privaciones tuvieron que comprar estas ilustres desdichadas este favor! ¡Qué de sufrimientos é injurias tuvieron que aguantar!

A la Reyna, á pesar de tener una alma tan grande como la que

tenia, se le conocia visiblemente que no alcanzaban sus fuerzas á hacerla superior á tamaña desgracia: continuamente estaba agitada de convulsiones dolorosas, y apenas dexaron en ella algunas señales de aquel atractivo y de aquel hermoso talle, que se admiraba en ella ántes de la época de las desgracias. Aunque sus penas eran tan grandes, procuraba ocultar la profundidad de su dolor; pero lágrimas abundantes ensanchaban su corazon oprimido, quando se hallaba sola, ni esperaba ni deseaba tener otra suerte que la de su esposo. Un comisario, que por casualidad no era tan insolente y bárbaro como sus compañeros, trataba un dia de calmar en algun tanto la amargura de su tristeza, y la traia á la memoria el decreto por el que la Convencion habia dulcificado los últimos momentos del Rey: "Sin duda, Se- »ñora, le dixo, sereis bien pron-

„ to reclamada por el Emperador „ de Alemania." = "Qué me impor- „ ta, respondió ella: yo seria en „ Viena lo que soy aquí, y lo que „ era en las Tullerías. Mi único „ deseo es de reunirme con mi es- „ poso, quando el cielo juzgue „ que ya no soy necesaria á mis „ hijos."

Pocos dias despues arrancaron al Delfin de los brazos de su madre, para entregarle á un Director muy digno de los Canibales que entónces tenian el poder en la mano: el zapatero *Simon*. Este fué el noble Director del hijo de tantos Reyes.

En fin el 5 de Agosto de 1793 se presentó en el *Temple* un tropel de bárbaros, que sin conmoverse por las lágrimas de su cuñada y su hija, la sacaron de la Torre, separándola para siempre de tan amables prendas.

Un coche la esperaba al pie de la Torre, en el que la conduxeron

á la Consergería, donde uno de los Gefes de la escolta dixo al Alcayde *Richard*, que acababa de poner en el registro el nombre de la nueva presa, y le hacia presente que no tenia quarto alguno preparado: »Ponla en el calabozo mas hediondo con un poco de paja para que duerma, y tienes ahí mas de lo que es menester para ésta.... "

Richard, humano y sensible, quanto lo puede ser un hombre de su oficio, no se conformó con la órden bárbara que acababa de recibir verbalmente. Eligió una habitacion llamada la sala del Consejo, inmediata á la capilla de la prision, y allí puso á la Reyna, asegurando la puerta con dos grandes cerrojos. La sala no recibia mas ayre que el que entraba por una ventana con una reja de grandes barrones de hierro, y caia á el patio de las mugeres. Antiguamente habia estado dividida

esta sala en dos partes por un tabique, del que no subsistia ya mas que las dos extremidades: *Richard* puso en su lugar un biombo viejo, y á un lado una cama regular, y procuraba á su cautiva una comida decente. No era la Reyna melindrosa en este artículo, y así respondió á las ofertas del Alcayde: » Lo que sea bueno para tu familia lo será para mí.»

Dos gendarmes llamados *Francisco Dufresne y Juan Gilbert* eran continuos centinelas de María Antonia; en el lado opuesto á donde la Reyna tenia su cama habian ellos puesto la suya, y alternativamente cumplian la consigna.

Hacia ya mucho tiempo que la Reyna tenia consentida la suerte que le esperaba. La muger de *Richard* trataba algunas veces de consolarla. » Esta mañana, la decia, ,, he hablado con el acusador pú-,, blico, y me ha dicho que no ,, sabe por qué habeis sido trasla-

„ dada aquí, pues los papeles que „ le han entregado nada arrojan „ contra vos. Por esto, Seño- „ ra, yo no desespero de que os „ conduzcan otra vez al *Temple.*" = "Vos lo creeis así, le respondió „ la Reyna; pero yo estoy bien „ distante de creerlo. Ellos han „ sacrificado al Rey, y conmigo „ harán lo mismo. No, ya no vol- „ veré á ver á mis queridos hijos, „ ni á mi tierna y virtuosa herma- „ na." Un torrente de lágrimas la interrumpió continuar hablando.

A pesar de que entre los papeles hallados en las Tullerías, ni en todos los demas que presentaron los enemigos de la Reyna, no habia pieza alguna sobre la que realmente se pudiese formar un cargo contra S. M., la Municipalidad de París pedia con grandes gritos que la Reyna fuese puesta en juicio, y presentaba una acta de acusacion redactada por la misma Municipalidad. Fué, pues, de-

cidido que el infame *Fouquier-Tinville* formaria su proceso *como pudiese*; y este monstruo, que como es publico, en nada se detenia, ni aun quiso ir á tomarla una declaracion preliminar: puso un acta de acusacion, sin haber apenas visto los papeles que para ello se le dieron.

Veánse aquí los principales cargos que encerraba esta acta de ignorancia y de iniquidad.

» María Antonia, viuda de *Luis Capeto*, último Rey de Francia es acusada:

»En primer lugar, de haber ruinmente y con intencion dilapidado de una manera espantosa la hacienda de la Francia, de concierto con los hermanos de *Luis Capeto*, y con el infame ex-Ministro *Calonne*; y de haber agotado el tesoro Nacional, mandando sumas incalculables al Emperador su hermano.

»En segundo lugar, de haber

tenido no solamente por sí misma, sino tambien por sus agentes contrarevolucionarios inteligencias y correspondencias con los enemigos de la República, y de haber informado y hecho informar á estos mismos enemigos de los planes de campaña y ataque convenidos y decretados en el Consejo.

„En tercer lugar, de haber por sus intrigas y maniobras, y por las de sus agentes tramado conspiraciones contra la seguridad interior y exterior de la Francia; de haber con este fin encendido la guerra civil en diversos puntos de la República, y armado los ciudadanos unos contra otros; y de haber por este medio derramado la sangre de un sin número de franceses."

El 12 de Octubre de 1793 á las seis de la tarde llevaron á la Reyna á la sala de la Asambléa para hacerla el primer interroga-

torio. La sentaron en un mal banquillo enfrente del acusador público. Sus mismos verdugos conocian que no podrian aguantar sin conmoverse las fuertes miradas de la Reyna, y por lo mismo solo pusieron dos luces en la mesa del Escribano de Justicia, *José Paris*, quedando así la sala bastante obscura. Se advirtió en la Reyna alguna inquietud, y que procuraba cuidadosamente conocer las personas que estaban en lo mas obscuro de la sala.

Se la preguntó segun costumbre su nombre y qualidades, y especialmente quál era su habitacion quando la arrestaron: "Yo no
» he sido arrestada, dixo; yo es-
» taba en la Convencion, y desde
» allí me conduxeron al *Temple*."

Preguntada si ántes de la revolucion habia tenido relaciones culpables con el Emperador de Alemania, respondió: que siendo hermana de este Príncipe, sus re-

laciones eran únicamente de amistad, y que si hubieran sido de política, no hubieran tenido otro objeto que el interés de la Francia, á lo que estaba obligada por su union con el Rey.

Acusada despues de haber inducido á su esposo para engañar al pueblo: „Sí, exclamó ella, el „pueblo ha sido muy bien engaña„do; pero no por mí ni por mi ma„rido. = ¿Pues por quien? = Por „aquellos que tenian interes en ello: „mi marido ni yo lo teníamos. = „¿Quién son aquellos que tenian „interés por engañar al pueblo?" Conoció la Reyna el lazo, y respondió: "Yo conozco solamente „su interés, y no las personas. „El interés mio y el de mi mari„do era ilustrar al pueblo, y no „engañarle. = Esto no es responder „directamente," dixo el que presidia, y la Reyna contestó: = "Yo „no puedo responder de otra mane„ra, no conociendo las personas."

El Presidente principió á argüirla sobre el viage á Varennes, y la Reyna contestó que lo habia motivado la necesidad de darse á los ojos de la Europa una apariencia de libertad. Concluyó el Presidente haciéndola ciertas preguntas ociosas, que prueban la impotencia con que se hallaba de poderla arguir con datos positivos. La preguntó si creia que los Reyes eran necesarios para la felicidad de los pueblos; si deseaba el Trono para su hijo, y varias otras vagatelas. Las respuestas de la Reyna fueron generales, de manera que ni se comprometió, ni á nadie podia comprometer.

Fué determinada la audiencia pública para el 14 de Octubre; y no habiendo querido S. M. por sí misma nombrar sus defensores, nombró el mismo Tribunal á MM. *Tronzon-Ducoudray* y *Chaveau Lagarde*, quienes hasta entonces habian defendido á casi todos los

inocentes, acusados baxo el gobierno del terror.

Vuelta la Reyna á su prision, pidió á la muger del Alcayde una aguja con hilo, y ésta se la negó por tener órdenes positivas para ello. Insistió María Antonia, y al fin lo consiguió, sirviéndose de la aguja y el hilo para recoserse los zapatos en presencia de dicha muger.

Apenas concluyó este trabajo quando la vinieron á buscar para conducirla al Tribunal revolucionario. Se presentó en él con un noble porte; no se espantó á la vista de la infame canalla que estaba presente, y quizá tuvo la satisfaccion de descubrir entre tantos malvados algunas almas buenas que se interesaban en su suerte. Escuchó sin conmocion alguna las acusaciones de *Lorenzo Lecointre* y de *Juan Bautista Lapierre*, contentándose con desmentirlos categóricamente; mas nada

quiso responder al desalmado *Hebert*, quando la acusó de haber depravado las costumbres de su hijo, y de haber cometido con él un acto incestuoso. Uno de los jueces la hizo presente por qué nada respondia á esto: "Si yo no „he respondido á ello, dixo la „Reyna, es porque la misma na„turaleza se resiste á responder á „un cargo semejante, hecho á „una madre''; y volviéndose con magestad á los que estaban presentes: "Apelo, dixo, á quantas „madres se pueden hallar aquí.''

No es fácil pintar el efecto que hizo en todos los oyentes este rasgo oratorio tan inesperado como dicho sin preparacion alguna. Conoció el Presidente que se habian enternecido algunos de los mas encarnizados enemigos de la Reyna, y se puso al momento á oir nuevos testigos.

Hubo muchos entre éstos que sin intimidarse por la rabia del

gran número de expectadores, hablaron en favor de la acusada. Otros dixeron que no tenian conocimiento alguno de los hechos, y los que depusieron algo contra la infeliz, tenian todas las tachas legales para no deberles dar crédito alguno. Hablaron despues los defensores de su augusta cliente. Mr. de *Chaveau* combatió vigorosamente todo; pero los Jueces tenian órden de sentenciar á muerte á la acusada. El Presidente *Herman* recopiló todos los cargos, y hablando largamente sobre las quejas que la masa del pueblo frances tenia contra María Antonia, propuso á los Jueces las siguientes preguntas.

»¿Es constante que han exîstido inteligencias secretas con las potencias extrangeras y con otros enemigos de la República; y que las dichas inteligencias se dirigian á darles socorros en dinero, y facilitarles la entrada en el rerrito-

rio frances con los progresos de sus exércitos?

»¿María Antonia de Austria, viuda de *Luis Capeto*, está convencida de haber tenido parte en estas maniobras, y de haber tenido estas inteligencias?

»¿Es constante que ha exîstido una trama y conspiracion, dirigida á encender una guerra civil en lo interior de la República?

»¿María Antonia de Austria, viuda de *Luis Capeto* está convencida de haber sido participante de esta trama y conspiracion?"

La declaracion unánime de todos los Jueces fué por la *afirmativa*!!!!

Entonces el Presidente hizo volver á traer á la Reyna, anunciándola que iba á oir la demanda fiscal del acusador público.

Esta demanda se reducia á la pena de muerte. La dixeron si tenia que hacer algunas observaciones sobre la aplicacion de las leyes; y la desgraciada Reyna ma-

nifestó que *nó*, sin hablar una palabra. Tampoco sus defensores hicieron reclamacion alguna, y el Presidente despues de oidos los votos, pronunció esta pretendida sentencia.

»El Tribunal fundado en la »demanda del acusador público, »despues de la unánime declara»cion de los Jueces y de las le»yes citadas por él, condena á »la dicha María Antonia de Lo»rena de Austria, viuda de *Luis* »*Capeto*, á la pena de muerte; y »en conformidad á la ley del 10 »de Marzo último, declara sus »bienes, si tiene algunos en la ex»tension del territorio frances, ad»quiridos y confiscados á benefi»cio de la República: manda que »á la peticion del acusador pú»blico será executada la presente »sentencia en la plaza de la re»revolucion, y que dicha senten»cia sea impresa y fixada en to»da la extension de la República."

Se hubiera dicho que esta sentencia no se dirigia contra la Reyda, pues la escuchó sin manifestar la mas pequeña señal de miedo ni de turbacion. Igualmente se mostró en las 36 horas que duraron los debates; sin embargo de hallarse atormentada por dolores extraordinarios, y de una sed que la hacia padecer muchísimo. Es cosa horrible que nadie se atrevia á favorecerla en algo, á pesar de la situacion en que se hallaba. Una vez pidió agua, y solo un oficial de Gendarmes, llamado *Busne*, tuvo valor para traérsela. Fué acusado por este acto de humanidad tan simple y tan natural; pero este bravo oficial, despreciando esta acusacion, la ayudó á baxar las escaleras que se dirigian al patio de la Consergería, en donde ya la Reyna apenas podia tenerse en pie.

Esto sucedió á las quatro y media de la mañana, y apenas S. M.

llegó á su prision, se arrojó en la cama, donde gozó un sueño profundo y tranquilo.

A las cinco se tocó la generala en todas las secciones, y á las seis se presentó un cura juramentado, llamado *Girard*, autorizado para dar á la Princesa los socorros espirituales. La Reyna le dixo, que habiéndoselos procurado por otra vía, que no queria descubrir, solamente deseaba que la asistiese hasta el momento fatal. Se quejaba la Reyna de un frio mortal en los pies, y se los envolvió en una almohada por consejo del cura. Este habiéndola dicho: "Vuestra muerte vá á es-
,, piar.... = ¡Ah! replicó vivamen-
,, te la Reyna: faltas sí, pero no
,, delitos."

La pusieron en una carreta, y atada como los mas viles criminales, la llevaron al suplicio. Al ir á subir le dixo el cura: "Ved aquí
» el momento de manifestar va-

» lor." = "¡Valor! respondió S. M., » hace mucho tiempo que estoy » aprendiendo á tenerlo, y creed » que hoy no me faltará."

Lo conservó efectivamente hasta la plaza de la revolucion, á pesar de los gritos y amenazas de una furiosa multitud, que en estilo el mas grosero y atrevido la decia todas las quejas contenidas en la acta de acusacion.

A las doce en punto llegó S. M. á la plaza; subió al cadalso con la mayor serenidad; estuvo algun tiempo mirando los árboles de las Tullerías, que sin duda la recordaban tristes memorias: recibió la última bendicion del sacerdote que la acompañaba, y alargando su pelo para que se lo cortasen los verdugos, recibió el golpe fatal, que la abrió la puerta del cielo.

María Antonia, Josefa, Juana de Lorena, Archiduquesa de Austria, hija del Emperador Fran-

cisco y de la Emperatriz-Reyna María Teresa, nació en Viena el 2 de Noviembre de 1755, y casó con Luis XVI, en 1770. Fué digna hija de sus padres, y digna esposa de su esposo. En el trono unió la gracia á la Magestad, y fué sublime aun en sus desgracias. Nada ha habido mas infundado que el ódio que los seducidos Franceses la tuvieron. Siempre prefirió el bien de la Francia al del Imperio, del que era hija. Véase un solo rasgo de los muchos que se pudieran citar en comprobacion de esto.

Quando las tropas combinadas del Emperador y el Rey de Prusia entraron en Francia, mandadas por el Duque de *Brunswick*, dixo la Reyna á Mr. *Huë*: ,, Todo me anuncia que debo ser ,, separada pronto del Rey, y creo ,, que tu quedarás con él. Como ,, francés y como uno de sus mas ,, fieles servidores debes penetrar-

„ te bien de los sentimientos que
„ debes sugerirle, y yo le he ma-
„ nifestado muchas veces. Quan-
„ do puedas hablar solo con el
„ Rey, acuérdale que jamas debe
„ hacer sacrificio alguno indigno
„ de su gloria por quebrantar los
„ hierros que nos oprimen. Sobre
„ todo, que de ninguna manera
„ permita el menor desmembra-
„ miento de la Francia: Que no
„ le aparte de este punto consi-
„ deracion alguna: que no ten-
„ ga miedo ni por mí, ni por
„ mi hermana. Dile que nosotras
„ dos preferimos nuestro cautive-
„ rio, aunque dure eternamente,
„ al abandono de la plaza fuerte
„ mas pequeña. Si la Divina Pro-
„ videncia nos hace recobrar nues-
„ tra libertad, ha resuelto el Rey
„ que fixemos nuestra residencia
„ por algun tiempo en *Strasbour-*
„ *go*; y verdaderamente yo tam-
„ bien lo deseo. Pudiera ser que
„ esta plaza importante fuese ten-

„ tada de volver á hacer parte „ del cuerpo Germánico : es me- „ nester impedirlo y conservarla „ á la Francia." Mr. Huë se disponia á hacer algunas reflexîones á la Reyna ; mas S. M. interrumpiéndole y marchándose le dixo: „ El interés de la Francia es so- „ bre todo."

Madama Isabel.

Quando los miembros de la tiranía convencional mostraron por la muerte de su Rey hasta dónde llegaba su atrevimiento, dexaron de guardar hasta la mas pequeña consideracion, y multiplicaron las visitas en las habitaciones que ocupaban las ilustres víctimas, que hasta entonces habian escapado del furor de los verdugos. No era su objeto en estas visitas ver si hallaban correspondencias, que ellos mismos juzgaban imposibles ; era sí col-

marlas de tormentos y humillaciones. En la cámara de Madama Isabel hallaron un dia un sombrero de hombre. En vano se empeñó S. A. en persuadirles que era uno de los de su hermano, que conservaba como una dulce memoria; y se sirvieron de este pretexto para estrechar mas la prision de SS. AA., suponiendo que el dicho sombrero era parte de los vestidos de hombre con que querian escaparse.

Poco tiempo despues de este pretendido descubrimiento arrancaron al Delfin de los brazos de su madre. Conoció Madama Isabel que el objeto de esta cruel separacion era para hacer morir al uno, ú al otro, ó quizá á los dos. No quiso comunicar sus temores á la Reyna; mas ya le atormentaban interiormente á esta tierna madre, aunque fué la primera para inspirar á su hijo el valor que necesitaba para so-

portar esta nueva desgracia.

Pronto sucedió lo que habia previsto Madama Isabel. La hija de los Césares despues de un mes de agonía causada por no saber la suerte de su amado hijo, fué un dia antes de amanecer despertada por la ronca voz de sus carceleros, que con un tono feroz la mandaron que les siguiese. Solo tuvo tiempo para recomendar su querida hija á su hermana, y la encerraron en la Consergería.

Nueva carrera se presenta desde entónces á la hermana del difunto Rey. No tenia noticia alguna de la suerte desgraciada de la Reyna, y se presumia que los asesinos no se atreverian á poner el colmo á tanta maldad. Ellos, decia entre sí misma, deben temer la cólera del Emperador de Alemania que tomaria una cruel venganza de la muerte de su hermana. Sin embargo adoptó desde este momento la huerfanita que la Providencia con-

fiaba á su cuidado; y queriendo cumplir dignamente las augustas funciones de que se hallaba encargada, llamó la religion á su socorro, y supo inspirar á su cliente todo el valor y toda la resignacion que exîgia su situacion dolorosa. Formaba su corazon y su espíritu con lecciones adaptadas sábiamente á la edad de Madama Real, y la disponia á soportar, sin alucinarse, el paso de lo último de la desgracia al de la felicidad, que debia proporcionarle su vuelta al seno de su familia.

Miraba á su sobrina y á sí misma como unos rehenes que servirian á los facciosos para proporcionarse una paz de la que ellos mismos tendrian necesidad. Tambien podia creer que habrian ya olvidado el rango al que pertenecian, pues les daban á comer los alimentos mas groseros, y sus vestidos se hubieran hecho mil pingajos sin el cuidado que tenia Madama Isabel

de recoserlos continuamente.

La hermosura de la Princesa llenaba el alma de las augustas cautivas de nuevas esperanzas: formamaban entre ellas varios proyectos para mejorar algun tanto su monótona exîstencia, quando en la noche del 9 de Mayo de 1794 les recordó el exceso de su desgracia un grande y brusco ruido de llaves y cerrojos. En la cámara de Madama Isabel entraron precipitadamente unos hombres de figura horrible, y la mandaron que les siguiese. »¿Qué quereis de mí?» les dixo con una angélica dulzura. = "Tenemos órden de llevar»te." = "¿Adónde?" exclamó Madama Real. = "Esto no te impor»ta" la contestaron. "Yo quiero ir »con mi tia: yo quiero tener igual »suerte que mi amiga," dixo llorando la infeliz Princesa. = "No »es á tí á quien debemos llevar; es »á ella." = "Pues bien, dixo entón»ces Madama Isabel, que ya pre-

„ sagiaba su suerte: dadme tiempo „para vestirme.” = “ Bien inútil es „eso, la respondieron; pero si tie- „nes ese capricho, hazlo pronto, „ porque estamos de priesa.”

La virtuosa Princesa se aprovechó de este poco de libertad para dar algunos consuelos á su sobrina, pero ésta apénas los oyó: tan trastornada estaba con la idea de que esta separacion seria para siempre. Impacientes los vandidos volvieron á entrar bien pronto, y la preguntaron si ya estaba dispuesta. „Vamos allá, dixo Madama Isa- „bel; ¿pero dexareis sola á esta in- „feliz entregada á la tristeza?” = „Se hará venir la muger del Al- „cayde,” la contestaron. “Yo no „tengo necesidad de nadie, repli- „có entónces la Princesa; ya os lo „he dicho, que ó me habeis de „quitar la vida, ó he de acompa- „ñar á la que hace las veces de mi „madre.” Diciendo esto Madama Real se hincó de rodillas á los pies

de aquellos hombres, á quienes se hubiera desdeñado suplicar si hubiera sido por ella sola. Con esta humillante postura no pudo conmover la hija de tantos Reyes á unos hombres sin piedad. Despreciaron su súplica, y la pobre Princesa, sucumbiendo al esfuerzo que acababa de hacer, cayó desmayada en los brazos de su tia.

En este momento entró la muger del Alcayde que habia sido llamada por uno de los vandidos. Madama Isabel se la recomendó brevemente, y con una firmeza heróica marchó con ellos.

La conduxeron como á la Reyna á la Consergería. Al entrar en esta morada del crímen, que despues llegó á ser la de todas las virtudes, esperaba ver allí á su cuñada; pero bien pronto sabiendo el fin cruel que habia tenido, infirió el que á ella le esperaba.

Sin darla tiempo para descansar ni para reunir sus ideas, le hi-

cieron al momento un interrogatorio á puerta cerrada, cuyos principales artículos se fundaban en planes quiméricos de conspiracion. » ¿Cómo os llamais?" le preguntaron los caníbales erigidos en Jueces. = "Isabel de Francia, her» mana de Luis XVI y tia de Luis » XVII vuestro Rey." La preguntaron sobre los pretendidos artículos de la acusacion. "A Dios solo, » respondió ella, debo yo dar cuen» ta de mis acciones." La echaron en cara entre otros crímenes el de haber pasado haciendo compañía al Rey la terrible noche del 9 al 10 de Agosto; de haber dispuesto de sus diamantes en favor de sus hermanos, con otros mil hechos semejantes que probaban con su futilidad que su muerte ya estaba resuelta. La conduxeron en fin á un calabozo, donde léjos de pasar el tiempo llorando por la suerte que la esperaba, solo se ocupó en prepararse para entrar en el

seno del Criador.

En aquella época ya no habia en París señal alguna exterior de religion. Madama Isabel pidió mil veces la permitiesen que la asistiese un sacerdote aunque fuese juramentado, y nunca lo pudo conseguir. Privada pues de todo socorro espiritual, sacó del fondo de su piedad los consuelos que le negaba la barbaridad de sus enemigos. Solamente se turbaba su piadosa resignacion al acordarse de las queridas prendas que dexaba en la Torre del *Temple*; pero cierta de que ya no las veria mas, las encomendó eficazmente al Todo-poderoso, pidiendo para ella la gracia de verse prontamente reunida en la gloria con su hermano y su cuñada.

No tardó en llegar este momento tan deseado. Al dia siguiente 10 de Mayo la llevaron con otras veinte y quatro personas al tribunal de Sangre: oyó las mis-

mas acusaciones que la noche anterior la hicieron, y fué condenada á morir en la guillotina como ya se lo tenia consentido.

Escuchó su sentencia de muerte con la mas perfecta tranquilidad de alma. Lo único que se advirtió que sentia, fué que de las veinte y quatro personas que como por casualidad pusieron con ella en los bancos de la acusacion, todas fueron igualmente condenadas, segun el feroz uso de aquellos tiempos de duelo y carnicería.

Los verdugos sedientos de sangre no dexaban á las víctimas mucho tiempo para pensar en su suerte: acusar, juzgar y executar era negocio de un dia. Marcharon las veinte y cinco personas condenadas todas juntas al suplicio, casi en el mismo momento en que acababan de salir del tribunal donde oyeron su sentencia; pero por una crueldad la mas refinada y muy digna de los monstruos que entón-

ces tenian á la Francia humillada baxo el cetro de hierro, hicieron sufrir á Madama Isabel el tormento de ver caer sucesivamente antes que su cabeza las de los veinte y quatro mejores y mas zelosos vasallos de su augusto hermano.

Se vá en fin á terminar este tormento prolongado: sube la augusta Princesa al cadalso, y en el corto espacio que la separa de la eternidad cae á los pies del verdugo el pañuelo con que cubria sus pechos; reflexîonando en la decencia que siempre dirigió todas sus acciones, se vuelve hácia el que le va á dar el golpe de la muerte, y le suplica de este modo: *Cúbreme el seno siquiera por la decencia.* Tales fueron las últimas palabras de aquella á quien la Francia en tiempos mas felices hubiera erigido altares. Recibió con calma y dignidad la corona del martirio.

El carácter particular de Madama Isabel se conocerá por la sú-

plica que diariamente hacia á Dios nuestro Señor. Se hincaba de rodillas, y con las manos cruzadas miraba al cielo, y decia: "¡Dios mio! »ignoro lo que hoy me sucederá. »Todo lo que sé es que nada puede sucederme sin que lo hayais »previsto en vuestra eternidad; »y esto me basta Dios mio para estar tranquila. Adoro vuestros juicios eternos: me someto á ellos »con todo mi corazon: todo lo »quiero, todo lo acepto, y de todo os hago un sacrificio, uniéndolo al de vuestro querido Hijo »mi Salvador, y pidiéndoos por »su corazon sagrado y méritos infinitos nos concedais paciencia en »nuestros males, y la perfecta sumision que os es debida en todo »quanto quereis y permitís." Mr. *Hué* la oyó un dia hacer esta súplica, y al levantarse le dixo Madama Isabel: "Mas bien pido por el »pueblo frances engañado, que »por su desgraciado Rey.. ¡Digne-

„se el Señor apiadarse de la Fran-
„cia y mirarla con ojos de miseri-
„cordia!" Al oir Mr. *Hué* este acto de generosidad tan heróica se enterneció, y advirtiéndolo Madama Isabel le dixo: "Es menester
„que tengais mas valor; nunca
„nos envia Dios mas trabajos que
„los que podemos padecer."

LUIS XVII.

Arrancado de los brazos de su madre fué entregado el inocente Príncipe al famoso *Simon*, de oficio zapatero, á quien la Municipalidad elevó al alto puesto de Ayo y Maestro del hijo de su anterior Rey, hecho ya el niño Rey tambien por la muerte de su desgraciado padre. Este pretendido Ayo y Maestro no hubiera logrado tal empleo, si la Municipalidad hubiera hallado otro hombre mas infame y grosero. Su muger, hecha tambien Aya del niño Rey, formaba con su marido la pareja mas igual

por lo borracha y escandalosa.

Figurese, si es posible, á un niño Rey é hijo de tantos Reyes encerrado en un torreon abierto por todas partes, y sin resguardo alguno contra la inclemencia, privado del cuidado necesario á su edad, y alimentado con lo que aun el mas miserable mendigo dexaria de tomar; y se verá que á mas de las causas secretas que pudieron causar la muerte de este miserable niño, la sola suciedad y falta de cuidado eran bastantes para engendrar la enfermedad y las llagas que se hicieron pasar en el público como anuncios seguros de su muerte. En la edad de diez años en que este niño se hallaba, no era posible hallar disposicion para que levantase su mala cama, ni para barrer ni limpiar la habitacion. Dormia, pues, enmedio de la basura, que ninguno de los carceleros quiso limpiar. Recibia la pobrísima comida por una

especie de torno que le habian puesto en su cámara, como igualmente en la de su hermanita. Le llamaban bruscamente quando le llevaban de comer, y se veia en la precision de llevar él mismo el plato, y ponerlo en el torno, si habia de comer al dia siguiente.

Los enemigos de la familia de los Borbones habian mandado al feroz *Simon* que tratase de destruir á toda costa los nobles sentimientos que principian á parecer en el jóven Luis XVII, y que añadiese á esta depravacion moral una alteracion insensible en sus órganos, y quantas incomodidades fuesen posibles, para que tarde ó temprano destruyesen el cuerpo mas robusto. Así es que jamás le presentaban sino ideas sanguinarias y turbulentas, y solo le decian expresiones las mas atroces. Si momentaneamente el niño infeliz se olvidaba de sus males, dichoso privilegio de su edad, y le

veian ménos triste, al instante la muger de *Simon* le decia: "Can-
,,ta Madama *Veto*;" y el desgraciado niño se veia precisado á cantar las infames coplas que el populacho cantaba contra su madre.

Miéntras no estaba encerrado en el obscuro rincon que llamaban su cámara, le obligaban á pasar el tiempo en las ocupaciones mas asquerosas y mas viles, y la triste criatura solo oponia sus lágrimas á los malos tratamientos de su carcelero. Espantado el niño por sus contínuas imprecaciones temblaba á la vista de este hombre feroz, quien dirigido siempre por órdenes superiores, puso el colmo á sus infamias con la esperanza de embrutecerle y hacerle olvidar enteramente la memoria de su primera dignidad. Aunque ya estaba muy mal vestido, le quitó un dia su poca ropa, y le hizo en su lugar ponerse otra llena de andrajos. La *benigna* muger *de Simon* presidia á

este acto, y por una alusion cruel le llamaba *el juego del Rey desnudo.* Para acabar esta metamorfosis le cortó un dia el maldito *Simon* el hermoso cabello rubio, que en algun tiempo fué las delicias de su augusta madre, que tantas veces lo trenzaba con sus manos. Un dia para acabar de poner el colmo á sus horribles procedimientos le puso el infame *Simon* un asquerosísimo gorro encarnado, diciéndole: „En fin, *Capeto*, „ ya eres un *Jacobino*.''

El régimen horrible de la prision y los malos tratamientos alteraron sensiblemente la salud del jóven Rey. Sus facciones se cambiaron visiblemente: la blancura de su rostro fué reemplazada por una grande amarillez, y su cuerpecito, abrumado con el peso de de la desgracia, perdia cada vez mas de su hermosura: y es generalmente conocido, que si no hubiera muerto, hubiera quedado contrahecho.

Nada hay fixo en una revolucion. Así es que en la de Francia aunque al principio parece que respetó á sus mas célebres agitadores, les tocó tambien á éstos su vez; y al fin pararon en el cadalso. El zapatero *Simon* fué guillotinado con el infame Duque de *Orleans*. Qualquiera creerá que desde este momento tuvo algun alivio Luis XVII; pero nada ménos que esto. Continuando la Municipalidad en perseguir en la persona del hijo la memoria del padre, le puso á la discrecion de dos diablos de figura humana que le atormentaban dia y noche.

Apenas anochecia le hacian acostar, porque no querian darle luz. Poco tiempo despues, quando ya le creian dormido, iba uno de los carceleros, y con una espantosa voz que hacia retumbar las bóvedas le llamaba. "*Capeto*: ¿duer-„mes? ¿Dónde estás?" Entónces salia el niño medio dormido y temblando: "Aquí estoy; decia:

„ ¿ qué me manda vmd?"= "Arri-
„ mate aquí , que quiero verte "
= "Aquí estoy : ¿ qué me man-
„ da vmd?= "Que te vayas á acos-
„ tar." Dos ó tres horas despues venia el otro carcelero, y le llamaba del mismo modo, y la infefeliz criatura se veia obligado á obedecer.

Despues de la muerte de Robespierre se principió á respirar en Francia con algun poco mas de libertad, y la mejoria que se advirtió en la suerte de cada uno de los franceses, llegó hasta las dos víctimas inocentes del *Temple*. Qualesquiera que fuesen los nuevos gobernantes debian necesariamente marchar en sentido contrario al de sus predecesores. Hicieron quanto les fué posible por dulcificar la exîstencia de las víctimas de la revolucion; y la mas ilustre de ellas debia necesariamente tener parte en este feliz cambio de cosas. Le asistieron con mas cuidado: le vistieron decen-

te y comodamente: le pusieron en una habitacion mas saludable: le daban mejor comida, y le permitian algunas diversiones análogas á su edad. Tales fueron las ventajas que el jóven Rey tuvo por el trastorno del régimen revolucionario. Las personas que fueron destinadas para cuidarle, lo hicieron con zelo, dulzura y humanidad.

Este tratamiento influyó mas sobre lo moral naturalmente bueno del niño, que sobre su salud, ya destruida por los trabajos pasados. El hecho siguiente manifestará quánto se podia esperar de él, si se hubiera como se debia esperar, del rango elevado al que le destinó el cielo, y del que le arrojó la perversidad de los hombres.

Se felicitaba un dia de ser tratado mejor que anteriormente, y al mismo tiempo se quejaba con viveza del trato que le habia dado el zapatero *Simon*, cu-

ya muerte ignoraba. " ¿Qué ha-
„ rias tú con él, le dixo un co-
„ misario, si llegases á sentarte
„ en el trono de tus padres?"
„ Yo le haria castigar para dar
„ exemplo," respondió el niño Rey. No era esto deseo de venganza: era una íntima conviccion de la maldad del zapatero; y le conocia muy bien despues de dos años que le estuvo martirizando.

El único sentimiento que reynaba en el alma del jóven Luis era el agradecimiento, no por el bien que le hacian (bien ha podido juzgar el lector que nunca se hallaba en este caso), sino por el mal que dexaban de hacerle. Hubiera ganado la voluntad de sus carceleros, si los corazones de los tigres fueran capaces de enternecerse. Apenas los veía iba corriendo y los abrazaba, y les besaba el vestido, les hacia mil caricias, y manifestaba su agradecimiento del modo mas sencillo y gracioso.

Llegamos al momento en que todavia va á perder la Francia á un Soberano en el mismo tiempo precisamente en que los vasallos, que aun eran fieles, concebian la esperanza de verle tomar posesion del trono de sus mayores.

Efectivamente, se empeoró de tal modo el mal que tenia el niño, que se temió justamente por su vida, si no se le trasladaba con prontitud á otra parte mas sana, ó no se ponia en manos de un facultativo. Este segundo medio fué el adoptado; pero ya era muy tarde, y despues de una larga y dolorosa agonía murió Luis XVII el dia 8 de Junio de 1795, á la edad de diez años, dos meses y trece dias. Fué enterrado con alguna decencia en la parroquia de Santa Margarita en el arrabal de San Antonio, y algunas personas acompañaron su entierro.

Luis XVII era de una hermosísima figura, y tenia tan ade-

lantado su talento qual no se debia esperar en su edad tan tierna. Su corazon era extremadamente sensible, y en él se hallaba el gérmen de las mas grandes qualidades. Se hacia admirar muchas veces por la agudeza de sus respuestas, de lo que se podrian citar muchos casos.

Una vez dando leccion principió á silvar. El maestro le reprehendia al momento en que llegó la Reyna, que tambien se lo afeó. "Mamá, dixo el Delfin, „sé tan mal la leccion que yo „mismo he creido deberme sil„var."

Jugaba otro dia en un jardin donde habia muchas rosas con espinas, y advirtiéndole que no se aproxîmase, porque podria hacerse daño, respondió: "Los caminos „espinosos conducen á la gloria."

El Abate *Davaux* era su Preceptor, y acordándose el Delfin de una de las lecciones de historia encendió un dia una vela,

y fingió buscar qualquier cosa. De repente se volvió al Abate, y tomándole las manos, le dixo: "Soy „ mas feliz que Diógenes, pues „ he hallado un hombre."

Despues del viage de Varennes le dixo el Abate *Davaux*, que ya habria olvidado la última leccion de gramática, y que seria bueno principiar otra vez. "No la „ he olvidado, dixo el Delfin, y „ en prueba de ello ahora voy á „ decirla." Estaba presente la Reyna, y colocándose el Delfin entre S. M. y el Abate, continuó: "Nuestra última leccion tuvo por „ objeto la division del nombre „ adjetivo en positivo, compara- „ tivo y superlativo. El positivo „ es quando digo v. g.: *mi Abate* „ *es un buen Abate.* El compara- „ tivo quando digo: *mi Abate es* „ *mejor que otro Abate.* Y volvién- „ dose el Delfin hácia la Reyna „ la dixo: *mi Mamá es muy tier-* „ *na y amabilísima Mamá*; este „ es el superlativo." Le abrazó la

Reyna y no pudo detener sus lágrimas.

Madama Real, hoy Duquesa de Angulema.

Madama Real María Teresa Carlota de Borbon, hoy Duquesa de Angulema, nació en 19 de Diciembre de 1778. Fué el primer fruto de un himeneo aplaudido por toda la Europa, y causó la recien nacida á todos los Franceses un entusiasmo tan grande, que desde entónces la llamaron *Madama primera.* La manifestaron desde luego una afeccion igual á la que habian manifestado siempre á la familia de sus Soberanos, á pesar de que se engañaron en la esperanza de tener un heredero del trono y virtudes paternales de los Borbones.

La dulzura de Madama Real, su piedad y sus afables modales acabaron de ganarle todos los corazones; pero era esto un dique

muy endeble para oponerse al torrente revolucionario, cuyo curso impetuoso debia precipitarla, antes de cumplir los 14 años, en el abismo que absorbió á su desdichada familia. Encerrada con sus padres en la Torre del *Temple*, los vió desaparecer sucesivamente, sin tener noticias ciertas de sus destinos, y fué la única que de tantas ilustres víctimas se libró de la muerte por un milagro de la divina providencia.

Todos los verdaderos y buenos franceses lloraban en secreto la suerte de esta virtuosa Princesa, que el crímen tenia encerrada tan sin piedad como sin motivo en un indigno cautiverio; mas nadie se atrevia á manifestar estos sentimientos tan naturales, hasta que en 18 de Junio de 1795 diversos ciudadanos de Orleans presentaron á la Convencion la siguiente instancia.

„Ciudadanos representantes: Ya que habeis quebrantado las cade-

nas de tantas desgraciadas víctimas de una política sombría y cruel, una desdichada jóven condenada á las lágrimas, privada de todo consuelo, y reducida á llorar sus mas amadas prendas, la hija de Luis XVI padece todavía en el fondo de una horrible prision.

» Huérfana, y tan jóven, abrumada con tantas tristezas y tanto llanto: ¡oh! ¡y quán rigurosamente ha espiado la desgracia de haber tenido un tan alto nacimiento¡ ¡Ay! ¿quién no se compadecerá de tantos males é infortunios de su inocencia y juventud?

» Ahora que sin temer el puñal de los asesinos, ni la cuchilla de los verdugos, se puede hacer aquí oir la voz de la humanidad, venimos á solicitar su libertad y su traslacion con sus parientes, porque ¿quién de vosotros querria condenarla á que viviese en unos sitios que todavia humean con la sangre de su familia?... ¿La jus-

ticia y la humanidad no reclaman que se la libre? ¿Y qué podrá objetar contra esto la desconfianza mas inquieta y sospechosa?

» Venid, rodead este recinto formad un esquadron piadoso. ¡Oh vosotros franceses sensibles, y quantos habeis recibido favores de esta infortunada familia! venid, mezclemos nuestras lágrimas, supliquemos levantando nuestras manos, y reclamemos la libertad de esta inocente jóven: nuestra súplica será oida. Ciudadanos representantes, la vais á decretar: la Europa aplaudirá esta resolucion, y este dia será para nosotros, para la Francia entera un dia de alegria y de júbilo."

Es una lástima que no sepamos los nombres de los honradisimos franceses que firmaron esta representacion, y que atreviéndose los primeros á hablar en favor de la interesante huerfanita, se hicieron acreedores á una inmortal gloria.

Sin embargo, es preciso confesar que esta accion fué bastante atrevida, haciéndonos cargo de las circunstancias de aquellos tiempos; y así es que no tuvo el suceso completo que debian esperar los que la habian hecho; no obstante hácia la mitad del año se dulcificó en algun modo la suerte de Madama Real. Es cierto que no fué tratada de una manera conveniente á su rango; pero obtuvo S. A. lienzo y vestidos, que ántes de esta época le habian negado indignamente (*). La Junta de gobierno permitió que en el dia 13 de Agosto, víspera del dia de Madama Real, se reuniesen unos músicos en una de las cámaras inmediatas en el *Temple*, y la diesen un concierto, cuyo ayre melancólico era análogo á su triste situacion. Esta señal imprevista de interés agradó mucho al cora-

(*) Quando mandaba Robespierre solo tenia Madama Real un vestido negro, que apenas la cubria.

zon sensible de la Princesa.

En fin, le dieron noticia de que con justo fundamento podria esperar una asistencia menos dolorosa. Le permitieron entrar algunos libros instructivos que habia pedido; éstos eran las cartas de Madama de *Sevigné*, las de Madama de *Maintenon*, las obras de *Boileau* y de *Fontenelle*, la Historia de Francia de *Welly* &c. Madama Real pasaba el tiempo yá leyendo estas obras, yá dibuxando; otras veces bordando, ó recibiendo las visitas que con autorizacion especial la hacian casi diariamente Madama de *Tourzel*, Madama *Béthune-Charost* y Madama de *Mackan*, su antigua aya; tambien recibia las visitas de Madama *Laurent* su nutriz, la que precedentemente habia hecho muchas tentativas infructuosas por obtener el honor de encerrarse con S. A. en la prision, y cuidarla de la misma manera que lo habia hecho en su niñéz.

Poco tiempo ántes habia logrado este favor Madama de *Bocquet de Chaterenne*, y con su talento útil y agradable divirtió en lo posible á la hija de su Rey. Estuvo con S. A. hasta el 18 de Diciembre, dia en que á las once de la noche la sacaron de la Torre para llevarla á la corte de S. M. el Emperador de Alemania.

Habia muchos malvados que deseaban el exterminio de Madama Real; pero las diligencias de muchos buenos arrancaron de la Convencion un decreto, por el que el Directorio encargó á Mr. de *Benezech*, que la sacase de la Torre, y la pusiese en camino para la ciudad de Basilea. Fué conducida con bastante decencia, y aunque en silencio recibió los homenages debidos á sus desgracias y rango; pues aunque el oficial que la acompañaba tenia la órden de hacerla observar el *incógnito* mas riguroso, bien conocian los franceses que la Madama que cami-

naba baxo el nombre de *Sofía*, era la hija de su desgraciado Rey.

No atendiendo el Emperador de Austria á las condiciones con que se propuso el cange, sino á sus nobles deseos con que queria librar del torrente revolucionario los tristes restos de la desgraciada familia de Luis XVI, hizo que se verificase el 26 de Diciembre. Las últimas palabras de Madama Real al dexar el territorio francés, fueron éstas: "Siento mucho "dexar la Francia: yo la miro "siempre como mi patria."

Acompañada como convenia á su augusto caracter marchó para Viena, á donde llegó el 9 de Enero de 1796. Fué muy obsequiada del Emperador, la Emperatriz y demas Archiduques, y hasta los habitantes de la capital de Austria se esmeraron en su obsequio, y manifestaron su sentimiento al verla partir para *Mittau.*

Este viage se verificó en Ma

yo de 1799, y luego que llegó á dicha ciudad casó, baxo la proteccion del Cielo y los auspicios del Emperador de Rusia Paulo I°, con el actual Duque de Angulema, hijo de Monsieur Conde de Artois, hermano de Luis XVIII.

El Cardenal de Montmorency, gran limosnero de Francia, les dió la bendicion nupcial en una hermosa galería del Palacio de los antiguos Duques de *Curlandia*. En ella pusieron un Altar, adornado sencillamente con rosas y lises entretexidas, y así se verificó el matrimonio de los herederos de uno de los tronos primeros del mundo, desterrados del hermoso pais que los vió nacer.

S. A. R. que hace el encanto de los verdaderos franceses, ha seguido constantemente al Rey y su esposo; y habiendo vuelto á París, se ha visto precisada á huir a causa del inesperado desembarco de Buonaparte.

FIN.

ERRATAS.

Pág.	*Lín.*	*Dice.*	*Léase.*
xv	21	toda	todo
8	10	impudencia	impudicicia
56	3	teina	tenia
109	20	1812	1792
144	18	la sentencia	de la sentencia
149	19	la Francia	á la Francia
212	2	Princesa	Primavera
227	17	hubiera	hubiera criado


BIBLIOTECA



RELACIONES CIRCUNSTANCIADA DE LUIS XVI

1815



colorchecker CLASSIC
calibrite
mm